

### Nota

La traducción de este libro es un proyecto de Erotic By PornLove. No es, ni pretende ser o sustituir al original y no tiene ninguna relación con la editorial oficial, por lo que puede contener errores.

El presente libro llega a ti gracias al esfuerzo desinteresado de lectores como tú, quienes han traducido este libro para que puedas disfrutar de él, por ende, no subas capturas de pantalla a las redes sociales. Te animamos a apoyar al autor@ comprando su libro cuanto esté disponible en tu país si tienes la posibilidad. Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros

Ningún colaborador: Traductor, Corrector, Recopilador, Diseñador, ha recibido retribución alguna por su trabajo. Ningún miembro de este grupo recibe compensación por estas producciones y se prohíbe estrictamente a todo usuario el uso de dichas producciones con fines lucrativos.

Erotic By PornLove realiza estas traducciones, porque determinados libros no salen en español y quiere incentivar a los lectores a leer libros que las editoriales no han publicado. Aun así, impulsa a dichos lectores a adquirir los libros una vez que las editoriales los han publicado. En ningún momento se intenta entorpecer el trabajo de la editorial, sino que el trabajo se realiza de fans a fans, pura y exclusivamente por amor a la lectura.

¡No compartas este material en redes sociales!

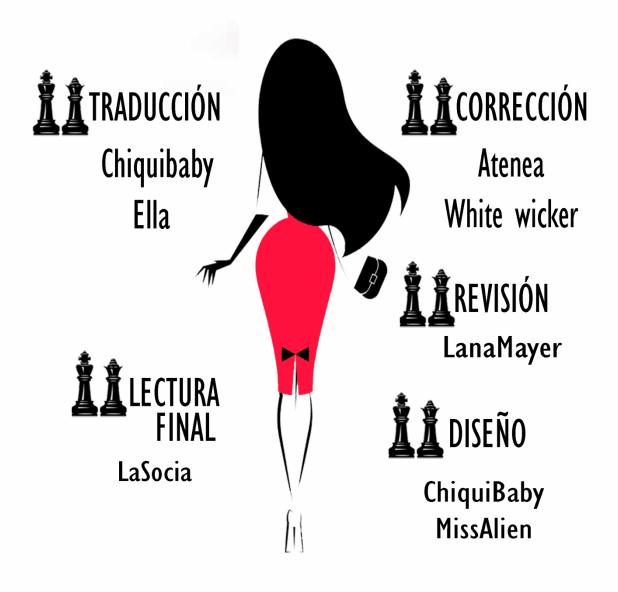
No modifiques el formato ni el título en español.

Por favor, respeta nuestro trabajo y cuídanos así podremos hacerte llegar muchos más.

¡A disfrutar de la lectura!



### Staff

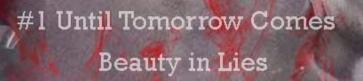




# UNTIL TOMORROW COME LIBRO 1

#### Aclaración del staff:

Erotic By PornLove al traducir ambientamos la historia dependiendo del país donde se desarrolla, por eso el vocabulario y expresiones léxicas cambian y se adaptan.



### Sinopsis

#### Rafael

Vine por la guerra. Me fui con una obsesión.

Con una mirada, Isa me cautivó. Me consumió, atrayéndome a su mundo sin conocer los peligros del mío.

Pretendo hacerla mía, sin importar las mentiras que tenga que contar para manipularla y que se enamore de *El Diablo*. Debería ser bastante sencillo, pero los secretos acechan en las profundidades de sus ojos multicolores, y haré cualquier cosa para entender qué la rompió antes que yo tuviera la oportunidad.

Porque ella es mía para romper.

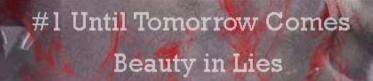
#### Isa

Rafael Ibarra atravesó mi vida como un furioso infierno.

Consumiendo cada parte de mí que toca, promete mostrarme la pasión y la verdadera Ibiza. Aunque nuestra relación no puede ser más que temporal, nunca quiero dejar al hombre que me hace desear que las cosas sean diferentes. Pero hay una pesadilla que se esconde en su mirada multicolor, un fantasma que sacude las jaulas y que quiere devorarme, tomarme y reclamarme como suya.

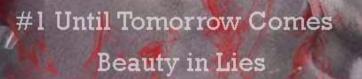
Es la tentación, que me empuja hacia el pecado con su toque perverso. Pero los pecados de la carne son diferentes de los pecados de la mente, y por mucho que odio sus secretos...

Nunca le contaré el mío.



### Índice

Until Tomorrow	Capítulo 9	Capítulo 19
Comes	Capítulo 10	Capítulo 20
Capítulo 1	Capítulo 11	Capítulo 21
Capítulo 2	Capítulo 12	Capítulo 22
Capítulo 3	Capítulo 13	Capítulo 23
Capítulo 4	Capítulo 14	Capítulo 24
Capítulo 5	Capítulo 15	Capítulo 25
Capítulo 6	•	-
Capítulo 7	Capítulo 16	Capítulo 26
Capítulo 8	Capítulo 17	Capítulo 27
-	Capítulo 18	Capítulo 28



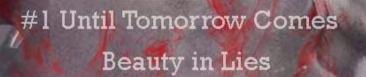
#### CONTENIDO Y ADVERTENCIAS

Beauty in Lies es una serie romántica|mafiosa oscura que trata temas que algunos lectores pueden encontrar ofensivos o desencadenantes. Los lectores de la serie Bellandi Crime Syndicate de Adelaide Forrest deben tener en cuenta que esta serie es mucho más oscura.

Por favor, tengan en cuenta que la siguiente lista contendrá información específica sobre TODA la serie y puede estropear ciertos elementos de la trama. Por favor, evite las siguientes páginas si no desea conocer los detalles.

Los siguientes escenarios están presentes en la serie Beauty in Lies. Esta lista se volverá mas explicita con el desarrollo de la historia.

- -Situaciones que implican consentimiento dudoso o cuestionable
- -13 años de diferencia de edad con la heroína, con ambos personajes siendo mayores de edad en el momento que mantienen relaciones sexuales.
  - -Embarazo forzado.
  - -Marcas.
- -Matrimonio forzado bajo amenaza de muerte y violencia-MUY gráfica, tortura y asesinato.
- -Uso de drogas, intento de violación y situaciones dudosas bajo la influencia.
  - -Escenarios de secuestro/captura.



#### **PLAYLIST**

"Snake Charmer" - Jiovanni Daniel

"Jekyll & Hide" - Bishop Briggs

"Run Baby Run" – 2WEI

"Devil's Gonna Come" - Raphael Lake

"Cold Blooded" - UNSECRET

"Hunt You Down" - The Hit House

"The Time of Our Lives" - The Venice Connection

"Love It" - UNSECRET

"Can't Help Falling In Love with You" - Tommee Profitt

"Sentenced to Death" - Colossal Trailer Music

"Paint It, Black" - Ciara

"Wicked Game" Ursine Vulpine

"Stimulated" - UNSECRET

"Walk" - Saint Chaos

"Causing Love" – RAIGN

"Born for This" - Manafest

"Talk To Me" - Apocalyptica, Lzzy Hale

"Die Trying" - New Medicine

"I'm So Close I can Taste It" - Graffiti Ghosts

"Champions" - Kurt Hugo Schneider

"Hate You" - Jim Yosef

"Pray" - Egzod

"Nightmare" – Besomorph

"Tonight is the Night I Die" - Palaye Royale

"Feeling Great" - Sdms

"Silence" – Cemre Emin

"The Heresy" - Mushroomhead

"Chemicals" - The Glitch Mob

"Appetite" - Casey Edwards

"Dancing with the Devil" - Kitty Antix

"Prisoner" – Raphael Lake

"Omens" – UNSECRET

"Wolf Totem" - The HU

"The Devil You Know" - Blues Saraceno

"Darkness Below" - Red Moth

"Shine" - Matt Beilis

"Kiss the Devil" - Bel Heir

"Make Me Believe" - The EverLove

"LOVELOST" - Margo

"Blinding Lights" - The Weeknd

"Losing You" - UNSECRET

"The rainy road" - Rahul

"Baby, I'm jealous" - Bebe Rexha

"Man's World" – MARINA

"Revolution Bones" - Paolo Buonvino

"Riverbound" - Comaduster

"The Devil is a Gentleman" - Merci Raines

"Devil's At Your Door" – SWARM

"Odds Are" – The FifthGuys

"Origin" – Besomorph

"Dark in my Imagination" – Of Verona

"Vanguard" – Jo Blakenburg

"We Are the Darkness" – Rok Nardin

"Alpha" – Little Destroyer

"Devil in Disguise" – EMM

"Get My Way" – Vosai

"Killer" – Valerie Broussard

"Murky" – Saint Mesa

"Sweet Dreams" – Dexter

"Every Breath You Take" - Chase Holfelder

"Coma" - Ash Graves



1

#### **ISA**



Las aventuras relámpago no eran para los planificadores. No eran para los meticulosos que hacen listas y que no pueden funcionar sin orden en sus vidas.

No eran para chicas como yo.

- —¿Dónde mierda he puesto mi lista de equipaje? —gimo, mirando alrededor de la habitación en busca del gastado trozo de papel del que había abusado durante la última semana. Me dirijo al escritorio de la esquina con la pila de libros sobre España que había tomado prestados de la biblioteca, y los empujo hasta el borde frenéticamente.
- —Lenguaje, nōhsehsaeh. *Mi nieta*. —advierte mi abuela, asomando la cabeza en la habitación. Las líneas de su rostro son más claras de lo que yo recordaba. Las ojeras se habían desvanecido después de haber sido seleccionada para una beca médica y de haberse sometido a la operación de bypass cardíaco que necesitaba.
- —Lo siento —digo con una mueca de dolor, encontrando finalmente el papel con mis notas por todas partes. Los bordes

estaban rasgados por todas las noches que había pasado agonizando, asegurándome que no olvidara nada de lo que necesitaba para mi viaje a Ibiza—. ¿Y si me olvido de algo?

- —Estoy segura que Hugo se asegurará que tengas todo lo que necesitas. —Me tranquiliza, acercándose y rodeándome con sus brazos—. No te permitiría visitar su país sin asegurarse que estás preparada. Se preocupa por ti —dice presionando sus labios sobre mi cabeza.
- —No es así —le digo, y mi abuela asiente con la cabeza en respuesta. Mi familia adora a Hugo y prácticamente lo habían adoptado a medida que nos volvimos más cercanos después que la traición de Odina dejara un vacío en mi corazón. Pero mi abuela era la única que no creía que acabaríamos juntos.
- —Es bueno que no sea así. Hugo sigue pensando en quedarse en Ibiza cuando termine tu viaje, ¿no? —pregunta. Asiento con la cabeza, intentando no pensar en la pérdida de uno de mis mejores amigos. Los dos, en realidad, ya que Chloe se irá a la universidad en Filadelfia mientras me quedo en Chicago para estar cerca de mi familia—. Será extraño no tenerlo para cuidar de ti.
- —Puedo cuidar de mí misma. —La tranquilizo, apartándome de sus brazos mientras repaso la lista de la maleta por última vez e intento cerrarla con fuerza. Se me corta la respiración cuando me giro hacia ella, recordando lo débil que había estado después de la operación unos meses antes. No puedo dejar de pensar que algo malo se nos viene encima, y nada podría ser peor que perder a mi abuela—. ¿Segura que estarás bien mientras yo no esté?

#### Se burla:

—No necesito que mi nieta me cuide. Sobreviviré los doce días sin ti, mi querida niña. —Se sienta en el borde de mi cama, dando palmaditas en el colchón para que me acerque a ella. Lo hago,

dispuesta a darle a mi abuela cualquier cosa. Ella suspira—. Prométeme que te divertirás. Una chica debe vivir un poco en vacaciones. La vida real esperará hasta que vuelvas. Intenta no preocuparte tanto.

—Lo intentaré —digo, aun sabiendo que probablemente es mentira. Haría turismo con Hugo y Chloe a mi lado. Disfrutaría de mi tiempo con mis amigos mientras lo tuviera, pero no tenía ni idea de vivir realmente.

Mis ojos se fijan en la cama vacía de Odina y en la falta de desorden en lo que antes había sido su lado de la habitación.

—No eres tu hermana —dice la abuela, acercándose para tocar mi mejilla—. Puedes soltarte un poco sin perderte. —Asiento con la cabeza, aunque dudaba de las palabras. Hubo un tiempo en que Odina y yo éramos exactamente iguales, antes que el accidente lo cambiara todo.

Antes que me odiara lo suficiente como para arruinar su vida solo para hacerme sentir miserable.

—Está bien —digo, en lugar de discutir. Los mismos demonios que perseguían a Odina me atormentaban. Las mismas pesadillas me llamaban desde las profundidades. Solo creía que tenía una familia que me quería para evitar que sucumbiera a sus tentaciones, donde Odina había perdido eso.

Mi abuela se levanta de la cama, dejándome tomar la maleta y bajarla por las escaleras. Mis padres me reciben, envolviéndome en sus brazos en cuanto mi pie toca el primer piso. El conocimiento de mi viaje y lo repentino del mismo no podría llegar en peor momento.

Nunca les había hablado de nuestras inscripciones cuando Hugo nos animó a Chloe y a mí a presentarnos al concurso, porque las probabilidades que ganáramos eran muy escasas con el número de

solicitantes. El Programa de Apreciación solo estaba en su segundo año desde su creación. Ofreciendo a los estudiantes americanos que hacían sentir a sus amigos españoles como en casa, la oportunidad de explorar la ciudad de su nacimiento en España.

Cuando nos notificaron a Chloe y a mí que nos habían seleccionado, no hubo más que conmoción. Un shock que había llegado el día después de la graduación, y el día después que Odina nos diera la espalda por última vez. En la semana transcurrida, no la había visto ni había sabido nada de ella.

Mi vida era mucho más tranquila sin ella, y eso solo empeoraba mi sentimiento de culpa.

- —Prométeme que nos llamarás cuando aterrices —dice papá, abrazando mi cabeza contra su pecho. Me habían contratado un plan de llamadas internacionales a pesar de lo costoso que es, ya que necesitaban esa posibilidad de contactar conmigo en caso de emergencia.
- —Lo prometo —digo con una sonrisa apretada para evitar que la tela de su camisa se me enganchara en la boca. Su rostro es demasiado delgado cuando me retiro, demasiado afectado por la ausencia de su otra hija como para comer una comida decente. Tenía la esperanza que mi ausencia ayudara.

No tendría que mirar la cara de Odina cada vez que me viera.

Mamá me tiende sus brazos para envolverme en ellos, con el rostro tenso por la amenaza de las lágrimas.

- —¿Tienes tus euros? —pregunta.
- —Sí, tengo euros, la tarjeta de débito y los cheques de viaje del programa. Estaré bien, mamá —digo con una mueca. Ella asiente, enjugando las lágrimas de sus ojos.

- —Mi niña —susurra, dando un paso atrás y tomando mi mejilla con la mano—. Aléjate de los problemas, ¿me oyes? Un lugar así está lleno de ellos.
- —Vivimos en Chicago —Me rio—. No es exactamente una comunidad mormona.
- —He mirado fotos en internet —dice con el ceño fruncido—. Es una gran fiesta. Una con muy poca ropa. ¿Sabes que hay playas en las que la gente no lleva traje de baño? —Ella reprime su repulsión, mirándome en señal de advertencia—. No te atrevas.
- —Mamá —gime, poniendo los ojos en blanco mientras mi abuela se ríe de fondo.
- —¿Cómo si no va a conseguir una aventura con un guapo semental español que le enseñe los caminos de la pasión? pregunta, dándome un codazo en el costado de forma juguetona.

Le encanta irritar a mi madre, incluso cuando mi padre gruñe:

- -Mamá.
- —¿Qué? El sexo es un acto espiritual. Debería saber lo que quiere de un hombre, si algún día va a sentar la cabeza y enseñar a su marido —insiste mi abuela con una sonrisa inocente.

La educación católica de mi madre no estaba de acuerdo.

—¿Podemos dejarlo? —gimo—. Mi vida sexual, o la falta de ella, no es asunto de nadie.

Mamá traga saliva, pero asiente, mirándome con expectativas en los ojos. La buena hija no se acostaba con chicos del colegio, o con hombres que conocía en España. La buena hija no bebía ni se drogaba ni bailaba sin ropa.

El peso de esas restricciones cae sobre mí, empujándome más hacia el lugar al que sabía que debía pertenecer.

Porque la buena hija es la única que le quedaba.



Estoy mayormente en silencio en el asiento trasero, mientras Chloe se sienta delante con su madre que se muerde el labio inferior con tanta fuerza que me pregunto si quedará algo cuando volvamos a casa. Ningún padre quiere ver a su hija apenas legal ir a Europa sin la supervisión de un adulto.

Mirando por la ventanilla mientras conducimos, intento calmar los nervios de mi estómago. Nunca había salido de Chicago. ¿Qué tenía yo que hacer yendo a Ibiza? Ni siquiera sabía quién era sin que las responsabilidades con mi familia dictaran cada uno de mis actos.

Enderezo mi columna vertebral, y me siento más erguida mientras exhalo. Mi abuela tenía razón. El viaje es mi única oportunidad para olvidarme de quién tengo que ser en casa. Es la única oportunidad que tengo antes de sumergirme en la experiencia universitaria y en mis estudios. Sería una tonta si no la aprovechara.

No sabía lo que eso significaba para mí. Si perdería mi virginidad con un desconocido español, si bebería por primera vez o si iría a una playa nudista y trataría de dejar de lado la inseguridad que no

era atractiva. Los chicos nunca se interesaron por mí. No como lo estaban en Odina.

Cada vez que pensaba que tal vez, solo tal vez, uno me pediría una cita, nunca llegaba. Dado que el último chico que había parecido querer tocarme había sufrido una sobredosis de heroína dos semanas después, me preguntaba si estaba maldita. Tal vez finalmente lo descubriera.

La madre de Chloe nos dejó en el aeropuerto, compartiendo un emocionado abrazo con su hija antes de confirmar que teníamos todo fuera del todoterreno y volviera a subir al vehículo.

Hugo y sus hermanos ya estaban esperando en la acera con sus maletas. Hugo mira mi maleta como si quisiera cargarla por mí, pero sus propias maletas limitaban esa capacidad. Suspira cuando tiro de la maleta y la llevo hacia las máquinas para imprimir nuestros billetes. El hecho que le diera la espalda solo hizo que el retorcido bastardo se riera.

—¿Vas a discutir durante todo el vuelo a España? —me pregunta Chloe mientras me dedica una sonrisa maliciosa, y se acerca a una cabina para imprimir su billete.

—Probablemente —dice Gabriel con una brillante sonrisa.

Le saco la lengua al hermano mediano de los Cortés, ignorando el ceño fruncido que le dedica Joaquín y el fuerte codazo en su costado. No entendía al mayor de los tres de ninguna manera. Su comportamiento es siempre extraño, como si sus hermanos fueran tontos por no tratarme como si fuera de cristal y requiriera guantes de seda.

La única vez que sugerí gastar el dinero de mi cumpleaños en una clase de kickboxing, prácticamente se le salieron los ojos de las

órbitas. Según él, las chicas como yo no debían preocuparse por esas cosas.

Sea lo que sea que signifique eso.

- —Calla —digo mientras me acerco a la siguiente cabina disponible para imprimir mi propio billete.
- —¡Genial! Me han subido a primera clase —dice Chloe con una sonrisa brillante. El corazón se me sube a la garganta al darme cuenta que probablemente no podría sentarme con ella en el avión. En el momento en que entré en mi reserva, las mismas palabras me devolvieron la mirada.
- —A mí también —susurro, mirando a Hugo cuando éste mostró su propio billete de primera clase—. Es muy raro —digo.
- —No. —Hugo se encoge de hombros mientras sus hermanos imprimían sus billetes—. Pasa mucho. Es dificil llenar la primera clase, ya que es mucho más cara para lo que es básicamente más espacio para las piernas. Así que suben a la gente al azar si consiguen reservas de última hora a económica cuando el vuelo está lleno. Es inútil tener asientos vacíos —explica—. Por eso reservé nuestros vuelos juntos. Solo para estar seguros.
- —¡Para mí tiene sentido! —cantó Chloe siguiendo a Hugo mientras él guiaba el camino por el aeropuerto.

Ahogo el mal presentimiento a medida que aumenta mi tímida excitación. No me había permitido esperar el viaje, siempre creyendo que algo saldría mal en el último momento. Que mi billete se perdería. Que me retendrían en el control de seguridad. Perdería el vuelo por cualquier motivo.

Aunque nos esperaba un largo viaje, con una parada en Lisboa antes de aterrizar en Madrid y tomar un vuelo de conexión a Ibiza,

por primera vez en lo que parecía una eternidad, estaba emocionada por ver lo que me esperaba.

Solo esperaba no arrepentirme.

2

#### **RAFAEL**



Mis zapatos repiquetean contra el suelo mientras avanzo por mi casa. La mayoría de los hombres se mantenían alejados de la casa principal incluso en un buen día, pero saber que solo había horas entre mi princesa y yo significaba que estaban tan lejos como la isla les permitía.

Regina estaba en la cocina, picando ajos para cocinar algo a Alejandro esa noche. Lo que más lamentaba de ir a ver a Isa era que no podría comerlo.

Odiaba estar lejos de su cocina.

—*Mi hijo*, ¿por qué tienes que caminar tanto? —pregunta, lanzando una sonrisa arrugada hacia mí. Había sido la mejor amiga de mi madre, la única razón por la que toleraba sus saludos demasiado familiares. Es lo más parecido que tenía a una familia.

Regina incluso había ocupado el lugar de mi madre en la cama de mi padre después que él la quemara viva. No es que ella tuviera mucha elección en ese asunto. Miguel Ibarra no era conocido por su amabilidad con las mujeres.

—¿Dónde está Alejandro? —digo, arrebatándole un bocado de melocotón de la tabla de cortar mientras ella me riñe y agita el cuchillo en mi cara. Otro día me habría reído de la audacia de la mujer.

—¿Si es inteligente? Escondiéndose —dice, arrugando la frente mientras volvía a bajar la cara hacia los melocotones. Mirando el reloj en mi muñeca, fruncí el ceño. El vuelo de Isa debía llegar en cuestión de horas, y ella se dirigiría a la ciudad de Ibiza poco después.

Necesitaba estar en la ciudad antes de eso, para poder asegurarme que todos mis planes se llevarán a cabo sin problemas. Detestaba depender de otras personas para poner las piezas en su sitio. Nada me ponía más nervioso que la falta de control que sentía al saber que si el director del hotel no le daba a Isa la invitación a la fiesta en mi hotel, ella no vendría.

Mataría al tonto y luego tendría que idear un plan alternativo.

- —Sé que estás deseando ver a tu Isa —dice Regina con una sonrisa, mientras se limpiaba las manos en su delantal y cogía las mías con las suyas. La pegajosidad de los melocotones tocó mi piel, haciéndome fruncir el ceño con consternación—. Pero te querrá. ¿Cómo no lo va a hacer con una cara así? —preguntó, tocando la punta de mi nariz. Le frunzo el ceño mientras me acercaba al fregadero para lavarme el zumo de melocotón de la piel.
- —Imagino que sería fácil no hacerlo cuando frunce el ceño todo el tiempo —dice Alejandro, mi segundo al mando, mientras entra en la cocina con los brazos cruzados sobre el pecho.
- —¿Dónde has estado? —gruño, con una voz que contenía toda la advertencia que había hecho que el resto de mis hombres corrieran a los otros edificios del complejo para mantenerse ocupados—. Tengo que irme en menos de una hora.

—Rafael, estarás fuera una semana. Sobreviviremos contigo fuera de la isla durante unos días —dice Alejandro, levantando una ceja ante mi impaciencia.

#### Me burlé:

—Confio plenamente en tu capacidad para evitar que mi casa se incendie. Me preocupa más cómo fue tu conversación con Pavel. — Frunce los labios, pensativo. La vacilación no auguraba nada bueno para mis deseos de retrasar la petición de reunión del bastardo—. Regina podría hacer una buena cena con tu lengua si no te sientes inclinado a usarla, le advertí.

Suspiró, abriendo finalmente la boca para decirme lo que necesitaba saber:

- —No quiere esperar. Sabíamos que se impacientaría. Está en juego su medio de vida.
- —Más bien su vida —respondo—. No me importa lo que tengas que hacer para que lo entienda, pero no tendré nada que ver con Pavel hasta que tenga a Isa a salvo en mi isla. Esperará hasta que yo considere que es el momento adecuado para hablar de su destitución como Pakhan.
- —Estoy bastante seguro que hablar de su destitución no le ayudará a inclinarse por la paciencia —dice Alejandro sacudiendo la cabeza.
- —Pues recuérdale que tiene hijos. No necesita cinco, pero podría matar a uno por cada oportunidad que aprovecha para molestarme
  —digo dirigiéndome a las ventanas para ver la zona de la piscina.
  El mar Mediterráneo brillaba con sus aguas azules en el lugar donde el complejo al que llamaba hogar se extendía en la ladera de mi isla privada, *El Infierno*.

Un simple paseo por un sendero de madera me llevaría a la playa que sabía, que a Isa le encantaría cuando por fin llegara a la isla y superara su miedo al agua.

—*Mi hijo*, no puedes amenazar el linaje de un hombre porque eres impaciente. ¡Fuera de aquí! —dice Regina, empujándome hacia la puerta principal. Mi equipaje ya me esperaba en el coche, cargado por el personal de la casa.

—¿Verificaste los arreglos con todos por última vez, por favor? — le pregunto. Puso los ojos en blanco, pero asintió con la cabeza. Haría lo que le pedía, porque sabía mejor que la mayoría, las consecuencias que podría tener si me decepcionaba. Puede que no asesinara a la mejor amiga de mi madre, pero no tenía esa lealtad hacia los dueños de negocios al azar que no hacían lo que *El Diablo* ordenaba.

—¡Me voy! —protesto dirigiéndome al camino que me llevará al puerto deportivo.

Cuando me apresuro a bajar los escalones, no tuve ninguna duda, mientras veía a mis hombres cargar mi McLaren naranja neón en mi yate. Isa necesitaría tiempo para adaptarse a su nueva vida.

Tendría diez días.



Entregando las llaves al aparcacoches, salí del McLaren y me dirigí hacia él.

—Ni un rasguño —le advierto. Asinte con la cabeza, mirando mi coche como la obra maestra que era. Tenía varios vehículos en mi garaje, pero el McLaren era mi favorito por el momento.

Moon era una enorme estructura blanca que parecía comercial por delante, pero el interior era puro lujo, y ningún hotel de la ciudad de Ibiza podía competir con las vistas desde la zona de la piscina. Sería el lugar perfecto para seducir a Isa y empezar nuestra vida juntos, solo superado por mi casa.

Lamentablemente, eso no era una opción. Convencer a Isa que subiera a una habitación de hotel con un desconocido ya sería bastante complicado. Llevarla a casa conmigo sería imposible.

Cuando entro en el vestíbulo del hotel, el mostrador de recepción brilla con el resplandor de los mosaicos de piedra azul colocados artísticamente a lo largo de la fachada.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —me pregunta la mujer detrás del mostrador, moviendo los labios antes de levantar la vista de su ordenador. En el momento en que lo hace, sus ojos se abren de par en par y se quedó con la boca abierta—. Señor Ibarra —dice, extendiendo una mano para tantear al gerente que estaba a su lado.

El gerente sonrió y mostró las reservas en su ordenador.

—*Señor Ibarra*, le he reservado diez noches en la Suite Penthouse. ¿Es correcto? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

- —Confio en que la pareja no le haya dado ningún problema con el cambio a la villa privada.
- —En absoluto. Estaban sorprendidos evidentemente, pero encantados de tener un espacio para ellos solos de esa manera.

Gracias por su generosidad. Habríamos accedido a su petición de cualquier manera, por supuesto.

—Por supuesto. —Asentí. El hombre no era tan estúpido como para pensar que alguien en Ibiza podría negarme lo que quería sin arriesgar su cabeza.

Me entrega la tarjeta de acceso a mi suite.

- —Sus maletas serán entregadas en breve.
- -Los preparativos para la fiesta están en orden, ¿supongo?
- —Las invitaciones han sido enviadas al hotel, junto con instrucciones muy específicas, como se ha solicitado —confirma. Asiento con la cabeza sin decir nada más, y me dirijo al ascensor que me llevaría a la Suite del Ático, en la última planta del hotel.

Una mujer me siguió dentro, deslizando su cuerpo delante de mí para pulsar el botón de su planta con una sonrisa. Saqué mi móvil del bolsillo, ignorando por completo su presencia mientras miraba mis mensajes de texto para pasar el tiempo. La mujer se alejó con un resoplido, claramente extrañada por ser despedida tan fácilmente. En los últimos dieciséis meses había recibido esa reacción con frecuencia.

Pero ninguna de ellas había logrado despertar un mínimo de interés en mí. Era una reacción que nunca habría esperado, algo de lo que me habría burlado de mis hombres antes de poner los ojos en *Mi princesa*.

Al salir del ascensor en el último piso, cruzo el pasillo hasta la única puerta. El ático en el que iba a pasar la semana ocupaba toda la planta, y al pasar rápidamente la tarjeta de acceso, se encendió la luz verde para que pudiera entrar en la habitación.

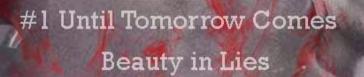
Empujo la puerta y paso por delante de la mesa de entrada hasta llegar a la cocina de la suite. A través del salón, paso por delante del juego de ajedrez que descansaba sobre la mesa de centro, tal y como lo había pedido, me dirijo a las corredizas y las abro.

Salí a la terraza, una de las dos que había en el nivel de nuestra suite, además de la terraza privada que teníamos en la azotea. Miré hacia el agua mientras mi móvil sonaba con la alerta de un nuevo mensaje.

Trago saliva al leer el mensaje de Joaquín. Era una simple palabra. Nada que debiera haber cambiado mi vida, pero lo hizo:

#### Aterrizó.

Isa estaba en Ibiza.



3

#### **ISA**



El calor del sol golpea mi cara en el momento en que salimos del aeropuerto cargando nuestras maletas detrás de nosotros. Si Chicago no hubiera estado caliente antes de salir, podría haber colapsado en un charco con la alegría que siento en este momento.

El aire no me picaba en la cara y no tenía que sufrir del frío.

Solo hay sol y cielo azul mientras levanto la cabeza para buscar las nubes. No había ni una sola en el horizonte, nada que se burlara de mí con la promesa de un tiempo lúgubre acechando a la vuelta de la esquina. La brisa era prácticamente inexistente, pero olía a agua salada.

Nunca había entendido a qué se refería la gente con ese olor. Al no haber estado nunca cerca del océano, no había pensado que lo entendería tan instintivamente. Pero no me cabía duda que era esto.

—¿Cómo es que huele a océano y a pinos al mismo tiempo? — pregunta Chloe. Me di cuenta que tenía razón cuando aspiré otra profunda bocanada de aire de la isla.

- —La belleza de Ibiza —dice Hugo con una sonrisa—. Cuando nos alejemos del aeropuerto, también olerás las flores de almendro. Es simplemente... Ibiza —dice, exhalando una enorme bocanada de aire mientras cerraba los ojos e inclinaba la cabeza hacia el sol de arriba—. Es bueno estar en casa.
- —No puedo imaginar lo que te poseyó para ir a Chicago. Si así es todo el tiempo, entonces no quiero irme nunca —bromeo apartándome del camino cuando una gran multitud de viajeros salió del aeropuerto detrás de nosotros.
- —Siempre puedes quedarte —dice Hugo encogiéndose de hombros, pero sus ojos se volvieron tristes al apartar su rostro del mío. El recuerdo que el fin del viaje significaba el fin de verle todos los días me atormentaba.
- —¿Dónde están tus padres? —pregunté para cambiar de conversación.
- —Oh, no van a venir —dice, frotándose la nuca como hacía siempre que yo decía algo que le incomodaba—. Son muy tradicionales. La gente no puede visitar nuestra casa, así que el programa nos reservó un par de habitaciones de hotel en la ciudad de Ibiza para la semana.
- —¿Ellos qué? —Fruncí el ceño ante él, abriendo la boca para decir algo cuando Joaquín me interrumpió.
- —Créeme, es mejor así. No querrás encontrarte con ellos a menos que sea absolutamente necesario —dice dando un paso hacia uno de los dos todoterrenos negro que esperaban en la acera. Lo seguí, y solo me detuve cuando Hugo me tomó del brazo y tiró de mí hacia el segundo vehículo.
  - —¿No vamos a ir juntos?

Negó con la cabeza, con una nota de tristeza en su rostro mientras me estudiaba.

- -Joaquín y Gabriel se van a casa.
- —Oh —dice Chloe. La sonrisa se le borró de la cara mientras los veía cargar sus maletas en la parte trasera y dirigirse a nosotros. El momento fue incómodo en el mejor de los casos. No diría que me había vuelto cercana a ninguno de los hermanos de Hugo, ya que mantenían las distancias con nosotros la mayor parte del tiempo, pero aun así el saber que quizá no los volvería a ver era como un pinchazo en el corazón.

Un presagio del dolor que vendría cuando perdiera a Hugo.

Gabriel se adelantó, rodeándome con sus brazos y tirando de mí en un abrazo mientras las lágrimas picaban en mis ojos.

- —Metete en algún lío mientras estés aquí, ¿sí? —dice, apoyando su barbilla sobre mi cabeza.
  - —Sí —digo con un resoplido, retirándome para mirar a Joaquín.

Me sorprendió cuando suspiró, dando un paso adelante y abrazándome de la misma manera que lo había hecho su hermano. Me miró fijamente cuando se retiró, limpiando una lágrima de mi mejilla.

—La cabeza alta, Mi Reina. Se acabará antes que te des cuenta.

Dio un paso atrás, manteniendo sus ojos en los míos mientras él y Gabriel subían a la parte trasera del todoterreno sin decir nada más. Me detuve, y miré a Hugo para encontrarlo estudiándome atentamente.

—¡Ese bastardo ni siquiera se despidió! —protesta Chloe cuando Hugo se puso en marcha de repente. Tomó nuestras maletas,

cargándolas en el otro vehículo mientras veía a Joaquín y Gabriel alejarse, hasta que se desvanecieron en nada más que un recuerdo.



Cuando el servicio de coches nos dejó en el hotel, ya estaba lista para derramarme en un charco en la cama más cercana.

Chloe tenía otras ideas y prácticamente entró bailando en el hotel boutique con su maleta balanceándose detrás de ella mientras caminaba. Hugo se acerca al conserje y habló en español con el hombre que estaba detrás del mostrador mientras nos registraba.

—Señorita —dice el hombre de detrás del mostrador mientras daba la vuelta. Se acercó y cogió dos hojas del tamaño de una postal de su escritorio. Nos las tendió a Chloe y a mí, tomé la gruesa cartulina en la mano. La invitación champán brillaba a la luz con la pintura dorada que goteaba tan lujosamente y la toqué con un dedo para ver si aún estaba húmeda.

Se sentía como un pecado líquido, mientras mis dedos se deslizaban sobre la superficie brillante.

- —Nuestro hotel hermano organiza una fiesta exclusiva esta noche. Estoy seguro que a los invitados les encantará verla allí dice. Volví mis ojos hacia los suyos, encontrando su mirada marrón mientras intentaba devolverle la invitación.
  - —No sabría ni qué ponerme para algo así. —Me reo.

—¡Es junto a la piscina! —dice Chloe, empujando su invitación en mi cara como si no pudiera leer las palabras por mi cuenta:

### Encuéntrate conmigo a la luz de la luna.

¿Era normal que una invitación pareciera tan personal?

- —Un bikini o algo del código de vestimenta es típico —aceptó el hombre.
  - -No tengo un...
- —Te he traído uno. Gracias —dice Chloe mientras Hugo se adelanta y toma otra invitación del hombre que le frunce el ceño. No dice nada, ya que simplemente se decidió que asistiría a cualquier fiesta junto con nosotras. Que parecieran más inclinados a invitar a mujeres no auguraba nada bueno, pero no había que disminuir el subidón de Chloe.
- —He oído hablar de este hotel —chilla, mientras Hugo nos conducía a los ascensores situados en el lateral del vestíbulo—. Es el hotel de Ibiza. No puedo creer que nos hayan invitado.
- —Solo quiero echar una siesta —protesto. No era que no quisiera disfrutar de mi tiempo en Ibiza. No quería absolutamente nada más que salir de mi zona de confort y experimentar cómo podía ser la vida si me permitía disfrutarla.

Solo que no en este mismo momento y no saltando a lo más profundo con una fiesta en la piscina a la luz de la luna.

- —Tienes tiempo de sobra —dice Hugo con una risita mientras me rodea los hombros con un brazo y me lanza una mirada extraña—. Como es típico en Ibiza, la fiesta no empieza hasta medianoche.
- —A esa hora suelo estar en la cama —espeto, encogiéndome de hombros—. ¿Qué te pasa? ¿Qué pasa con esas caras? —pregunto, clavándole un dedo agresivo en el costado.
- —Probablemente se esté preguntando cómo podemos convencerte que pierdas tu tarjeta V esta noche —dice Chloe mientras las puertas del ascensor se cerraban en el estrecho espacio.
- —De verdad que no —gime Hugo—. Por favor, no me hagas pensar en su vida sexual.
- —No tengo vida sexual —dije, poniendo los ojos en blanco mientras la cara de Chloe llenaba mi visión.
- —Eso cambia esta noche —dice ella—. Estamos en la puta Ibiza, Isa. Vamos a una fiesta llena de hombres ricos que probablemente saben cómo follar. No seas la virgen cuando te vayas a la universidad. ¡Por favor! —me suplica.

Me mordí el labio, preguntándome qué tenía de malo ser virgen. Al ver cómo mis amigas eran pisoteadas por un chico tras otro a lo largo de la escuela, tuve que pensar que era la afortunada. No era que estuviera esperando y creyera que mi verdadero amor vendría a arrastrarme.

Simplemente no había ocurrido.

Era dificil interesarse por los chicos de la preparatoria cuando soñaba con manos fantasmales que salían de la oscuridad para envolverme en un abrazo asfixiante. Era dificil querer que un chico

me tomara de la mano en el cine cuando me despertaba sudando después de soñar con manos en mi garganta.

¿Cómo podría un hombre compararse con un fantasma que no existía?

—Bien —gimo mientras salimos del ascensor y nos dirigíamos al pasillo. No me entregaría a cualquier hombre. Él no podría tocarme de la forma en que yo quería, no si quería recordar quién se suponía que era, pero tampoco quería que alguien me hiciera el amor.

Mi vida era una yuxtaposición de realidad y deseo de utilizar uno para vencer al otro a diario. Sombras fantasmales se alzaban por todas partes, llamándome a la oscuridad. Sacándome de las profundidades de los recuerdos que eran mejor dejar en el pasado.

Cuando Chloe abrió la puerta de nuestra habitación, entré en el espacio y dejé caer mi maleta junto a una de las camas.

- —Estoy enfermo —bromeo, probablemente pronunciándolo o diciéndolo mal. Aparté la mirada de Hugo cuando me sonrió.
- —No estás enferma. —Se ríe—. No dejaremos que te quedes en la habitación del hotel esta noche, ¿entiendes?
- —Claro. —Suspiro, negándome a devolverle la mirada. Me hubiera gustado saber algo más que el español básico que me había enseñado, y nada me hubiera gustado más que maldecirle en su primer idioma.

Hugo se despide, yendo a la habitación contigua a la nuestra para dormir un poco antes de la fiesta. Sabía que no merecía la pena luchar. Me quedo mirando por la ventana, contemplando el centro de la ciudad de Ibiza en la distancia mientras mi cara ardía por el calor del sol.

Luego me di la vuelta y me fui a echar la siesta, esperando que me rejuveneciera lo suficiente como para que el lado oscuro del deseo dejara de llamarme.

4

#### RAFAEL



Atravesando el vestíbulo hasta la zona de la piscina, en la parte trasera del hotel, admiro la tenue iluminación y el brillo de las orquídeas en el agua, cortesía de las luces subacuáticas que había dispuesto en nombre de Isa, en su color favorito. Las tumbonas permanecían a un lado de la piscina, pero el resto de la cubierta se había despejado para mezclarse o bailar. La gente ya estaba disfrutando de la fiesta, nadando en el agua caliente de la piscina, bajando a la playa privada o bailando al ritmo constante y seductor de la lista de música aprobada que le había dado al gerente para el evento de la noche.

A mí me gustaba el techno de Ibiza tanto como a cualquier otra persona, pero Isa necesita algo más sutil para su primera incursión en el mundo del pecado y el deseo. La lista cerrada de invitados significaba que, aunque había suficiente gente para que se sintiera cómoda, no era abrumadora. No estaríamos atrapados en un montón de cuerpos cuando la convenciera de bailar conmigo. Podríamos ir a las cabañas de la playa si ella quería hablar sin que la música nos distrajera. Lo había dispuesto todo a la perfección mientras el bar de la piscina servía las bebidas más rápido de lo

normal. La amenaza de disgustarme sirve como un maravilloso aliciente para un buen servicio, pero no me importa el servicio que reciban los demás asistentes a la fiesta.

Solo una mujer me importa.

Unas uñas femeninas se deslizan por mis hombros amenazando con dejar marcas rosas en mi piel, mientras me alejo de la invasión.

—Hola, guapo —ronronea la mujer, mirándome a la cara mientras me dedicaba su sonrisa más brillante.

—Estoy con alguien —digo, girando sobre mis talones para buscar a Isa en la fiesta. La habría reconocido en cualquier parte después de pasar demasiados meses mirando sus fotos, pero no había rastro de mi singular belleza por ningún lado.

De repente, deseé no haber dejado el móvil en mi habitación, pues lo único que quiero es comprobar si Hugo está al día. No importa que me hubiera mandado un mensaje para decirme que estaban de camino apenas diez minutos antes. Necesito verla.

Si tenía que sufrir su ausencia durante mucho más tiempo, podría salirme de la piel.

O despellejar a alguien vivo. Esto último era preferible.

Dirigiéndome a la piscina, entro en el agua poco profunda buscando una de las tumbonas de los bordes. El agua se desliza sobre mi piel mientras dispongo mi cuerpo de una forma, para tener una vista perfecta de la entrada.

El tiempo transcurre en un ciclo interminable mientras espero, observando cómo un puñado de mujeres se filtran en la zona de la piscina con brillantes sonrisas. Más de un par de ojos se posan en mí, ingenuas ante el monstruo que les acecha, pero mi concentración única en la entrada aplastó cualquier cosa que

pudiera haberse convertido en una situación desafortunada y engañosa de la que me costaría sacar a Isa.

Los ojos del gerente se encontraron con los míos al pasar, una sutil y reservada sonrisa curvó sus labios. Todos quieren conocer a la mujer que cautivó a *El Diablo*. Todos quieren formar parte del ascenso de una reina.

Solo unos pocos elegidos podrán saber de su existencia, hasta que la llevara a casa, a *El Infierno*.

Incluso si no hubiera estado observando, lo habría sabido en cuanto entró en la zona de la piscina. Su presencia absorbió todo el oxígeno del aire, reclamando la atención de la forma en que solo Isa podía hacerlo.

Las fotos que había visto de ella a lo largo de los años no le hacían justicia. Nada puede compararse con ella en carne y hueso después de los meses que nos habían separado.

Esperé a que apartara la cabeza de su amiga Chloe. La observo caminar con sus tacones de plataforma como si no estuviera segura de cómo navegar con ellos, pero aun así lo logra con una delicada gracia que muchas no podrían esperar alcanzar. Un vestido con estampado tropical, cubre su traje de baño lo suficientemente transparente como para insinuar las curvas que hay debajo. Me centré en la línea del escote que el vestido deja ver en el centro de su torso, se hundía lo suficiente como para mostrar el cordón que une los dos lados de su bikini. La cuerda se entrelaza entre la tela a ambos lados, conectándola sobre su apretado vientre y bajando hasta sus pies para cubrir sus piernas, excepto por la abertura que se eleva para dejar al descubierto su muslo.

Vuelvo mi atención hacia Hugo para mirarlo por un momento, encontrándome con sus ojos que se ensancharon. Tuvo la delicadeza de parecer avergonzado y se encogió de hombros. Vuelvo

a mirar a Isa, tragando mi rabia por haberle permitido salir del hotel con ese vestido.

Si hubiera estado conmigo, habría estado bien. Me tendría a mí para mantener a raya a los lobos, pero saber que otros hombres la han visto antes que pudiera evitar que la molestaran con sus miradas lascivas...

Eso me hacía arder la sangre.

Mira a Hugo, siguiendo su mirada hacia la piscina. La misma conmoción que había sentido años atrás vibra en mí en el momento en que sus ojos chocan con los míos. En el momento en que esos impresionantes ojos multicolores se conectan con los míos, la música se detuvo. Todo deja de existir excepto la forma en que su respiración se entrecorta y separa sus labios ligeramente.

Su labio inferior se esconde entre sus dientes, casi mordiéndolo, en un movimiento que habla de lo poco que Isa quiere comprometerse con algo.

Vivía una vida de medias tintas, incluso cuando expresaba su deseo por mí.

Arreglaría eso, joder.



5

#### **ISA**



—Oh, joder —susurro. Mis labios ardiendo con las palabras. No hay ningún improperio en el mundo que pueda describir lo jodida que me siento en el momento en que sus ojos tocan los míos.

Algo se movió dentro de mí, deseos prohibidos subiendo a la superficie a pesar de mis intentos de empujarlos a lo más profundo, donde pertenecen.

—¿Qué? —pregunta Chloe, moviéndose a mi lado. Siento en el momento en que ella lo ve. Su cuerpo se puso rígido; su respiración se volvió superficial mientras estudiaba a la pantera que me observa.

Cualquier otra persona, habría dicho que estoy equivocada. Que sus ojos solo podían estar en mi despampanante amiga, que luce su sexualidad como solo una mujer que se siente libre puede hacerlo. Pero de alguna manera, no había duda de dónde se posan esos ojos desiguales.

Los siento en mi piel. Los siento en mi alma.

Me aparto de él, dirigiéndome a la barra mientras Chloe corre para seguirme, riendo:

- —¿Qué estás haciendo? Tienes que meter el culo en la piscina.
- —No, necesito un maldito trago. Eso es lo que necesito.
- —Tú no bebes —dice Hugo mientras se pone a mi lado en la barra.
- —Ahora sí —le espeto, girando hacia delante cuando los ojos del otro hombre se encuentran con los míos una vez más detrás de Hugo. Una sonrisa pecaminosa adorna su rostro mientras sus labios se inclinan hacia arriba.
- —¿Y qué estás bebiendo exactamente? —pregunta Hugo, señalando con la cabeza al camarero.

Gimiendo, dejo caer la cabeza sobre la barra.

- —No lo sé. ¿Con qué empiezo?
- —Vino. —Ríe Hugo—. Quizá no acabe sujetándote el pelo mientras vomitas de esta manera. —Se dirige al camarero, llamando su atención y ordenando—. *Un vino tinto*. —Mis ojos siguen los movimientos del camarero, observando cómo vierte el líquido de la botella en la copa.

Incluso observando el proceso, la ansiedad me golpea en el momento en que coloca la copa frente a mí sin el sello de la botella. El recuerdo de haber sido drogada se siente más cercano que nunca. Me trago el ataque de pánico que se cierne sobre el horizonte, amenazando con nublar mi visión, y me llevo la copa a la boca. Fuerzo un trago fuerte del líquido, me resulta más fácil respirar en cuanto baja el primer trago, a pesar de su sabor amargo.

Era irracional ver drogas en todos los líquidos de los lugares a los que iba, pero después que mi hermana hubiera participado en mi casi violación, me resulta imposible no sospechar de todo el mundo.

- —¿Qué estás haciendo? —pregunta Chloe, tomando la copa de vino de mi mano y poniéndola sobre la barra—. ¿Qué ha pasado con lo de vivir?
- Estoy viviendo. Estoy bebiendo y disfrutando de la música argumento.
- —Te estás escondiendo. Deja que él te enseñe exactamente lo que es vivir, Isa —dice, mordiéndose el labio inferior mientras le mira por encima del hombro.
- —No me estoy escondiendo —susurro, poniendo los ojos en blanco para mirar la luna en el cielo—. Estoy siendo práctica. No sabría qué hacer con un hombre así.
- —Cariño, nadie sabe qué hacer con un hombre así. Eso no significa que no puedas tumbarte y dejar que te lleve al cielo. —Se ríe. Hugo gruñe de frustración a nuestro lado, arrancándome una carcajada a pesar de mi ansiedad—. No puedes seguir siendo virgen para siempre.
- —¿Quién demonios ha dicho que quiera? —Tomo otro sorbo de mi vino, fortificando mi decisión con cada trago del amargo sabor a cereza. Lo odio instintivamente pero no puedo dejar de beber. No cuando tengo la sensación de que mi vida estaba a punto de dar un vuelco—. Solo creo que alguien un poco menos... —Hago una pausa, mordiéndome la comisura del labio mientras pensaba en la palabra adecuada—. Intenso sería un buen comienzo.
- —No quieres perder tu virginidad como yo con alguien que tantea y no sabe lo que hace. Quieres el místico unicornio que parece que puede hacer implosionar tu coño con una *mirada* y te convierta en

una de esas raras mujeres afortunadas que tienen un orgasmo al perder la virginidad. Solo ve y habla con él —me insta, y su sonrisa se vuelve tranquilizadora al estudiar el pánico en mi rostro.

—No puedo —digo, negando con la cabeza. Sus ojos se llenan de decepción, y odio saber que mi amiga se preocupa tanto por la seriedad de mi vida. Chloe es una de las pocas personas a las que le había contado lo del accidente y cómo había desbaratado a Odina, aunque éramos demasiado jóvenes para entender lo que significaría algún día.

—No creo que tengas muchas opciones —suelta, su tono cambia a una aguda excitación. Agarrándome la cabeza, me hace girar hacia la piscina. El hombre se levanta de la tumbona en la que se había tumbado en un elegante despliegue de extremidades. Se baja y se mete en la parte menos profunda de la piscina, subiendo los escalones lentamente.

Sus ojos se fijan en los míos mientras se mueve, Hugo y Chloe tuvieron que usar sus manos en mis hombros para girar mi cuerpo y mirarlo, mientras se abre paso lentamente por el agua. El agua cae por sus anchos hombros, sobre los ondulantes músculos de su torso, y se me corta la respiración al ver cómo se desliza por su piel aceitunada. Sonríe cuando mis ojos vuelven a dirigirse a su rostro, con una mirada cómplice mientras me estudia atentamente.

Su concentración no se aparta de mi rostro, algo tan desconcertante en su enfoque único mientras merodea hacia mí, como un depredador en la noche: Con su rostro imposiblemente bello y sus ojos llamativos, parece algo de otro mundo.

De algún lugar destinado a tentar a las mujeres a la muerte.

Una de las asistentes le entrega una toalla al salir de la piscina, pero él ni siquiera la mira mientras la toma de su mano.

—Debería haberme puesto un saco de patatas —le susurro a Chloe. Ella estalla en carcajadas a mi lado, alejándose mientras su largo andar acorta la distancia entre nosotros. El más leve indicio de barba incipiente cubre su rostro, su cabello oscuro seco y con raya a un lado en una especie de peinado a medias, revuelto en la cama. Cuando su rostro llena mi visión, se inclina más hacia mi burbuja de lo que es cómodo.

Se eleva por encima de mí, y con el pulgar y el índice, me coge por debajo de la barbilla y me levanta la cara para poder mirarme con la misma intensidad que cuando estaba al otro lado de la piscina.

Un ojo azul y otro verde. Esos ojos se estrechan sobre mí como una pantera que se acerca a su cena.

Sabía que me comería viva, pero no esperaba el extraño déjà vu que sentí cuando levanta su otra mano y toca la suave piel justo debajo de la parte marrón de mi ojo izquierdo, y la acaricia con una extraña ternura. Su tacto me quema mientras me apiña, cruzando todos los límites aceptables que deberían existir entre dos personas que nunca se han dirigido la palabra. Su aliento mentolado me recorre la cara mientras suelta un suspiro, dejando caer su frente contra la mía, y cerrando los ojos mientras hunde los dientes en su exuberante labio inferior.

Me quedo mirándolo un momento, y vuelvo la vista hacia donde Chloe lo observa con la boca entreabierta por la sorpresa. Hace un gesto con la mano, pareciendo animarme a que cruce todos los límites que debo tener.

Pero no hay nada en él que me haga querer apartarlo. Nada de la repulsión que esperaba sentir si alguien invadiera mi espacio. Solo una extraña sensación de pertenencia, cuando vuelvo mi rostro hacia el suyo para encontrar sus ojos abiertos observándome.

Aparta su frente de la mía, inclinando la cabeza mientras me observa.

Vuelvo a girar hacia la barra rápidamente, tomando mi vino en la mano y dando un gran trago. Chloe me da un codazo en el costado cuando no se aleja, riéndose de mí mientras me tomo el resto de mi vino.

—¿Otro? —pregunta el camarero, que se dirige a rellenar mi copa mientras asiento. Sorbo más vino sin la vacilación que había sentido antes, sabiendo que claramente no tiene intención de captar la indirecta y dejarme en paz, a pesar de mis mejores esfuerzos por ignorarlo.

—He estado pensando en ti—dice a mi espalda. El sonido áspero y rasposo de su voz se enrosca en las palabras, haciéndolas suyas y reclamándolas de una manera que nunca volvería a encontrar. Aunque alguien dijera las mismas palabras, nunca sería como él.

No me deja otra opción que girar y mirarle a la cara, tragándome los nervios antes de hacerlo, mientras aprieto mi columna vertebral contra la barra para mantener la mayor distancia posible entre nosotros. Él mira el hueco como si fuera una afrenta a todo lo que conoce.

—Lo siento. No hablo español —digo con una sonrisa tímida.

—He estado pensando en ti —murmura, el acento de su voz en inglés es tan atractivo como cuando hablaba en español. Me muerdo el labio inferior cuando se acerca y se inclina para tomar mi mano entre las suyas. Pasa sus dedos ásperos por la palma de mi mano, mirándola como si tuviera que memorizar todas las líneas.

- —Eso es muy dulce —digo con una risa incómoda—. ¿Es normal ser tan atrevido en Ibiza? —pregunto, retirando mi mano de su agarre. La suelta de mala gana.
- —Sí. —Se ríe Hugo, introduciéndose en la conversación y lanzando una mirada de advertencia al desconocido que parece querer invadir mi espacio—. Los hombres españoles no se caracterizan por la sutileza.
- —Toma un poco más de valor líquido —me insta Chloe, deslizando mi vino en la mano. Me lo llevo a los labios, sintiendo ya los efectos. El desconocido se mueve a mi lado, golpeando con los dedos la barra una vez antes que el camarero se apresurara a servirle. Chloe me da un codazo en el costado, poniendo los ojos muy abiertos ante el servicio que ordena.
- —*Un chupito de whisky* —dice, viendo cómo le sirven la bebida. Lo deja sobre la barra, volviendo su atención hacia mí y mirándome fijamente.

Desconcertándome con cada segundo que pasa.

—¿De qué tienes tanto miedo, *Mi Princesa*? —pregunta, con los ojos brillantes mientras sus labios se inclinan en una brillante sonrisa.

Suelto una carcajada silenciosa, y mis propios labios forman una sonrisa vacilante que coincide con la suya, mientras se produce un extraño momento de intimidad entre nosotros. Con su mirada multicolor clavada en la mía, es imposible negar que siento que me ve. Que ve todo lo que anhelo liberar de mi personaje cuidadosamente elaborado de obediencia y responsabilidad.

—De ti —susurro. La confesión resuena entre nosotros mientras mis amigos se detienen a mi lado.

Él inclina la cabeza y algo oscuro pasa detrás de sus ojos. Se inclina para tomar mi mano entre las suyas y me aparta de la barra, y me lleva hacia la zona donde bailan otras personas.

- —Baila conmigo a la luz de la luna —dice, su voz profunda me eriza el vello de los brazos, mientras aquellos labios pecaminosos forman palabras en español con tanta suavidad que casi me derrito en un charco a sus pies.
- —No entiendo —digo con una sonrisa incómoda, negando con la cabeza mientras Chloe se apresura y me quita la copa de vino de la mano mientras me guía.

Mis amigos son unos traidores.

- —Baila conmigo a la luz de la luna —traduce, tirando más fuerte hasta que tropiezo en sus brazos.
- —No sé bailar así —admito, mirando a un lado a las mujeres que hacían rodar sus caderas y cuerpos al suave ritmo español que se escucha en el aire.
- —Yo te enseñaré, *Mi Princesa* —dice bajando la voz. Sus manos tocan la parte posterior de mis hombros, dándome una pequeña sacudida mientras sonríe. Las ásperas yemas de los dedos recorren la piel desnuda de mi espalda a ambos lados de la columna vertebral, mientras sus ojos sostienen los míos. Me inclino hacia el tacto, deseando más a pesar de mí misma, y él aprovecha el aumento de la distancia entre nosotros para moverlos hacia mis caderas. La presión de sus dedos las guía al ritmo de la música, moviéndolas de una forma que nunca hubiera considerado posible.

Mis manos se clavan en sus hombros, aferrándome a él en la creencia que me caeré de bruces si no fuera por su apoyo. Con una mirada a mi alrededor, me preocupa el aspecto que debo tener con él guiándome por los movimientos del baile de una forma que los

demás hacen sin dudar. Unas cuantas personas alrededor del espacio nos observan con asombro, lo que no hace más que empeorar la inseguridad que siento. Cuando me vuelvo hacia él, vuelve a tocar su frente con la mía.

—Solo yo y la música —susurra, haciendo girar mis caderas de un lado a otro.

Me muevo como él me guía, hasta que la presión de sus dedos se desvanece y me atrevo a intentar moverme por mi cuenta. Podría haberme visto como una monstruosidad por lo que sé, pero él nunca me deja sentirlo. No con su piel bajo mis manos, sus ojos en los míos y su tacto quemándome.

Solo está él.

Continuamos bailando durante unas cuantas canciones, y mi cuerpo se va sintiendo más cómodo con cada canción que pasa, hasta que el sudor se desliza por mi nuca bajo la cortina de mi cabello. Mete un mechón detrás de la oreja, se aparta y me lleva hasta el borde del patio. Las escaleras del borde bajan a la playa, y dudo en bajar.

Las sandalias, incluso las plataformas, eran nuevas para mí. Llevarlas en la arena no parece una idea prometedora. De todos modos, lo sigo por los escalones, deteniéndome al final para agacharme y quitármelas para no romperme el cuello. Él sonríe, sacudiendo la cabeza, antes que pueda desabrochar las correas me agarra por los muslos y me levanta para llevarme a una de las tumbonas instaladas en la arena. Chillando de risa nerviosa, le miro fijamente mientras me deja en el suelo con suavidad.

—Eres un problema —bromeo, negando con la cabeza.

Él sonríe, esa espada de doble filo, mientras su rostro adquiere un brillo oscuro que llama a las peores partes de mí.

-Princesa, no tienes ni idea.

Las advertencias de mi madre resonaron en mis oídos, mientras contemplaba lo que tendría que decir sobre el hombre misterioso que consume mis pensamientos y me tienta a ser imprudente.

- -¿Los problemas tienen nombre?
- —Rafe. ¿Cuál es el nombre de *Mi Princesa*? —pregunta, las suaves notas de su voz tirando de mí para sonreír.
- —¿Me llamarás así si te lo digo? —me burlo, riendo cuando se inclina hacia mí y me toca el rostro con una mano.
  - —¿Quieres que lo haga? —responde rápidamente.

Me muerdo el labio, negando con la cabeza. Me planteo dar un nombre falso, cualquier cosa que me facilitara alejarme y no volver a verlo cuando todo esto termine.

- —Isa —digo en su lugar.
- —Isa —murmura, inclinándose para pasar su nariz por el costado de la mía. Sus labios tocan los míos brevemente mientras me sostiene la mirada, nada más que un delicado roce de su suave carne sobre la mía—. Eres mía.

Vuelve a rozar su boca con la mía, con más firmeza, su boca atormentándome con una delicada burla de la que no me canso. Ni siquiera soy consciente de acercarme. De inclinarme hacia el tacto y necesitar más, hasta que él enrosca una mano bajo mi cabello y me mantiene quieta mientras se burla en la abertura de mis labios con su lengua.

Todas mis defensas cayeron con la sola sensación de su boca en la mía, su lengua dentro de mí, me hizo revivir, mientras aspiro una

respiración entrecortada que me parece la primera verdadera desde el accidente.

Estaba perdida.

6

#### **RAFAEL**



Se estremece entre mis brazos, sus pulmones se expandieron con aire mientras me atrae más hacia ella. Hay un momento de satisfacción, de saber que la espera había merecido la pena.

Que ella valía cada segundo.

Su lengua se unió a la mía de forma vacilante, su mano toca el lado de mi cuello mientras presiona sus labios contra los míos con más fuerza. La beso lentamente, probando con cautela los límites con los que ella pueda sentirse cómoda. Mi inocente Isa se desvaneció, espoleada por mi tacto, mientras curva su cuerpo hacia el mío al tiempo que la sensación de derecho la llena.

Ella era mía y yo era suyo. Inexperta o no, su cuerpo no le permite dudar en la fusión de nuestras almas. La acerco aún más, y mis dedos se enredan en el cabello de su nuca en mi urgencia por sentirla. La pongo de espaldas, la hago rodar debajo de mí y me inclino sobre ella mientras separo mis labios de los suyos lo suficiente para hundir mis dientes en su labio inferior.

El grito ahogado que da resuena en mí, un reconocimiento de todo lo que no podía saber. Isa puede ser inocente, pero eso no significa que sus deseos tuvieran que serlo. La siguiente vez la beso de verdad, una profunda conquista de sus labios que habla de toda la impaciencia de mi cuerpo. Ella gime en respuesta, levantándose para encontrarse conmigo a mitad de camino mientras exprime sus labios en mi determinación de poseerla. Al deslizar mi mano por su nuca, mis dedos se suavizan al recorrer delicadamente la parte delantera de su garganta.

Una sola línea desde su barbilla y bajando por la suave piel hasta que mis dedos tocan su esternón.

Sus pulmones se agitan en respuesta, y se pone su piel de gallina cuando mis dedos recorren sus hombros y bajaron para tomar una de sus manos en cada una de las mías.

Entrelazando mis dedos con los suyos, separo sus manos de mi cuerpo y las apoyo en el colchón que tenemos debajo. Su rostro se torna sorprendido por un momento cuando levantó nuestras manos hacia la cama, para que descansaran junto a su cabeza, y le di más peso. Al atraparla debajo de mí, sabiendo que por este momento no hay ningún lugar al que pueda ir, desaté un poco del monstruo que llevo dentro mientras le sonrío con toda la ferocidad que hay en mí.

Ella prueba los lazos de mi agarre sobre el suyo, empujando hacia arriba mientras me inclino más hacia ella. Hay un momento de miedo en sus ojos que se convierte en excitación mientras la observo. Saber que, bajo su exterior obediente, *Mi princesa* tiene un lado oscuro solo me demuestra lo perfecta que es para mí.

Mi agarre se estrecha con el suyo, uniendo nuestros dedos, mientras la veo procesar lo que quiere y tratar de conciliarlo con lo que ella creía ser. La oscuridad de su interior me llama, y me pregunto si veía la pesadilla que la mira.

No había duda que eso es lo que yo era, *su* pesadilla. Me quisiera o no.

—Quiero ser tu dueño —susurro, tocando la punta de mi nariz con la suya.

Su espalda se arquea, empujando sus pechos hacia mi pecho, antes de levantar ligeramente el cuello para capturar mis labios con los suyos. La joven que había visto en Chicago nunca se habría permitido estar en una posición tan comprometida con otras personas alrededor. No querría arriesgarse a que la gente la viera devorada por un desconocido.

Pero mi pobre Isa está tan perdida por nuestro vínculo y la inexplicable conexión entre nosotros, que esas personas dejaron de existir. Yo no tenía esos lujos, dado que tengo que obligarme a controlar mis impulsos.

Esto no era una noche con un desconocido, sino el comienzo de nuestra vida juntos.

Me rio, tocando mis labios en su mejilla. Su cabeza rueda hacia un lado, su cuerpo se mueve debajo de mí mientras susurro contra su piel:

- —Pasa la noche conmigo.
- —No entiendo —dice con una risa incómoda cuando me aparto para sonreírle. Ella sabe muy bien lo que había dicho, su cuerpo se tensó mientras consideraba las palabras y trataba de ganar tiempo antes de tener que elegir. Pero mi Isa podría hablar de ganarse la lotería si se le diera la oportunidad, y yo nunca permitiría tal cosa.
- —Pasa la noche conmigo —respondo de todos modos, quitándole el tiempo que había dilatado.

—No creo que sea una buena idea —susurra, moviendo ligeramente la cabeza mientras frunce el ceño y sus demonios vuelven a aparecer en su mirada. Vuelvo a acercar mis labios a los suyos y bajo hasta su garganta para morder la carne mientras ella jadea.

—Confia en mí, *Mi Princesa*. Es una muy buena idea —murmuro, observando cómo se muerde el labio con la suficiente fuerza como para hacerse sangrar con su confusión—. Deja que te enseñe lo que es arder.

Traga saliva, y la determinación se instala en sus ojos cuando finalmente asiente:

—De acuerdo —susurra. Me separo de ella lentamente y le tiendo una mano para ayudarla a subir al borde de la butaca. Duda brevemente, pero lo reconsidera cuando sus ojos se encuentran con los míos y respira profundamente.

En el momento en que puso su mano más pequeña en la mía por voluntad propia, selló cualquier duda que quedara sobre su destino.

Nunca la dejaría ir.



La levanto de la butaca, su cuerpo flexible en mis brazos mientras me da todo lo que necesita para saber que no había habido ningún error.

De alguna manera, desde el otro lado de la calle cuando era una niña, supe que la mujer que llegaría a ser se convertiría en mi obsesión. Quería devorar su cuerpo, conocer cada centímetro de ella fisicamente, al igual que su vida. Luego quise husmear en su cabeza, para entender cómo había llegado a ser tan reservada.

Me mira fijamente, los nervios volvieron a aparecer en su expresión cuando la dejo en el escalón para volver a la zona de la piscina. Tocando con la palma de la mano la parte baja de su espalda, la guío hacia la escalera y mantengo mi mano sobre ella mientras la guío por la fiesta. Hugo y su amiga bailan con desconocidos, y sus ojos se posan en nosotros cuando salimos de la playa.

Asiento a Hugo mientras Chloe mira a Isa con ojos muy abiertos. Le dice algo con la boca, una comprobación para asegurarse que su amiga está totalmente dispuesta a irse a la cama conmigo. Isa traga saliva a mi lado, pero Asiente con una tímida sonrisa mientras sus mejillas se sonrosan al mirarme.

Dirijo mi mirada hacia ella, besando su sien mientras entramos en el vestíbulo y nos dirigimos al ascensor que nos llevará al Ático. Diez días para convencer a Isa que abandonara todo lo que conoce. Diez días para traerla a la vida y mostrarle todo lo que no sabía que necesitaba.

Tengo que esperar que sea suficiente. Entramos en el ascensor mientras Isa mira a su alrededor, sus nervios aumentan mientras pulsa el botón del ático. Vuelve sus ojos hacia los míos, mordisqueando la comisura de su boca mientras sus dudas vuelven a aparecer. La atraigo hacia mí, inclino su cabeza hacia arriba y lamo el borde de su boca hasta que la separo para mí y me invitó a entrar.

Me pasaría todo el tiempo dentro de ella si eso evita que analice en exceso nuestras contrastadas vidas financieras. Será la menor de sus preocupaciones.

Se funde conmigo, su cuerpo es como un líquido en mis brazos mientras me deja maniobrar hasta que su espalda toca la pared trasera del ascensor. Le doy golpes firmes de mi lengua contra la suya, y tomo todo lo que me da. Cuando se abren las puertas del ascensor, me aparto tan repentinamente que se balancea al perder mi contacto y me deja tomar su mano para guiarla hasta las puertas del ático. Las abro de un empujón tan rápido como pude, dejo caer mi tarjeta de acceso sobre la mesa de la entrada y la guío por el salón de mi suite hasta el dormitorio principal. La habitación brilla con la suave luz de la luna que se filtra a través de las enormes de cristal corredizas que ofrecían puertas impresionantes del océano. Odio dejarla, pero tengo que hacerlo para enjuagar la arena de mis pies en el baño. Sus ojos se iluminan cuando se acerca a las puertas, observando cómo las olas se estrellan contra la arena apenas iluminada mientras desliza una de las puertas y sale al balcón privado.

La seguí cuando pude, acercándome a ella y tirando de su pelo color chocolate por encima de uno de sus hombros para darme acceso a su cuello. Al pasar mis labios por su piel y bajarlos hasta su hombro, muerdo la carne allí mientras ella respira. En cuanto mis dientes la sueltan, se gira hacia mí de repente con los labios fruncidos por la indecisión.

—Si vamos a hacer esto, hay algo que deberías saber.

Toco la cinta que sujeta los lados de su vestido, desatando lentamente el nudo mientras mis manos rozan sus pechos con cada movimiento.

—¿Qué es, Mi Princesa?

—Nunca he... —Hace una pausa, tragando saliva cuando la cinta se suelta finalmente y los lados de la tela se aflojaron para mostrar más de sus pechos en bikini. Toco la tela de gasa de sus hombros, deslizándola a ambos lados hasta que está a un segundo de resbalar por su cuerpo—. Soy virgen —dice con los ojos decepcionados, mientras espera el rechazo que creía que iba a producirse.

Si hubiera sido cualquier otra persona, no habría tenido ningún interés en ir más allá, así que no puedo decir que el miedo fuera injustificado. Pero con Isa, su virginidad es mucho menos complicada.

Significa que no necesito cazar nuevas víctimas y asesinar a los hombres que habían tocado lo que es mío.

Con una sonrisa secreta, le quito la tela de los hombros a pesar de sus palabras. El vestido se desprende de su cuerpo, deslizándose por su suave piel como un tormento líquido. Cae a sus pies, dejándola en nada más que un bikini de hilo verde esmeralda que abraza sus curvas con fuerza. El color resalta sus ojos y no se puede negar que, de alguna manera, había elegido llevar mi color favorito. Brilla a la luz de la luna contra su piel leonada mientras toco la primera de sus pecas en el pecho.

Las contaría cuando ella durmiera, igual que había contado las pecas de su cara cuando miraba su foto durante los últimos dieciséis meses.

Al descalzarse, deja caer sus manos sobre la cintura de mi bañador y los cordones que me confinan, pero me inclino hacia delante y engancho su labio con mis dientes. Por mucho que Isa ponga cara de valiente, y por mucho que yo necesite la liberación tras la necesidad de mi celibato mientras la esperaba, Isa necesita saber lo que es el placer.

Perder su virginidad conmigo no es una gentileza, y tendría que trabajar para que fuera menos doloroso para ella. Tomando sus manos entre las mías, las pongo sobre mi pecho. Rozaron la carne elevada de mis marcas. Las siete marcas hormiguean bajo sus dedos, lo que no es de extrañar, ya que nunca había tolerado que me tocaran allí en el pasado. Mientras camino de espaldas hacia el dormitorio principal y la animo a seguirme con un firme agarre en la cintura, su mirada se desvía hacia las marcas bajo sus manos.

- —¿Qué son? —pregunta mientras la siento en el borde de la cama a mi lado.
  - -Penitencia respondo . Es una cosa de familia.
- —¿Te duele? —pregunta, inclinándose hacia delante para rozar con su inocente boca las cicatrices. El vacío dentro de mí se hincha, amenazando con explotar con el saber que me ofrecía un toque tan inocente. Isa no se deja llevar por el afecto físico con facilidad, y el cuidado en el movimiento parece sorprenderla incluso a ella cuando se aparta.
- —Ya no —murmuro, colocando un mechón de pelo detrás de su oreja y besando su boca.

La libero de los confines de su jaula, preparándome para mostrarle todos los lugares a los que tenía demasiado miedo de ir sola. Mientras la tumbo debajo de mí, inclinándome sobre ella y entrelazando mi lengua con la suya en una danza diseñada para volverla loca de lujuria, deslizo una mano por debajo de su cuello y desato el nudo de su bikini. El siguiente fue el de su espalda y finalmente, la endeble tela que atrapa sus pechos y, oculta a mi mujer de mí, se soltó. Se lo quito lentamente, dejando sus pechos a la vista por primera vez. Le quito mi peso de encima, dejando que se acomode en el centro de la cama y se ponga cómoda.

Los nervios de Isa la traicionan y se retuerce cuando mis ojos se desvían hacia abajo para contemplarla. Su cuerpo es un reloj de arena, suave y maduro para ser tomado. Mis manos ásperas parecen tan sucias contra su piel suave y ligeramente pecosa. No hay ni una línea de bronceado a la vista, y me encanta saber que no tiene ninguna marca cuando llego a mí.

Significa que cada línea de bronceado, cada marca, cada mancha en su piel vendría de mí.

Tomo uno de sus pechos con la mano y froto el pulgar sobre el pezón mientras me mira fijamente sin nada más que el fino trozo de tela entre sus muslos para protegerla de mi vista. Me muevo lentamente por miedo a precipitarme, a tomarla demasiado rápido en mi urgencia por poseerla.

En lugar de eso, atormento su pezón con mi dedo, inclinándome para convencerla que se relaje con mi boca en la suya. Cuando su cuerpo tenso se relaja, cambio mi peso y me muevo para arrastrarme entre sus piernas. Tocando con mis manos sus muslos y moviéndolos para separarlos, mis dedos rozan una porción de piel ligeramente elevada. Al retirarme de su boca, miro su pierna mientras me acerco a ella. La cicatriz brilla en blanco a la luz de la luna, envolviendo su muslo dos veces y cruzando la esquina interior. Paso las manos por encima, sintiendo los ojos de Isa sobre mí.

Lleno de la necesidad de vengar lo que fuera que había dañado a *Mi Princesa*, supe, con una sola mirada a sus rasgos endurecidos, que sería tan comunicativa con sus cicatrices como yo lo había sido con las mías.

Esperaría, y entonces lo sabría.

Entonces mataría al responsable de su dolor.



7

#### **ISA**



No estoy segura de lo que había esperado que ocurriera en el momento en que ve la cicatriz. No conocía a ningún hombre que pudiera pensar que alguien con eso era hermoso. Un horrible recordatorio de mi estupidez y la forma en que había destrozado a mi familia.

Esperaba que su mirada encontrara la mía en la penumbra de la habitación. Lo que obtuve fue furia.

Está enfadado por mí, asumiendo incorrectamente que había sido culpa de alguien y no mía, pero la cicatriz de mi pierna era pálida comparada con las cicatrices de mi alma. A la sensación de estar rodeada de oscuridad mientras las sombras se acercan para tragarme entera.

Vuelve acortar la distancia entre nosotros mientras sus dedos se extienden sobre la cicatriz, abriendo aún más mis piernas para dejar espacio a sus musculosas caderas. Su longitud presiona contra la parte más íntima de mí, tan dura como el acero, mientras se acomoda entre mis piernas como si siempre hubiera estado destinado a estar allí. Su pulgar me toca el labio inferior,

arrastrando la carne hacia abajo para mostrar mis dientes antes que presionara la humedad contra mi pezón y saque una respiración entrecortada de mí.

—Rafe —susurro, viendo cómo sus ojos se oscurecen en el momento en que su nombre sale de mis labios. Se inclina hacia mí, acercando su lengua a mi pezón en una húmeda burla antes de llevárselo a la boca y chuparlo.

Mis manos se dirigen a su cabello, tanto para acercarlo como para intentar apartarlo, mientras la sensación estalla en mí. Un placer cegador que nunca había sentido, me lleva al punto de no retorno mientras me retuerzo bajo él. El repentino calor entre mis muslos era algo sacado de un libro. Algo sobre lo que solo había leído y que nunca había soñado tener para mí.

No puede ser posible que la gente de verdad se sintiera así. Que ardieran por dentro y se preguntaran cómo no se habían incendiado.

Su mano toca mi otro pecho, pellizcando el pezón con dureza mientras adora mi derecho con su lengua. El choque del dolor comparado con el húmedo placer de su boca me hace jadear.

—Por favor —le suplico.

Desliza su mano desde mi pecho hasta la cinta de la parte inferior de mi bikini. Soltando la cinta a toda prisa, aparta el trozo de tela de su camino y hace lo mismo en el otro lado, hasta que pudo sacarlo de entre mis piernas. De repente estoy desnuda con un hombre con el que no tenía nada que hacer.

Mi aprensión se esfuma en el momento en que su dedo me toca, deslizándose a través de mí y explorándome. Gime contra mi pecho antes de soltar mi pezón, moviendo su boca hacia mis labios de nuevo y besándome con una necesidad que no sabía que un hombre

podía poseer. Su dedo me atormenta, rozando mi clítoris antes de bajar y tocar mi entrada. Retira sus labios de los míos, mirándome a la cara y observando cómo lo presiona dentro de mí. Me muerdo el labio, la sensación es incómoda pero no especialmente dolorosa. Totalmente perdida por la forma en que sus ojos desiguales me observan. Por la sensación que mira dentro de mí y me ve deshacerme.

—Estás tan mojada para mí, *Princesa* —gime, aplicando más presión hasta que trabaja su dedo dentro de mí. Su pulgar presiona mi clítoris, dejándome llena y ardiendo de necesidad. Bombea ese dedo traicionero dentro y fuera de mí lentamente, llevándome cada vez más cerca del precipicio de algo que no sabía que era capaz de alcanzar.

No es que lo haya intentado.

Un segundo dedo se une al primero, presionando y estirando mientras me estremezco por el ardor. Me sonríe, roza con sus labios el valle entre mis pechos y baja entre mis muslos. Sus labios recorren un beso sobre mi estómago hasta que se tumba sobre los suyos y se queda mirando mi interior. Cierro las piernas instintivamente, negando con la cabeza.

—No tienes que...

—Calla, Isa —me reprende. Se inclina hacia delante para aplastar su lengua contra mi clítoris y hacer círculos alrededor de él. Gruño en el momento en que su boca me toca, haciéndose eco del gemido que se agolpa en mi garganta y me hace arquear la espalda. El calor de su boca era cegador.

Adictivo.

De alguna manera, sabía que nunca volvería a ser la misma.

Aquellos dos dedos bombean dentro de mí lentamente, preparándome para lo que tenía que suponer que sería una intrusión mayor, teniendo en cuenta lo que he sentido cuando se acostó encima de mí.

Toca una parte dentro de mí que se siente diferente, enganchando sus dedos hacia adelante.

—Oh —jadeo, retorciendo mis caderas hacia su cara instintivamente. Sonríe en mi clítoris en el momento en que me agarro a su cabeza, perdida por lo que construye en mí—. Joder.

Presionando más fuerte, mueve esos dedos con más firmeza, y me derrumbo debajo de él. Arqueando la espalda y dando espasmos a su alrededor, aprieto las piernas alrededor de su cabeza mientras pierdo el control de mi cuerpo.

Era suyo. Podía quedárselo.

En este momento, no quiero recuperarlo.

Cuando me relajo en la cama, luchando por recuperar el aliento, él se pone de rodillas y se levanta. Mirándome fijamente, sus dedos se dirigen finalmente a los cordones de su bañador, desatándolos lentamente mientras lo observo. El material se abre para mostrar más del cinturón de adonis en sus caderas; el tentador músculo tallado justo debajo de sus definidos abdominales atrae mi mirada mientras desliza la tela por sus piernas.

Se me corta la respiración al mirarlo. Podría haber parecido un pez, mis labios se abren y cierran sin que salga ningún sonido. Mis piernas se cierran solas, incluso mi coño tiene el maldito sentido común de saber que eso no va a entrar en mí.

Se curva hacia su ombligo, balanceándose mientras vuelve a subir a la cama y separa mis piernas para instalarse entre ellas de nuevo.

-No creo...

—Iremos despacio. —Ríe, besándome brevemente mientras se mete entre nosotros. Se agarra la polla, arrastrando su cabeza por mis labios, y me estremezco en anticipación. Es mucho más grande que sus dedos.

En el momento en que presiona mi entrada, la aprehensión se desliza a través de mí.

—Condón —digo, tocando su estómago para detenerlo. Me estudia por un momento, perdido en sus propios pensamientos, antes de asentir y buscar en la mesita de noche.

Al ver que saca un preservativo no me preocupo por la procedencia de los mismos ni de donde venían. Sobre todo, cuando leí el nombre del hotel en el embalaje.

Abre el paquete con los dientes, sacándolo y deslizándolo sobre su longitud mientras lo observo fascinada. Algo en la visión de cómo se toca a sí mismo me empuja de nuevo al deseo, incluso a pesar del miedo a que me parta en dos. Tira el paquete vacío a un lado, se alinea de nuevo y coloca su peso sobre el mío.

Sin dejar de mirarme, presiona hacia mi entrada. Me quema mientras se abre paso con empujones poco profundos, gimiendo por el dolor.

—Shh —Me calma, metiendo la mano entre nosotros para tocar mi clítoris y añadir más placer a su posesión.

No alivia el escozor mientras trabaja a través de mis tiernos tejidos, pero de alguna manera se combina con el placer. Lo

convierte en algo totalmente distinto. Gime mientras presiona más profundamente, sus caderas finalmente se conectaron con mi cuerpo para indicar que de alguna manera había encajado dentro de mí. Me besa con una posesión áspera que contrasta con la forma lenta en que se retraen sus caderas y se desliza de nuevo dentro de mí. Probando. Provocando. Empujando los límites de lo que puedo soportar.

Cuando el dolor agudo de la pérdida de mi virginidad se desvanece hasta convertirse en un dolor hueco, me agacho y tomo su culo entre mis manos. Mis uñas se clavan en la carne de ese lugar, haciéndolo ir más fuerte y profundo. Gime en mi boca, dándome lo que pido. Golpea mi extremo, enviando una sacudida de dolor a través de mí.

Me horroriza que me gustara. Me horroriza saber que lo que siempre había sospechado que vive dentro de mí está realmente ahí.

Me toma en lentos y duros impulsos mientras rodea su cintura con mis piernas y me abre aún más para él. Su mano se desliza entre nosotros, abandonando mi clítoris para adentrarse más en mi interior.

Lo siento por todas partes.

Sus labios abandonan los míos, una de sus manos lo sostiene a la cama y la otra la tiene en mi nuca para mantenerme quieta mientras sus embestidas se vuelven castigadoras, y me arranca un jadeo con cada una de ellas.

Duele, pero se siente tan jodidamente bien.

Le agarro la nuca y le sujeto con fuerza mientras me folla. Con sus ojos en los míos, mirándome fijamente, no hay nada más que él.

Nada más que sus ojos en los míos y él moviéndose dentro de mí.

—Joder —gime con los dientes apretados—. Córrete, *Princesa* — me ordena, haciendo rechinar su pubis contra mí, con un movimiento de sus caderas.

Lo hago, convulsionando a su alrededor mientras mi visión se vuelve blanca, y sus profundos gemidos llenan mis oídos mientras sus empujones se vuelven imprevisibles y salvajes. Me folla como si me odiara. Hasta que su longitud se agita dentro de mí mientras explota en su propio clímax.

Lucho por respirar, con los pulmones agitados por debajo de Rafe, que se había desplomado sobre mí.

Me quedo mirando el techo mientras me besa la mejilla, la realidad se inmiscuyó cuando volví a bajar del subidón de los dos orgasmos.

¿Qué mierda había hecho?



Rafe se quita de encima mío, levantándose para tirar el condón. Me quedo allí, preguntándome qué debo hacer.

Una aventura de una noche no era la forma de perder la virginidad. Como no quiero abusar de su hospitalidad, espero a que salga del baño y mantengo la vista en el suelo mientras me apresuro a entrar en él.

Me limpio, me lavo las manos y resisto el impulso de echarme agua fría en la cara. Lo último que necesito es parecer un mapache cuando haga mi paseo de la vergüenza y me dirija de nuevo a la fiesta para esperar que Hugo y Chloe no hubieran vuelto aún a nuestro hotel.

Cuando abro la puerta, Rafe está sentado en la cama. No se ha molestado en ponerse la ropa, descansando cómodamente en su espacio. Desvío la mirada con una tímida sonrisa, mirando por el suelo para ver si encuentro mi traje de baño. Cuando encuentro la parte de abajo, la recojo del suelo y maldigo el hecho que hubiera desatado los lazos.

- —Ven a la cama, *Princesa* —dice, atrayendo mis ojos cuando se ríe.
- —No es necesario. Debo volver antes que mis amigos se preocupen. —Intento que las palabras no suenen amargas, pero ya sabía que acostarse con él había sido un error. Había puesto el listón demasiado alto, y temía que ningún otro hombre pudiera competir.

No basta con que fuera el hombre más guapo que había visto nunca, sino que tenía que hacer que perder mi virginidad fuera también una experiencia placentera.

- —Entonces, llámalos —dice, entregándome su móvil de la mesita de noche. Había dejado el mío en la recepción del hotel para que lo guardaran. Lo tomo, y me quedo mirándolo sin comprender. Elegante y negro, nunca había visto un móvil con bordes sin fisuras. Parece sacado de una película de ciencia ficción.
- —Está bien —digo, devolviéndoselo. Es solo otro recordatorio de lo lejos que están nuestros mundos. Esto había sido por una noche.

La noche había terminado.

—Debería irme. No quiero abusar de tu hospitalidad. —Suspiro, poniéndose de pie y merodeando hacia mí. Vuelve a recordarme a una pantera, moviéndose a través de la oscuridad de la habitación como si la controlara.

Como un fantasma. Una pesadilla que cobraba vida.

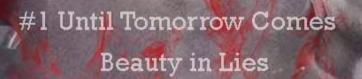
Y no quiero despertarme nunca.

Se me corta la respiración al comparar al hombre que recordaba de mi sueño drogada, y el tacto de Rafe al ahuecar mi mejilla aumentó esa sensación de malestar.

- —Quiero que te quedes. —Su pulgar roza la piel bajo mi ojo izquierdo, una suave caricia que se siente más íntima después de las cosas que me había hecho.
- —De acuerdo —susurro, escribiendo un rápido mensaje al número de Chloe y devolviéndole el móvil.

Me coge la mano, calmando los bordes deshilachados de mi alma mientras me guía hacia la cama. Me atrae a su lado, dejando que apoye la cabeza en su pecho a modo de almohada, y me estrecha entre sus brazos.

Algo en mí se calma. Algo en él me resulta familiar. Como volver a casa después de toda una vida fuera.



8

#### **ISA**



La luz entra por los bordes de mi visión. Cuando abro los ojos y miro el espacio que tenía delante, la lujosa decoración en color champán y oro que me devuelve la mirada no era, desde luego, la habitación púrpura que había tenido el mismo aspecto desde que tenía diez años.

Un peso descansa sobre mi cintura, y el calor de un pecho desnudo presiona contra mi columna vertebral.

Me giro bajo el brazo, rodando de espaldas y mirando el hermoso rostro de Rafe relajado. En el sueño, su expresión es extrañamente pacífica. Como si las líneas del rostro que lo marcan como un pecado decadente y peligroso se hubieran suavizado y convertido en un hombre.

Su pecho sube y baja con las profundas respiraciones que solo el sueño puede proporcionar, gime al acercarse a mí. El acero de su erección me roza el muslo, haciéndome notar el claro dolor que siento entre las piernas después de la noche anterior.

Me muerdo el labio y salgo de la cama aferrándome a la sábana, esperando que no note mi ausencia. Es temprano y, aunque me hubiera encantado escaparme antes que se despertara, necesito ducharme porque tengo que cruzar la ciudad de Ibiza hasta el hotel boutique que me daría un respiro, mientras lloraba la pérdida de algo que nunca había tenido realmente.

En la encimera hay un cepillo de dientes, todavía en su embalaje original. No había reparado en él la noche anterior en mi pánico por salir de la habitación, pero su presencia parece burlarse de mí. El cepillo de dientes de Rafe está en el porta cepillo ya abierto, habiendo sido utilizado. La sensación de suciedad que había tenido mientras pensaba en marcharme en cuanto él terminara conmigo volvió de golpe, empujada a la superficie, con la realidad que había planeado tener compañía para pasar la noche.

Dejar que me quedara no significa nada. No significa que él pensara que nuestra noche juntos fue especial, como me parece a mí. Simplemente parece tener la tendencia a dejar que una mujer se quede a dormir.

Me miro en el espejo, estudiando mi cara y preguntándome si me siento diferente, aparte del dolor que siento en mi interior. Sigo sintiéndome como yo, a pesar que de alguna manera siento que mi mundo se ha movido sobre su eje. Un hombre nunca me había afectado, y nunca me había permitido estar con un hombre simplemente porque lo deseaba.

Volviendo a mirar el cepillo de dientes, rompo el paquete con movimientos furiosos y echo pasta de dientes como la ofensa personal que era. Me cepillo a fondo, eliminando el regusto que me había dejado el vino, y lo enjuago antes de volver a depositarlo dentro del destrozado paquete.

Por mí, puede reutilizarlo para su próxima aventura de una noche.

Abro la ducha y me meto en el agua antes que se caliente. El chorro frío me saca de mi mezquindad, haciéndome sentir instantáneamente culpable por actuar como una amante despechada. No tengo ningún derecho sobre él.

No me había dicho ninguna mentira. Nunca me hizo ninguna promesa más allá de nuestra noche juntos.

Sé que, lógicamente, debo considerar la noche como una bendición. Había tenido una experiencia agradable para ser mi primera vez, y tendría una gran historia que contar si alguna vez llego a un punto en el que quiera hablar de mi vida sexual. En cambio, lo único en lo que podía pensar era en que él hará lo mismo esta noche con una nueva mujer.

Me enjabono el champú en el pelo y miro el frasco de acondicionador que está en la repisa mientras la ducha de lluvia se derrama sobre mí. Ignoro el sonido de la puerta del baño al abrirse, sin atreverme a soltar el suspiro que quiere escapar. Salir a escondidas antes que se despertara habría sido demasiado bueno para ser verdad.

La puerta de la ducha se abre mientras me enjuago, haciéndome volver los ojos incrédulos hacia él cuando entra en la ducha conmigo. Siento el momento en que entra bajo el chorro; el agua rebotando en su cuerpo goteando en mi espalda desde un ángulo diferente antes que me toque. Cuando sus dedos me peinan el pelo, ayudándome a enjuagar el champú de las puntas, me zafo de su agarre y me giro para mirarle con el ceño fruncido.

—Saldré de tu camino en cuanto termine —le espeto.

Ladea la cabeza, confundido, y suspiro para deshacerme de mi frustración, cuando ignora el golpe de mis palabras y lava el ofensivo acondicionador de mi pelo.

- —¿Qué tiene a *Mi Princesa* de mal humor esta mañana? pregunta. Sintiendo sus palabras como una ofensa. No me conoce lo suficiente como para hablarme de mis estados de ánimo.
  - —Nada —digo, acercándome para tomar el gel de baño.

Me lo quita de las manos y lo deja en el estante mientras me da la vuelta para mirarlo. Empujándome contra la pared de la ducha, toma el lado de mi cuello y usa su pulgar para presionar mi barbilla hacia arriba hasta que me encuentro con sus ojos.

—Dime.

Me retracto tragando saliva y suelto un suspiro.

- -No es nada. Estoy siendo estúpida -admito.
- —Isa, dímelo para que pueda arreglarlo —dice con más firmeza.

Mis ojos se dirigen al cepillo de dientes sobre la encimera, decidiendo finalmente que sería una tontería sentirme tan avergonzada por ser sincera con él. Pronto saldré de su vida y no lo volveré a ver, así que no debería importar si me iba en buenos términos o no.

—Nunca quise sentirme como una más en una puerta giratoria de mujeres, ¿sabes? No debería haber hecho esto. No soy yo, pero eso no es culpa tuya.

Sigue mi mirada, girando su cuerpo. Siento el momento en que ve el cepillo de dientes, la forma en que su cuerpo se relaja al darse cuenta de lo que podría haberme molestado.

- —Ah. El hotel suministra muchos artículos, sobre todo en la suite del ático. Hay dos cepillos de dientes en cada una de las otras dos habitaciones de la suite también, estoy seguro.
- —¿No los pediste? —pregunto estúpidamente, mi cerebro tratando furiosamente de unir los puntos. No es necesariamente una confesión que, lo que habíamos tenido era único, pero no podía esperar eso de un hombre que no conozco.
- —No. —Se ríe, pasando su pulgar por mi mejilla—. Pero debo admitir que me sorprende lo mucho que me atraen tus celos. ¿Te vuelve loca pensar en otra mujer en tu lugar? —pregunta, tomando el gel para el cuerpo y echando un poco en una esponja mientras le frunzo el ceño. De repente me siento como la protagonista de una broma y descubro que no me gusta mucho.
- —Porque creo que mataría a un hombre por mirarte demasiado tiempo —dice mientras se inclina y toca sus labios con los míos suavemente, mientras me mira fijamente y enjabona la esponja con burbujas.

La exageración me cubre la piel, sintiéndose como un extraño cumplido. Quiero que esté celoso. Quiero que se sienta territorial sobre mí, porque significa que yo era algo más que una sola noche.

Incluso si no puede durar, me daría algo de paz saber que tal vez pensará en mí después que me haya ido.

Me aparta de él, pasando la esponja jabonosa en mi hombro y deslizándola por mi brazo hasta que cada centímetro está cubierto de espuma. Cambiando de mano, lo hace con el otro brazo, deslizándolo por la parte delantera de mi cuerpo.

Mis pezones se agitan bajo el tacto cuando la superficie abrasiva los raspa, y cubre mi torso de burbujas al apretar su cuerpo contra el mío. Su longitud se curva a lo largo de mi columna vertebral,

cimentando su deseo por mí mientras baja la esponja y separa ligeramente mis pies para poder limpiarme.

Me sonrojo ante el acto íntimo y no puedo evitar inclinarme más hacia él.

—¿Cómo podría alguien compararse contigo, Isa? —me pregunta, y el uso particular de mi nombre ayuda a calmar aún más mis inseguridades. Princesa es hermoso. Me recuerda nuestros diferentes mundos, pero la voz cínica de mi cabeza se pregunta si alguna vez lo ha utilizado con otra persona.

Isa era yo. Al menos, había sido lo suficientemente memorable como para recordar mi nombre.

En cuanto termina de limpiarme, se dedica rápidamente a lavarse él mismo con la esponja en una mano mientras con la otra profundiza en mi interior.

—¿Te duele? —murmura, su voz sopla sobre mi pómulo mientras me muerde la piel juguetonamente.

Asiento con tristeza, realmente arrepentida de no haber podido darle una segunda ronda. Ya había cometido el error de tener una aventura de una noche. No puedo imaginar que una segunda ronda me hiciera sentir peor conmigo misma cuando salga de su ático y no vuelva a verlo.

—Sí —susurro entre jadeos mientras él separa mis labios con dos dedos y me acaricia suavemente el clítoris. Incluso ese pequeño toque hace que mis caderas se sacudan contra él mientras tira la esponja a un lado.

Me rodea con el otro brazo, toma un pezón entre sus dedos y lo pellizca ligeramente mientras arrastra sus dientes por el costado de mi cuello.

- —Siento haber sido demasiado brusco —dice, con sus dedos jugueteando en mi entrada, probando mi reacción mientras me sacudo en su agarre, antes de volver a deslizarse para rodear mi clítoris con firmes movimientos.
  - —Me gustó —respondo en un suspiro sin aliento.
- —Lo hizo. —Respira contra mi piel, apretándose contra mi columna vertebral mientras levanta la mano de entre mis muslos y se lleva los dedos a la boca. Olían a mí, obligando a mis labios a separarse para que pudiera apoyarlos en mi lengua mientras observa mi rostro. Al liberarlos, los desliza de nuevo hacia mi centro y vuelve a trabajar en círculos firmes que me llevan a la locura mientras gira mi cabeza hacia él y se inclina hacia delante para morderme el labio inferior entre los dientes—. Tu bonito coñito se va a correr para mí —gime mientras se retira—. Y luego quiero tu boca.

Mis ojos siguieron hacia abajo, aunque en realidad no puedo verlo. Cuando mis ojos vuelven a encontrarse con los suyos, están llenos de diversión.

- —No sé cómo hacer eso.
- —Yo te enseñaré, *Princesa*. —Desliza un solo dedo dentro de mí, usando su pulgar en mi clítoris mientras su boca se acerca a la mía y me devora. Gimo dentro de su boca, mis caderas se mueven por voluntad propia mientras mi orgasmo se estrella sobre mí por el dolor que ese dedo añadía al placer que me da. Mi visión se vuelve nublada, mi cuerpo se afloja en sus brazos, y si él no me hubiera sostenido, podría haber caído en el suelo de la ducha mientras mis piernas se vuelven gelatina debajo de mí.

Espero a que mis ojos se abran para encontrarlo mirándome. Su rostro está extrañamente concentrado en el mío, tanto que me sonrojo de vergüenza. Me hace girar en sus brazos; el agua me

salpica el costado mientras le miro. Con una mano firme sobre mi hombro, me presiona hasta que caigo de rodillas. Respiro entrecortadamente cuando me encuentro cara a cara con su polla por primera vez. Duro y furioso, las venas recorren el costado de su longitud y la cabeza es de color púrpura. Parece atormentado y desesperado. Trago saliva y levantó una mano para rodearlo, soltando un jadeo de sorpresa cuando se mueve en mi agarre.

Deslizo mi mano sobre él lentamente, el agua de la ducha ayudando al movimiento mientras lo miro.

—Isa —advierte, tocando mi nuca y enredando su mano en mi pelo. Se empuja hacia dentro, moviéndose con cautela, pero su agarre es implacable cuando lo inclino hacia abajo con mi mano y separo los labios. Su cabeza se desliza dentro, el sabor único de él explotando en mi boca mientras empuja hacia adelante superficialmente y me da más de él. Me echo hacia atrás, soltándolo con inseguridad mientras me paso la lengua por los labios—. Otra vez, —me ordena. Lo hago, llevando su cabeza hasta el fondo que pensé que me iba a atragantar y tirando hacia atrás, sin dejarle salir del remanso de mi boca mientras repite el movimiento ante sus firmes impulsos en la parte posterior de mi cabeza—. Joder — gime, arrancándome un gemido que vibra alrededor de su longitud.

Observo cómo se muerde el labio con dureza, quedándose la piel mellada cuando finalmente lo suelto. Tirando de mi pelo, me tira hacia atrás hasta que su polla sale y toca con su pulgar mi labio, arrastrándolo hacia un lado y mirando mi boca con un fervor fascinante. Ese pulgar baja hasta mi garganta mientras rodea la parte delantera con su mano y presiona suavemente.

—Ahora vas a llevar mi polla hasta tu garganta, *Mi Princesa* — murmura mientras mis ojos se abren de par en par. Me suelta la garganta, apartando mi mano de su polla y acercándola a mi boca.

La punta roza mis labios mientras dudo, y algo peligroso se desliza por sus ojos mientras lo observo.

Me trago los nervios que sentí al verlo, y abro la boca para que pueda presionar su interior. Entra, deslizándose sobre mi lengua y golpeando el punto en el que me atraganto a su alrededor.

—Traga —ordena, empujando con más firmeza. Me esfuerzo por saber cómo hacerlo, sacudiendo ligeramente la cabeza y moviéndome para retroceder, pero él abandona su control para agarrarme de nuevo por la nuca y mantenerme quieta. Se me humedecen los ojos mientras lo miro, y finalmente relajo la garganta lo suficiente como para tragar a su alrededor.

Empuja más profundamente, dando empujones superficiales que lo mantienen encerrado dentro de mi garganta. Mis pulmones se agitan por la necesidad de aire, y su mano presiona más fuerte, como si se sintiera allí. Unas sombras fantasmales se ciernen en el borde de mi visión. Me observa la cara, y finalmente se libera y me deja respirar. Aspiro aire desesperadamente, mirándole fijamente mientras me observa. Aun sabiendo que me privara de aire, aun sabiendo que los fantasmas volverán, me abro para él y le dejo empujar profundamente. Se acaricia dentro de mi boca, moviendo mi cabeza hacia delante y hacia atrás a un ritmo endiablado mientras sostiene mi mirada con determinación.

Cuando se introduce en mi garganta, me trago su intrusión mientras deja escapar un gemido silencioso y me acerca a su ingle. Demasiado llena, apreto las manos contra sus muslos en señal de protesta mientras se derrama en mi garganta.

Mis uñas se clavan en sus muslos, marcándolos con vetas rojas, hasta que finalmente me suelta y tira hacia atrás soltando su polla. Me toma la barbilla y vuelve a pasarme el pulgar por el labio mientras recupera el aliento y trago el escozor de mi garganta.

-Esta boca será mi muerte -gime.

Ni siquiera sé lo que significan esas palabras, pero de todos modos me sonrojaron cuando me ayuda a levantarme de mis doloridas rodillas y me come la boca como si no le importara lo que hubiera hecho con ella.

Como si fuera suya, y que haría lo que le diera la gana, a pesar de todo.



Su camisa blanca me llega a las rodillas, y miro el vestido y el traje de baño que había doblado y colocado sobre una silla del comedor. Llevar su ropa no debería ser tan íntimo, no cuando lo había tenido dentro de mí.

No cuando ya había estado en mi boca.

Había abierto los paneles de la puerta de cristal que se plegaban a un lado, dejando que la brisa del océano soplara a través de la suite. Con solo unos pantalones cortos grises cubriendo su mitad inferior y el pecho desnudo, se dirige a la puerta de la suite cuando llaman y deja que un miembro del personal entre con un carrito. Me retuerzo incómoda, mirando a Rafe cuando entra en la habitación con el otro hombre. Mientras el personal deposita mi móvil sobre la mesa sin decir nada más y se afana en descargar los platos cubiertos sobre la mesa que tenemos delante, la mano de Rafe se posa en el respaldo de mi silla. Su otra mano llega hasta la parte delantera, agarrando mi barbilla e inclinándome hacia atrás

hasta que le miro fijamente. Tiro de la camisa hacia abajo, tratando de mantener mis muslos cubiertos. Su mirada se dirige a ellos, volviéndose cómplice mientras me atormenta y se inclina para apretar un beso húmedo contra mi boca.

Si no lo hubiera sabido, me habría parecido un reclamo.

Pero los ojos del empleado ni siquiera miran hacia nosotros mientras retira las tapas de los platos y vuelve a su carro con movimientos nerviosos que hacen chocar los platos entre sí. Asiente con la cabeza, pero no se atreve a mirar.

—Señor Ibarra —dice, dirigiéndose a la puerta y desapareciendo.

En cuanto me suelta la cara, le frunzo el ceño.

- —Eso ha sido cruel. Ni siquiera llevo ropa interior. Podría haber visto mi... —tartamudeo.
- —¿Tu coño? —pregunta, su mirada se vuelve oscura incluso mientras su boca sonríe—. Nunca dejaría que otro hombre pusiera los ojos en tu coño, *Mi Princesa*.
- —¿Entonces por qué le dejaste entrar aquí conmigo medio desnuda? —susurro. Hay algo raro en su mirada, algo siniestro acechando en las profundidades multicolores, mientras se acomoda en la silla de la cabecera de la mesa junto a mí.
- —Podrías haber estado completamente desnuda y él no te habría mirado.
- —¿Pero por qué? —pregunto, observando cómo utiliza los utensilios para colocar una tostada rústica con tomate y algún tipo de carne en el plato que tengo delante.
- —Porque le dije que no —dice encogiéndose de hombros. ¿Estar en un mundo en el que alguien ni siquiera mira a una persona solo

porque le habían dicho que no lo hiciera? Me siento como si hubiera entrado en un episodio de la zona crepuscular.

Trago saliva cuando corta una porción de la tortilla de patatas y la deja caer en mi plato.

- —Entonces, ¿Rafe Ibarra? —pregunto, decidiendo cambiar de tema. Una aventura de una noche no sería el momento adecuado para decirle que revalorizara su forma de dar órdenes a la gente, así que tuve que sortear la pesadez que sentía en las tripas.
- —Rafael Ibarra, si quieres ser técnica —dice, mirándome con gesto serio, como si esperara un momento de reconocimiento que no llega.
- —Lo siento. No conozco a nadie en Ibiza. ¿Es un nombre que debería reconocer? —pregunto tímidamente, tomando un sorbo de mi zumo de naranja recién exprimido.

Sacude la cabeza con una amplia sonrisa:

—No. Me gusta que no sepas de mí —dice. Las palabras parecen ser verdad, no algo que dijera para aplacarme.

Me abstengo de preguntar más, decidiendo que simplemente buscaré el nombre en Google después que nos separemos, pero eso trajo otra pregunta a mi mente:

—Estoy un poco sorprendida de seguir aquí —admito—. ¿Qué estoy haciendo todavía aquí? —pregunto, cogiendo el tenedor y llevándome un bocado de la tortilla a la boca. Gimo en el momento en que el sabor explota en mi lengua, y sus ojos bajan a mi boca mientras mastico.

Me siento repentinamente tímida cuando sus ojos se oscurecen y aprieta los labios mientras me observa, reconocí que se sentía

similar a cómo me observo en la ducha. Mi tenedor cayó al plato con un ruido seco mientras tomo otro sorbo de agua.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Ibiza? —pregunta, recogiendo el tenedor con una sonrisa de satisfacción que me hizo apretar los muslos. Es tan pecaminoso, unos labios tan arrogantes que muestran lo mucho que disfruta de la forma en que me afecta.

Habría mentido si dijera que no había algo cautivador en saber que me desea. Que me mira y piensa en mi boca o en estar dentro de mí. En cualquier circunstancia normal, podría haber dudado de los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Podría haber cuestionado si él podría desearme de la forma en que yo lo deseaba. Pero Rafe no deja lugar a dudas. Incluso cuando no dice las palabras, sus ojos y su cuerpo hablan por él.

Sus ojos rara vez se apartan de mí, su mirada es intensa y penetrante como nunca la había experimentado. Si es un hombre de negocios, imagino que le sirve como táctica de intimidación. Conmigo, me convenció de quitarme la ropa y darle cosas que no tenía derecho a dar.

- —Nueve días. Vuelo a casa temprano el veinticinco —digo, tomando otro bocado de tortilla.
- —¿Tus planes? —No come demasiado, concentrado en observarme. Hace que yo misma deje de comer, sintiéndome desconcertada por la conversación por razones que no puedo explicar. Era bastante inocente. Una pequeña charla, en realidad. Pero hay algo en su mirada que parece significativo, como si estuviéramos en un precipicio y no hubiera vuelta atrás.
- —Algo de turismo. La playa. Seguro que mis amigos me llevarán a algún club —digo encogiéndome de hombros.

Se acerca a la esquina de la mesa, coge mi barbilla entre sus dedos y se inclina hacia ella mientras apoya el codo en la superficie.

—¿De verdad quieres pasar tu tiempo en las típicas atracciones turísticas y fiestas en las que no puedes respirar sin que alguien choque contigo? ¿O quieres que te enseñe la verdadera Ibiza? ¿La Ibiza que amo?

—¿Qué? ¿Durante nueve días? —pregunto riendo—. ¿Por qué querrías hacer eso?

Hay una pausa antes de su respuesta, su frente se arrug mientras resopla incrédulo:

- -Me gusta estar contigo. ¿Es eso tan malo?
- —Apenas me conoces —señalo siempre pesimista. Probablemente se cansará de mi comportamiento más reservado y deseara haber elegido a alguien más aventurero que yo para pasar su tiempo.

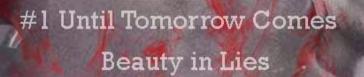
—Me gustaría remediarlo —dice. Cruzo las piernas, echándome hacia atrás para evitar que me toque mientras sus dedos chasquean una vez que retiro la barbilla. Él frunce el ceño al ver la distancia que nos separa, recostándose en su silla—. Es tu decisión, *Princesa* —dice cuidadosamente con voz suave. Su móvil vibra sobre la mesa, y dirige una mirada hacia él antes de soltar un suspiro—. Tengo que coger esto. Toma la decisión correcta —dice levantándose de la mesa y saliendo al balcón que envolvía la suite mientras responde y ladra órdenes en español. Cerró los paneles de cristal detrás de él, cortando su voz mientras lo miro atónita.

Nueve días con un hombre que tentó a todas las partes de mí que debería empujar a la jaula. Diez días con un hombre que puede mostrarme todo.

Puede mostrarme lugares que solo había soñado ver, enseñarme cosas que nunca sería lo suficientemente valiente para pedir en casa.

Debería haber escuchado la advertencia de mi cabeza. La persistente sensación que nunca querría irme cuando él terminara conmigo.

Pero no lo hice.



9

#### **RAFAEL**



- —¿Qué? —pregunto, con la sangre hirviendo, mientras Javier, uno de mis hombres que trabaja en la seguridad del hotel, habla al otro lado de la línea.
- —Uno de nuestros hombres ha visto al recadero de Pavel merodeando, por el vestíbulo y la zona de la piscina. Parece estar esperando algo, presumiblemente a ti, ya que no has bajado todavía hoy —dice Javier—. ¿Cómo quieres que me encargue de ello? pregunta diciendo rápidamente las palabras en español.
- —No lo hagas. Ya me encargo yo. —Había dado instrucciones explícitas que no me molestaran durante el tiempo que paso con *Mi Princesa*, y solo a la mañana siguiente de conseguirla tengo que lidiar con un cerdo ruso demasiado entusiasta al que había que aplicarle la eutanasia una década antes.
  - —¿Qué pasará con Mi Reina? —pregunta.
  - —Debe permanecer en el ático —digo—. ¿Sigue en el vestíbulo?
- —Sí —responde Javier. Sin necesidad de saber nada más, acepto la desafortunada realidad que tendré que pasar un poco de tiempo

lejos de Isa para limpiar el resto de nuestro día. Al terminar la llamada, vuelvo a entrar en la suite con el móvil en la mano. Isa no se ha movido desde que la dejé, sumida en sus pensamientos mientras considera mi propuesta. El repentino impulso de mandar a la mierda todo y arrastrarla a *El Infierno* a patadas y gritos amenaza mi paciencia, sacada a la superficie por su indecisión.

¿Qué tiene de horrible pasar nueve días en el paraíso conmigo?

—Tengo que bajar a ocuparme de un asunto imprevisto —digo, tratando de evitar la brusquedad en mi tono—. Quédate aquí hasta que vuelva.

Me doy la vuelta, dirigiéndome al dormitorio, y ella empuja su silla hacia atrás de repente para seguirme. Su piel susurra en mi camisa al rozar su muslo desnudo, aquella cicatriz que se burla de mí.

Había algo que no sabía de mi Isa, y la idea me inquieta mucho más de lo normal.

—Quizá debería ir a ver a mis amigos. Hablar con ellos de tu oferta. No quiero que se preocupen —dice jugueteando con el extremo de la manga, nerviosa.

—Te quedarás aquí hasta que vuelva. Prometo ser rápido. —Me quito el bóxer mientras me mira nerviosa, saco unos pantalones de una percha, poniéndomelos con movimientos apresurados—. Si todavía quieres irte cuando vuelva, te llevaré a casa.

Su ceño se frunce ante la extraña elección de palabras. Todo el mundo sabe que un hotel nunca sería un hogar. Ella nunca sabrá que no me refería a su hotel. Si no quiere pasar más tiempo conmigo, no la dejaría ir.

La llevaría a El Infierno y no la dejaría salir nunca.

—No sé si me siento cómoda estando aquí sola —dice echando un vistazo a la habitación. Suspiro, comprendiendo que el lujo la desanima en gran medida. Isa habría estado mucho más cómoda en una habitación de hotel normal, no en el ático del mejor hotel de la ciudad de Ibiza.

—Volveré antes que te des cuenta —digo entrando en su espacio y tomando sus mejillas con mis manos. Se derrite bajo el contacto, mirándome como si yo pudiera ser todo su mundo.

Lo sería. Si me deja.

Me inclino más hacia ella y la beso lentamente para recordarle todo lo que puede perder si se iba. Mis manos la sujetan y mantengo mis labios suaves mientras adoro su boca.

Era el tipo de beso que podía mover montañas. El tipo de beso que cambia el futuro. Ella suspira, su cuerpo se vuelve flexible mientras robo el aliento de sus pulmones y lo hago mío.

Cuando finalmente me retiro, se balancea sobre sus pies. Levanta una mano para tocar sus labios y me observa mientras termino de vestirme.

—Quédate aquí —le digo con firmeza por última vez cuando termino de vestirme y me dirijo hacia la puerta del dormitorio.

Me mata dejarla cuando lo único que quiero es tenerla entre mis brazos y demostrarle por qué era mía.

Tendré que conformarme con descargar mi rabia porque eso no fuera posible, con el imbécil que me apartó de ella.

Me dirijo al ascensor, pulsando los botones con dedos furiosos para que me lleve a la planta baja. Dejar a Isa tan pronto me hace preguntarme cómo podría tolerar estar lejos de ella de nuevo. ¿Haría que mi piel palpitara siempre con la constante conciencia

que me falta algo? ¿El hecho que *Mi Princesa* no estuviera en mis brazos, donde pertenecía, convertiría todo lo demás en mi vida, excepto ella, en una tarea que simplemente debía completar para poder volver con ella?

Las puertas del ascensor se abren cuando terminó de bajar. Las atravieso, buscando en el vestíbulo los ojos muertos que se derivan de ser un bastardo chupador de almas, leal a un hombre como Pavel Kuznetsov. Para ver los ojos muertos que se derivan de ser un hombre como yo.

Un asesino, un traficante, un ladrón.

Lo encuentro sentado en una silla junto a la chimenea, hojeando una revista distraídamente, como si no pudiera molestarse en prestar atención a ninguno de los clientes del hotel que siguen su día en el paraíso. Me percibe cuando me detengo en el centro del vestíbulo y sus ojos miran al encuentro de los míos. Con mi máscara firmemente colocada, no revelo nada mientras hago un gesto con la cabeza hacia las puertas que conducen a las zonas del personal y a la cocina en la parte trasera del hotel.

Le muestro la máxima falta de respeto que podía tener un hombre de nuestra posición. Le doy la espalda al musculoso hijo de puta, empujando las puertas dobles y reclamando la cocina como mi espacio.

—¡Fuera! —ordeno, manteniendo mi voz baja. A pesar del tintineo de las ollas, todos los ojos de la cocina se vuelven hacia mí, y luego salen rápidamente.

El ruso me sigue, abriéndose paso entre la multitud de personal que escapa de los confines de la cocina. Me giro para verle junto a uno de los puestos en los que, por lo que parece, alguien se disponía a picar verduras. Traga saliva al entrar en la sala vacía, sus ojos se

encuentran con los míos mientras la pétrea máscara que llevaba se desvanece ante un verdadero oponente.

Era fácil para los hombres fingir valentía cuando tenían conexiones que les daban muy poco que temer. A Pavel no debe importarle mucho el hombre para enviarlo a mi hotel en contra de mis deseos.

—Creo que dije que me reuniría con Pavel cuando terminara mis asuntos en Ibiza —advierto, golpeando con los dedos el puesto de trabajo de acero inoxidable.

Hincha el pecho, pareciendo reforzar su patético intento de dar miedo ante la mención del nombre de su jefe.

—Pavel no está contento de ser postergado para que tu puedas meter tu polla en ese coño americano —argumenta. Mi furia estalla en plena rabia ante la mención de Isa de esa manera. Incluso sin pronunciar su nombre, ella es demasiado buena para existir en su mundo—. Si te apetece tanto un culo dulce, estoy seguro que Pavel estará encantado de venderte a alguien que te convenga.

Tomo el cuchillo de cocinero de la encimera, lo extiendo y le apunto mientras doy pasos lentos y medidos hacia él. Retrocede un paso, tomando su propio cuchillo de al lado mientras mi cara se transforma en una sonrisa. Su descoordinada embestida hacia mi cara fue fácil de esquivar con un paso hacia un lado, mientras golpeo con mi mano libre sobre su antebrazo al mismo tiempo que lo golpeo en la cara con la empuñadura del cuchillo.

Otro golpe de la empuñadura del cuchillo contra el dorso de su mano afloja su agarre del arma, y le obliga abrir los dedos mientras se la quito de encima. Gime cuando presiono sus dedos para que se apoyen en la superficie, dándose cuenta de mi intención demasiado tarde e intentando apartarme.

Con un gruñido de fastidio, le clavo el dorso de la mano en la tabla de cortar que hay debajo, inmovilizándolo. Aúlla de dolor por toda la cocina, tratando de doblar los dedos, pero le resulta imposible con el cuchillo sobresaliendo de su carne.

Pronto tendría uno menos del que preocuparse.

Agarro el cuchillo que había soltado, tocando el filo de la hoja contra su dedo meñique y presionando lentamente. No hay mucha carne en los huesos de los dedos, solo un poco de presión antes que el crujido del hueso vibre contra el cuchillo y éste golpee la tabla del otro lado.

En su afán por escapar, se abre aún más la mano y grita mientras la sangre sale del agujero donde antes estaba el dedo.

—La próxima vez que la menciones, será un apéndice mucho más grande el que te quite, y te lo arrancaré del cuerpo lentamente para que sientas cada desgarre de los tendones. —Saco el cuchillo de su mano y lo dejo caer sobre la tabla de cortar. La sangre gotea sobre ella, manchando la madera con gotas rojas. Se lleva la mano al pecho y coge una toalla de la encimera para envolverla—. Al menos sanará en los momentos previos a que la piel se parta —sugiero, levantando una ceja mientras me muevo a su alrededor hacia las puertas—. Dile a Pavel que me ocuparé de él cuando esté preparado y no un momento antes. No me convoca como a una de sus putas. ¿Entendido?

Asiente con fervor.

—Sí, El Diablo.

Sonreí.

—Su próximo hombre volverá como una cabeza en una caja. Si es inteligente, se asegurará que no seas tú. —Atravieso las puertas

vaivén, mirándome los brazos para asegurarme que no haya sangre en mi traje antes de dirigirme hacia el ascensor para volver con Isa. Mi cuerpo zumba con la sed de más sangre.

Por la muerte.

Tendré que encontrar un método de desahogo durante las semanas siguientes que no acabara cubierto de sangre o desahogando mi violencia sobre el cuerpo de Isa. Ya había sido demasiado duro con ella cuando le quité la virginidad, y luego otra vez en la ducha esta mañana, tendré que abstenerme por su bien, o no podrá caminar durante su estancia en Ibiza. Sería difícil seducirla y mostrarle la belleza de su nuevo hogar si nunca sale de la cama.

Y por razones obvias, no puede saber que tengo casi tanta sed de sangre como de ella. Dadas sus vacilaciones en cuanto mis manos abandonaron su cuerpo, hay más en juego de lo que me hubiera gustado. Sobre todo, teniendo en cuenta mi reacción ante ella.

Ella sabe que me siento inexplicablemente atraído por ella. Sabe que quiero poseerla.

Pero ella no sabe que anhelo su compañía y su sonrisa tanto como lo hacía. No sabe que su felicidad me importa tan rápido. La tomare de todos modos, pero prefiero que sea una víctima voluntaria en mi juego, en lugar de una secuestrada en una isla privada, que nunca podría salir.

Al entrar en el ascensor, llamo a Alejandro. Contesta al primer timbre:

- —Lo sé.
- —Pensé que te había dicho que te encargaras de Pavel —gruño.

—He transmitido tu mensaje, Rafael. No sé por qué crees que puedo controlar a un Pakhan que es un *idiota* en las mejores circunstancias. No tiene sentido de la auto preservación —explica.

Las puertas del ascensor se abren, salgo al pasillo del ático y bajo la voz:

- —Quiero que traigan más seguridad. No voy a poner en peligro a Isa por negligencia. Nadie se acerca a ella sin que yo lo sepa. ¿Me entiendes, Alejandro? Esto no es algo en lo que te gustaría ponerme a prueba.
- —Por supuesto, Rafael —dice, desconectando la llamada para cumplir con mis órdenes. Tal y como debía ser.



10

**ISA** 



Pierdo la noción del tiempo mientras me quedo mirando el espacio donde había estado Rafe. La suite se siente extrañamente vacía, silenciosa, como si fuera un crimen existir en el espacio abandonado. No era tanto que se sintiera vacío, ya que está decorada profusamente. Simplemente no pertenezco a este lugar.

Tomo mi móvil de la mesa y me dirijo al balcón.

Una de las sillas acolchadas me llama, y me dejo caer en ella sin gracia mientras recorre mis llamadas recientes hasta encontrar el número de Chloe.

- —¡Puta! —chilla cuando contesta, y aparto el móvil de mi oreja mientras espero que el sonido desaparezca—. Por favor, dime que ya no eres virgen.
- —Ya no soy virgen —confirmo, poniendo los ojos en blanco hacia el brillante cielo azul sobre mi cabeza.
- —¿Cómo fue? ¿Fue tan bueno como hermoso? —suspira, y puedo imaginarla abanicándose burlonamente.

—¿Podemos hablar de eso más tarde? Tuvo que correr abajo, pero no creo que tenga mucho tiempo antes que vuelva, y necesito tu opinión —digo, mirando hacia las puertas. Lo último que quiero es que vuelva y escuche mi charla de chicas y que se le suba más ego a la cabeza.

Tengo la sensación que su ego ya está lo suficientemente inflado.

- —Eso suena siniestro.
- —En realidad no —digo—. Me ha pedido que pase mis vacaciones con él. Se ofreció a mostrarme la verdadera Ibiza. Lo cual es genial en teoría, pero...
- —¡No te atrevas a decir "en teoría"! —advierte—. Esta es una oportunidad única en la vida. Si no te pasas el resto del viaje montando a ese semental español hasta que no puedas sentir el culo, entonces lo haré yo. —Se ríe.

Lo único que mantiene a raya los celos antinaturales es el hecho que sabía que está bromeando. Chloe es la única persona en el mundo en la que confio que no se tirara a un hombre con el que me había acostado.

- —¿Pero qué hay de ti? Probablemente no podremos pasar mucho tiempo juntas. Oh, pero podría preguntarle si ustedes dos pueden acompañarme.
- —No. No le vas a preguntar si puedes llevar a tus amigos para que le bloqueen la polla, cuando parece que tiene la intención de mantenerte solo para él. Tengo a Hugo para entretenerme, y quiero que disfrutes del tiempo con él. Olvídate de toda la mierda que te espera en casa. Por una vez, diviértete Isa, por favor —suplica, y su sonido hace que la incertidumbre dentro de mí se derrumbe.

Podía experimentar algo grande, y cuando volviera a casa, volvería a ser responsable y nadie se enteraría. Nadie tenía por qué enterarse de mi aventura con Rafael Ibarra.

- —¿No crees que es un error? —pregunto—. Esto iba a ser por una noche, y ahora es más de una semana. ¿Y si desarrollo sentimientos por él? ¿Cómo se supone que voy a lidiar con eso?
- —Cariño, probablemente sentirás algo por él en algún nivel. Solo mantén en tu cabeza que tiene una fecha de caducidad, y estarás bien, ¿de acuerdo? Solo sé segura. Sé inteligente al respecto. Mándame un mensaje si necesitas que te llevemos tus cosas, y llámame todos los días para saber que estás bien.
  - —Te quiero —murmuro.
- —Yo también te quiero, zorra. —Se ríe y corta la llamada. Me levanto de la silla y me dirijo de nuevo al espacio principal de la suite. Aunque su explicación del alojamiento en el hotel con el cepillo de dientes y el acondicionador tiene sentido, no significa que no hubiera otra mujer en su vida. Habla de Ibiza como si la llamara casa.

Entonces, ¿qué hacía quedándose en una habitación de hotel?

Si iba a quedarme, necesito saber con absoluta certeza que no hay nadie más, porque no hay nada que odie más que un infiel y un mentiroso.

Me dirijo al dormitorio, yendo directamente al armario de donde había sacado el traje que lleva abajo. No hay ropa de mujer ni nada abiertamente sospechoso, así que me dirijo al traje azul marino que aún cuelga y meto las manos en los bolsillos.

Vacío.

Con el ceño fruncido, dirijo mi atención a los montones de ropa más informal doblados en las estanterías y los rebusco, teniendo cuidado de volver a dejarlos como estaban antes de mi fisgoneo.

—¿Buscas algo, Mi Princesa?

#### 11 RAFAEL



Se ve demasiado perfecta husmeando entre mis cosas, su inocente desesperación por conocerme se manifesta de una manera que muchos hombres habrían tomado como un problema. Pero no había nada que Isa pudiera descubrir dentro de la habitación del hotel. No tendría secretos para ella en cuanto fuera posible contarle la verdad de quién era yo.

Me apoyo en la puerta del armario, preguntándome cuánto tiempo seguira sin darse cuenta que la estoy observando. Rebusca en mi ropa, haciendo un trabajo decente de mantenerla lo suficientemente ordenada como para que no me hubiera dado cuenta de lo que había hecho si no la hubiera pillado en el acto.

—¿Buscas algo, *Mi Princesa*? —pregunto, observando cómo todo su cuerpo se estremece con el golpe de terror que la sacudió.

Se lleva la mano al pecho y se gira para mirarme. Traga saliva ante la expresión de horror que se le dibuja en la cara, sin duda al ver mi postura despreocupada y mi sonrisa tranquila mientras la observo. A pesar de mi rabia de hace unos momentos, no hay nada

tenso en las líneas de mi cuerpo. El mero hecho de estar cerca de Isa calma los demonios que me llaman a todas horas del día.

Su rostro se transforma en una tímida sonrisa cuando se acerca a mí. Me toca el estómago con cautela, deslizando sus manos hacia mi espalda mientras apreta su cuerpo contra el mío y apoya su cabeza en mi pecho. El movimiento es tan inocente, tan inesperado, que no reacciono por un momento y no tengo idea de qué hacer. Cuando ella vuelve sus impresionantes ojos hacia mí y el arrepentimiento se filtra en su expresión, me inclino hacia delante para besarla, para tranquilizar la inseguridad que vi que se escondía allí.

- —Solo estaba tratando de encontrar algo sobre ti.
- —¿Qué quieres saber? —pregunto encogiéndome de hombros, rodeando su cintura con un brazo y guiándola de vuelta a la comodidad del dormitorio.
- —Cualquier cosa —admite—. Eres un enigma. Sé que no nos conocemos realmente. En absoluto. Pero parece que cada vez que nuestras conversaciones se vuelven demasiado personales, intentas redirigirlas hacia mí. Si voy a pasar todo este tiempo contigo, me gustaría sentir que te conozco al menos un poco. Me haría sentir menos como... —Hace una pausa.
- —¿Menos como qué, Isa? —pregunto, un gruñido se forma en mi garganta cuando las palabras que sospechaba que iba a decir salen a relucir.
- —Como una puta. Como si me acostara contigo para tener unas vacaciones de lujo. No es así para mí en absoluto... —exclama. Las palabras colgaron en su lengua sin ser pronunciadas mientras se detiene, no dándome las palabras que quiero escuchar—. Me gusta estar contigo —dice en su lugar.

Lo acepto. Por ahora.

—Hay cosas que no puedes saber de mí todavía. Mi negocio es...
—Hago una pausa—. Delicado. Por eso, tengo que tener cuidado en quién confio y qué le cuento a la gente. —No le mentiré abiertamente, pero no dudaré en ocultarle cosas si lo considero necesario para su seguridad y para que el desarrollo de nuestra relación fuera el necesario.

—¿A qué te dedicas exactamente? —pregunta con los ojos entrecerrados, saliendo del dormitorio y volviendo a la sala de estar.

—Ventas e inversiones, sobre todo —digo con evasivas—. Podría contarte todos los detalles de mi vida fuera de los detalles de mi trabajo, pero no creo que sea la mejor manera de conocer a alguien.

Le tiendo la mano mientras saco el móvil del bolsillo para organizar la entrega de su ropa en el hotel, y para que un comprador le compre algo para que se ponga al menos este día. Nuestro futuro no va a esperar a la entrega de su equipaje.

No cuando tenía planes para este día.

—Déjame mostrarte quién soy realmente.



El elegante coche negro circula por las calles de la ciudad de Ibiza mientras Isa se tira del vestido de verano blanco donde le toca el muslo, intentando deliberadamente bajarlo lo suficiente como para cubrir su cicatriz. Pienso en la ropa que había visto que llevaba en

todas las fotos e imágenes de vigilancia que había visto de ella a lo largo de los años.

Nunca la había visto llevar nada que revelara sus piernas. Nunca se había arriesgado a que la gente viera la cicatriz.

- —Eres hermosa —murmuro, volviéndome hacia ella y apoyando mi mano en la propia cicatriz. Ella baja la mirada donde la toco, observando el espacio donde surge la blanca cicatriz a ambos lados de mi mano.
- —Las cicatrices no tienen nada de bonitas —dice, mordiéndose el labio mientras la miro.
- —¿Te parecen tan horribles las mías? —La observo fruncir el ceño, pero niega con la cabeza y me hace un mohín con los labios.
- —No me gusta pensar que alguien te haga daño así, pero ¿las cicatrices en sí? No —admite, aunque parece que le duele decirlo.
- —Eso es exactamente lo que pienso de las tuyas, y como mi opinión es la única que importa, no hay necesidad de alborotarlas —digo. Ella suelta una carcajada, negando adorablemente con la cabeza. Seguramente me considera arrogante, como si ninguna otra opinión pudiera importar después de la mía, porque yo sería la mejor que ella tuviera.

Todavía no sabe que sería el único hombre que tendría.

El conductor aparca junto a la acera, frente al Portal de Ses Taules, abro mi puerta, le tiendo una mano, y animo a Isa a pasar por el asiento y salir por mi lado. La ayudo y veo cómo su expresión se amplia y mira la pared de piedra que tiene delante. Besando el dorso de su mano, la mantuve entre las mías mientras golpeo la parte superior del coche y cierro la puerta para que el conductor se retire hasta que lo llame.

Normalmente, habría conducido mi McLaren, pero encontrar una plaza de aparcamiento en la zona es dificil incluso para mí. Isa ya caminará lo suficiente este día. Solo puede alegrarme de haberla convencido que se pusiera las sandalias planas que le había enviado el comprador en lugar de sus propios zapatos de tacón. Lo agradecería al final del día.

—¿Qué es esto? —pregunta, dejando que la guíe por la rampa de piedra para dirigirse a la puerta.

—Dalt vila —respondo—. La vieja ciudad. Las murallas son del renacimiento. La ciudad por dentro es impresionante, y hay pequeñas tiendas y restaurantes. Es una visita obligada para cualquiera que pase una temporada en Ibiza. —Nos dirigimos a la entrada, y la mano de Isa se extendió para tocar la vieja piedra con las yemas de los dedos temblorosos.

—¿De verdad ha estado aquí tanto tiempo? —pregunta, la aficionada a la historia que lleva dentro haciendo aflorar su entusiasmo, tal y como yo esperaba.

Zumbando en acuerdo, tomo su mano entre las mías y arrastro nuestros dedos sobre las piedras para que arañen su palma. Ella cierra los ojos, con la cara apretada mientras se pierde en el deseo de mí, presionando su columna vertebral y nuestras manos juntas.

Utilizaré mi tacto para manipularla cada vez que pueda.

No había esperado que la inocente virgen se sintiera tan inclinada a mis gustos más duros. Esperaba pasar los próximos días haciéndole el amor dulcemente y luego aclimatarla lentamente a los más...

Desviados de mis deseos.

Pero el hecho que esté aquí conmigo de buena gana después que hubiera perdido el control con ella en repetidas ocasiones, demuestra lo bien compenetrados que estamos. Ella me da todo lo que quería y me ruega por más.

Siempre y cuando evitara que se cuestionara si sus deseos están equivocados. Sospecho que mi Isa luchará contra eso, eventualmente.

La entrada se abre ante nosotros cuando atravesamos el túnel más estrecho. Su rostro se ilumina al contemplar los edificios encalados y las calles de piedra. El momento de su viaje fue desafortunado, pero no había querido esperar más para traer a Isa a Ibiza solo para evitar las multitudes del verano en Dalt Vila. Los vendedores se agolpan en las calles durante el verano, vendiendo todo tipo de artículos y objetos hechos a mano. La guio por la calle, pasando por delante de vendedores que le sonríen como si fuera su gracia salvadora, aunque me evitan por completo.

Nadie quiere hacer contacto visual con El Diablo.

Incluso cuando *Mi Princesa* les abre los ojos y sonríe tímidamente cuando no entiende lo que le dicen, siguen avanzando como atraídos por su presencia embrujada. Algo en ella nos llama a todos, una historia que hay que arreglar y un misterio que hay que resolver.

Nuestros dedos se entrelazan mientras la guio lentamente hacia adelante.

—Espera a ver la ciudadela de cerca —le digo, apretando su mano para que vuelva a centrar su atención en mí. Por mucho que me gusta ver cómo se enamora de la isla, lo único que quiero es que me ame a mí por habérsela dado.

Yo sería el centro de su universo. No Ibiza.

—¿La ciudadela? —pregunta ella, con una voz que delata su emoción—. Lo siento. —Hace una mueca de risa mientras modera su alegría. Quiero rabiar contra el hecho que ella sienta la necesidad de disminuir su felicidad. Como si no pudiera disfrutar de algo sin sentirse culpable—. Soy una friki de la historia. Voy a ir a la universidad en otoño para licenciarme en Antropología.

—¿Por qué no la historia normal? —pregunto, entrometiéndome en las partes de su mente que no puedo conocer observándola. Hugo la conoce muy bien, pero había ciertas preguntas que no pensaba hacer. Su deseo de conocerla no proviene de una fascinación única, aunque sé que el chico había llegado a quererla por el tiempo que estuvo con ella.

Joaquín me había cuestionado con demasiada frecuencia en los últimos meses, a medida que se acercaba la fecha límite. Adora a Isa principalmente desde la distancia, como se adora a una hermana menor de la que se ha separado después del matrimonio. El hombre nunca había cuestionado mis decisiones antes de Isa, pero algo en ella se había metido en su piel.

Solo por eso, él será su seguridad personal una vez que ella sepa la verdad. Nadie la protegería mejor que un hombre lo suficientemente valiente como para arriesgar mi ira, en un intento de darle una oportunidad de tener la mejor vida posible.

—Encuentro a la gente extrañamente fascinante —admite—. No me gustan la mayoría de las veces, así que no quiero tener que tratar con ellas regularmente como lo haría un terapeuta o algo así. Pero el estudio de la cultura y de la experiencia humana en general a lo largo de la historia, y de las formas en que nos hemos desarrollado, me resulta especialmente convincente.

La acerco a mí y me agacho a un lado de la calle para evitar el tráfico peatonal mientras nos paramos frente a un escaparate.

#### —¿Odias a la gente?

—Bueno, no a toda la gente, pero sí a la mayoría. —Se ríe tímidamente—. La gente es intrínsecamente egoísta en el fondo. Harán lo que sea necesario para conseguir lo que quieren en la vida, sin importar a quién perjudiquen. Creo que eso es realmente deprimente. —Se ríe tímidamente, mirando al suelo. Sus mejillas se vuelven rosas cuando tomo su mandíbula con la mano y me inclino para besarla. Ella se inclina hacia el contacto, dejando que la abrace a pesar de estar en un lugar público.

La gente nos observa mientras la beso, pero no les hago caso, me retiro y meto la cara en su pelo para respirar su aroma, por debajo del champú que ofrece el hotel. Sus productos en *El Infierno* son una versión cara de los aromas que parecía preferir en su casa, una mezcla exótica de azahar y vainilla. El aroma que desprendían los frascos cuando llegaron me hicieron desesperarme por volver a olerlos en su piel. Pero tendré que esperar.

—Me has sorprendido gratamente en todo momento, *Mi Princesa*. Prefiero pasar mi tiempo a solas —digo mientras me retiro para mirarla fijamente. Enrollando un mechón de pelo largo chocolate alrededor de mi mano, lo deslizo hasta su nuca y la sostengo—. Pero ese no es el caso contigo.

—Creo que eso es, de alguna manera, lo más dulce que alguien ha dicho de mí. —Se ríe ligeramente, el sonido levanta los pelos de mis brazos. En este momento supe que haré cualquier cosa por volver a escuchar ese sonido y mataré a cualquiera que se interpusiera en su camino.

También me rio, dándole la espalda hacia el centro de la calle mientras nos dirigimos a mi tienda favorita, la única razón por la que tolero el viaje a Dalt Vila cada vez que estaba en la ciudad de Ibiza.

—Si te gusta la historia, tienes que ver los museos de la península en Europa. Todos los monumentos y las ruinas son notables.

Suspira con nostalgia, su cuerpo se hunde con el peso de mil mundos al caer sobre ella.

—Ojalá, pero no sé si volveré a venir a Europa. Esto fue una cosa rara en la que tuve una oportunidad pagada de venir a Ibiza. Volver podría ser dificil.

Me muerdo el labio para reprimir el impulso de decirle que la llevaré a ver todo lo que quisiera, si tan solo promete ser mía. Demasiado, demasiado pronto, y la asustare. Recordarme a mí mismo que Isa apenas me conoce, me resulta más dificil con cada momento que pasa.

- —Estoy seguro que encontrarás la manera. Hacemos lo que debemos para alcanzar nuestros sueños, ¿no es así? —pregunto, mirándola fijamente mientras digo las palabras. Ella ha sido todo lo que no me había atrevido a soñar, una mujer a mi altura, que me llama de una manera que no había creído posible—. Ven —digo, cambiando de tema mientras la arrastro hacia la pequeña panadería.
- —¡Señor Ibarra! —Samuel repica detrás del mostrador—. ¿Lo mismo de siempre? —pregunta con una sonrisa. Metiendo la mano en la vitrina, toma uno de los enormes pasteles y lo desliza en el bolsillo de papel para entregármelo.
- —*Gracias* —digo, entregándole más euros de lo que vale el pastel. Le pagaría de más hasta el día de mi muerte, si eso significa que seguiré teniendo acceso a mi golosina favorita.
- —¿Qué es? —pregunta Isa mientras la arrastró a la pequeña alcoba entre la tienda de Samuel y la joyería de al lado.

—Ensaimada —digo, tirando y arrancando un trozo de la masa enrollada en espiral. Mis dedos se cubren instantáneamente de azúcar en polvo mientras lo manipulo y lo levanto para que ella dé el primer mordisco—. Es mi comida favorita del planeta. Esta ensaimada en concreto, aunque mi ama de llaves la secunda de cerca.

—Por supuesto, tienes un ama de llaves —se burla, poniendo los ojos en blanco. A diferencia de la mayoría de las personas que se atrevían a ser tan desafiantes conmigo, su actitud solo me excita. Le acerco el pastel a los labios, viendo cómo el azúcar en polvo los mancha de blanco brevemente, antes que se separe para mí y me deje posar el pastel en su lengua. En los momentos previos a que cerrara la boca y gimiera, me invadió el repentino deseo de ver mi semen en su bonita lengua rosa antes que lo tragara.

Ella mastica lentamente, saboreando el bocado mientras arranco un trozo para mí y lo como. La dulzura ligera y esponjosa del pastelito estalla sobre mi lengua como una nube.

—Está delicioso —dice Isa, tragando finalmente.

—Te lo daré de comer todos los días —digo, levantando otro bocado mientras ella se ríe y me muerde el dedo. Nos quedamos cerca el uno del otro, terminándolo en un cómodo silencio. Me encanta que Isa hable cuando tiene algo que decir, pero que no sienta la necesidad de llenar todos los vacíos de la conversación con charlas triviales.

Su nivel de comodidad con el silencio, observando y escuchando a la gente de Ibiza mientras sube y baja por las calles, habla de ella como persona. Observa a todo el mundo. Escucha todo lo que la rodea.

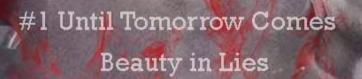
Cuando el pastel se acaba, saco la toallita del bolsillo donde Samuel siempre la guarda, usándola para limpiar mis dedos. Luego

me inclino y lamo el azúcar en polvo sobrante de los labios de Isa, besándola dulcemente.

—Así es como se conoce a alguien, *Mi Princesa* —le aseguro, rozando mis labios con los suyos mientras ella asiente.

—Tu manera es la mejor —dice con un suspiro, haciéndome sonreír en su boca mientras amoldo mis labios a los suyos. Encajamos tan perfectamente, que era increíble que hubiera pasado toda mi vida sin que sus labios estuvieran sobre los míos y sin que su cuerpo se amoldara a mí. Nunca en mi vida había sentido tanta plenitud como con ella entre mis brazos, ni la compulsión de besar a una mujer.

Inhalando su aroma, con el sabor de la *ensaimada* entre nosotros, encontré mi para siempre.



**12** 

**ISA** 



La mano de Rafe me calienta la columna vertebral a través de la tela vaporosa de mi vestido de verano mientras me guía por la calle.

Me duelen los pies. La consecuencia de horas de caminar por las calles de Dalt Vila. Explorar la ciudadela, ha sido todo lo que había soñado que podía ser, mientras mis manos tocan piedras que habían visto siglos de historia.

Generaciones enteras de personas habían tocado esos muros, la esencia de sus almas capturada en la roca porosa. Me dan ganas de contribuir con mi espíritu a la colección, de formar parte de algo más grande que yo por una vez.

Pero todo lo bueno se acaba, y Rafael me guía fuera de la ciudadela cuando el sol empieza a ponerse y el gruñido de mi estómago resuena en el espacio. Volvemos a bajar por los senderos hasta la parte baja de la ciudad amurallada, y Rafe me guía hasta el borde. Inclinándome sobre el muro, miro hacia el lado del acantilado donde el agua azul se oscurece a medida que el sol se pone. Sus labios tocan el lado de mi cuello mientras me muerdo el labio, reprimiendo el impulso de gemir.

A pesar de mi cansancio, mi cuerpo cobra vida con el más mínimo roce suyo.

—Gracias por lo de hoy. Ha sido... —Hago una pausa, girando para mirar su impresionante rostro. Me asusta darme cuenta que prefiero pasar todo el tiempo que me queda en Ibiza mirándole a él que mirando al mar o viendo la puesta de sol—. Todo —termino, con un pequeño movimiento de cabeza mientras la emoción forma un nudo en mi garganta.

Apoya una mano en mi cintura y la otra en mi mejilla mientras me rodea. ¿Era tan normal que los hombres fueran tan afectuosos físicamente? Parece que siempre me está tocando, que siempre reclama mi cuerpo como suyo a través de una caricia o que mira mi alma a través de sus notables ojos.

—Te lo mereces todo —murmura Rafe, rozando sus labios con los míos en el suave barrido de una caricia. La mano en mi cintura se desliza hacia abajo, agarrándome por la parte posterior del muslo y levantándome mientras chillo en su boca. Me deposita sobre el borde de la pared, donde me aferro a él desesperadamente mientras el miedo se apodera de mí, y separo mis labios de los suyos.

Miro por encima del borde, con pánico al ver el agua que hay debajo de mí y la distancia a la que iba a caer.

- —Quiero bajar. —Me empujo más cerca de su cuerpo, tratando de encontrar una forma de bajar mientras él separa mis piernas y se desliza entre ellas rápidamente. El terror es tan fuerte que ni siquiera me doy cuenta de la gente que pasa y mira la posición inapropiada.
- —Nunca te dejaré caer, *Mi Princesa* —dice, sujetándome con firmeza—. El miedo puede darte vida. —Sacudo la cabeza, volviendo a mirar el agua una vez más mientras mis pulmones se agitan con el creciente ataque de pánico.

No podía.

Cualquier cosa menos el agua.

Me aprieta más contra él, inclinando su cabeza para capturar mis labios con los suyos mientras me mantiene quieta. Me fundo con él a pesar de mí misma, el deseo aumenta junto con mi terror cuando abro mi boca a la suya y nuestras lenguas se encuentran en una feroz maraña de pasión. En este momento lo odio, no quiero otra cosa que castigarle por utilizar mi miedo contra mí. Aunque no había forma que él supiera lo del accidente o el hecho que me aterroriza el agua, mi rabia me impulsa cada vez más.

Su mano se desliza entre nuestros cuerpos, apartando mi vestido de su camino para poder deslizarla dentro de mi ropa interior de encaje blanco y tocarme.

—Aquí no —jadeo en su boca, pero no pude detenerlo. Atrapada entre él y el agua a mi espalda, no hay forma de escapar de la avalancha de sensaciones que genera en mi interior. Trabaja en conjunto con la adrenalina que corre por mis venas, trabajando mi clítoris con su pulgar mientras presiona un dedo dentro y acaricia ese punto dentro de mí que hace que mis piernas se retorcieran alrededor de él—. Rafe —advierto. Su toque perverso me distrar de lo peor de mi miedo, la dureza de mi respiración pasa del terror al deseo mientras él acaba conmigo.

Me acerca la cabeza, tragándose el grito de mi orgasmo con la presión de sus labios sobre los míos mientras me convulsiono a su alrededor en mi orgasmo más fuerte. Cuando por fin me derrumbo de la excitación, le doy una palmada en el pecho en señal de reprimenda y le pellizco hasta que da un paso atrás y me baja con cuidado.

—¡Imbécil! Pude haber muerto. —Vuelvo a mirar por encima del hombro, mirando el agua ofensiva mientras resisto las ganas de

llorar. Ni siquiera mi miedo había impedido que me deshiciera con su tacto. Me había llevado más y más arriba.

Me coge la cara con las manos y me frota los pulgares bajo los ojos mientras me mira fijamente como si pudiera hacerme entender una simple verdad.

-Nunca.

Mi corazón late con fuerza. La agresividad de su mirada me toma desprevenida y me ablande en su abrazo.

Hay algo que baila en sus ojos, y no creo que lo entienda nunca mientras me mantiene quieta y se inclina para capturar mis labios con los suyos. La marca de su tacto resuena en mí, encendiéndome a pesar del calor del deseo de un momento antes.

Cuando se aparta y me toma de la mano para guiarme por la calle, me doy cuenta de algo especialmente extraño que no había ocurrido cuando me había sentado en la cornisa.

No había otra persona a la vista.



Mis pasos se tambalean mientras me guía hacia un pequeño restaurante con comedor al aire libre en medio de la calle. El sol se ha puesto por completo mientras teníamos nuestro momento con vistas al océano, y las estrellas iluminan el cielo, los locales mantienen las luces exteriores al mínimo para ayudar a reducir la contaminación lumínica.

Nunca en mi vida había visto tantas estrellas ni una luna tan brillante antes de venir a Ibiza.

Habla en español con la anfitriona del restaurante, y ella nos guía hasta una mesa en el borde de la sección acordonada. Se mueve para sacarme la silla, me empuja en cuanto mi trasero toca el asiento. Me acerca a la mesa mientras la anfitriona se apresura a irse, y toma su propio asiento frente a mí.

El camarero está con nosotros, y tan pronto como lo hace, sirve agua helada en los vasos y los pone sobre la mesa, mientras tomo el mío para beber de nuevo con avidez. Había estado sedienta incluso antes que Rafe me atormentara, así que después que terminó conmigo, me sentí como en un desierto.

Rafe recita una lista en español sin ni siquiera mirar el menú, sorprendiéndome mientras pide por mí. Me parece presuntuoso cuando me había conocido la noche anterior, pero tampoco me apetece lidiar con las complicaciones de elegir mi comida. Saber que Rafe seguirá pagando todo lo que hiciéramos juntos no debería haberme molestado lo más mínimo, teniendo en cuenta que él puede permitírselo claramente y yo no.

Pero la mujer independiente que hay en mí se rebela contra la idea, aunque sé que probablemente era una tontería preocuparse por ello. Me habría sentido obligada a pedir lo menos caro del menú por obligación.

Si es que puedo leerlo.

El camarero se apresura a marcharse, dejándonos entre la pequeña multitud de gente que cenaba al aire libre. Me paso una mano por el hombro, haciendo una mueca de dolor cuando siento la piel tensa bajo mi contacto. No se ve rosada, no con el tono de mi piel, pero no hay duda de los síntomas de una quemadura de sol.

- -¿Te duele? pregunta Rafe, estudiando el movimiento.
- —No demasiado —digo—. Solo una quemadura menor. Chicago no es precisamente conocida por su sol —digo tímidamente, dándome cuenta que era la primera vez que le decía de dónde era. No estoy segura que la decisión hubiera sido inteligente, pero me tranquiliza porque es una ciudad grande.

Isa es un nombre bastante común.

No hace ningún comentario, sino que prefirió llevarse el agua a los labios y dar un sorbo. El camarero vuelve con una botella de vino y la sirve cuidadosamente en dos copas para nosotros. Le sonrío, aunque no estoy segura de si debía beber. No parezco ser capaz de mantener la cabeza sobre los hombros con Rafe cuando estaba sobria. Si me emborracho, probablemente dejaría que me follara sobre la mesa.

Por primera vez desde que lo conocí, había tensión en nuestro silencio. Cosas que no se dijeron después que me empujara fuera de mi zona de confort y tomara el control de mí de una manera que no estaba segura que me gusta.

No puedo decir que no lo había disfrutado, pero no debería haber ocurrido. Fue imprudente, peligroso. Por no hablar que alguien podría habernos visto. ¿Qué habría hecho mi madre si me hubiera visto de alguna manera?

Me estremezco.

- —Necesito que sepas algo, Isa —dice, acercándose a la mesa y tomando mi mano entre las suyas—. Nunca dejaré que nada te haga daño.
- —Los accidentes ocurren —suspiro—. Prefiero no volver a correr riesgos innecesarios como ese. Por favor.

Me apreta la mano.

- —Vivir no es un riesgo innecesario, *Mi Princesa*. Cuando estás conmigo, estás perfectamente segura y no tienes que preocuparte por nada.
- —No eres Dios, Rafael. —Me rio, el suave sonido de su nombre completo rodando por mi lengua, aunque nunca lo había usado antes—. No puedes hacer promesas como ésa, cuando no tienes forma de garantizar que puedas cumplirlas. Prefiero que no me prometas nada a que me mientas.

Se ríe, el sonido se desvanece en la oscuridad mientras los vellos de mis brazos se levantan con aprensión.

- —Definitivamente no soy Dios —dice—. Pero nunca te haré una promesa que no tenga intención de cumplir. Cualquier cosa que quiera hacerte daño tendrá que pasar primero por mí, y créeme cuando te digo que es muy poco probable que eso ocurra.
- —Okaay —digo, sacando el último sonido mientras el camarero nos trae una bandeja con algún tipo de Crostini—. Eso no me protege de caer por un acantilado, y no hay necesidad de sobrepasar esos límites.

Me estudia y me tiende un trozo de pan para que diera el primer bocado. Su propensión a darme de comer me parece extraña, pero no puedo negar que me parece una intimidad que la mayoría de los hombres no se permitían con sus ligues ocasionales. Me ayuda a sentir que le importo de una forma que no esperaba.

De la misma manera que él me importa a mí, aunque no debería.

La ráfaga de sabor ácido golpea mi lengua tan pronto como mastico.

—El miedo es la forma de saber que estamos vivos. Quiero darte vida, *Mi Princesa* —dice, observándome atentamente mientras trago. Su mirada sobre mí se siente cómplice mientras considero mi respuesta, y finalmente me decido por lo único que puedo darle si espero lo mismo a cambio.

Honestidad.

-¿Entonces qué hago si te tengo miedo?

Se calma de repente, dejando el pan en la bandeja y limpiando su mano en la servilleta con cuidado. Había algo muy medido en los movimientos, como si trabajara para controlar su reacción y evitar que yo viera algo en ella.

- —¿Por qué me tendrías miedo, *Mi Princesa*? ¿Cuándo te he dado motivos para pensar que te haría daño?
- —No me refiero a tenerte miedo físicamente —admito, arrugando el ceño cuando las tensas líneas de su cuerpo se relajan de repente—. Solo quiero decir... —Hago una pausa, sin esperar tener que explicar mis sentimientos. No había querido nada en ese sentido, y debería haber mantenido la maldita boca cerrada—. Ambos sabemos lo que es esto. Después de mis vacaciones, me iré a casa y no volveré a verte. Pareces decidido a hacérmelo lo más difícil posible —digo con una risa tranquila. Mi alivio por haber encontrado una forma de evitar mis sentimientos dura poco cuando su mandíbula se apreta y sus fosas nasales se encienden. La ira toca cada línea de su rostro, transformándolo de problemático a aterrador antes que suavizara las líneas y sonriera.
- —¿Es tan malo querer que pienses en mí cuando terminen tus vacaciones? —dice suavemente, tomando su pan y dando un mordisco con cuidado. Su rostro está impecable, hermoso una vez más, y tuve que preguntarme si había imaginado un fantasma donde no lo hay.

No habría sido la primera vez.

- —No, por supuesto que no. Solo me gustaría volver a mi vida sin ser incapaz de funcionar sin ti.
- —Bueno, entonces creo que simplemente queremos cosas muy diferentes de esta relación, *Mi Princesa*. Quiero que me necesites, tanto como yo he llegado a necesitarte rápidamente.

Su rostro permanece despreocupado a pesar de las extrañas palabras, y cuando el camarero trae más comida, pincha en los platos para darme trozos de cada uno de ellos y me explica qué era lo que había conseguido para que lo probara. Aunque están deliciosos, el cansancio se apodera de mí.

Han sido un par de días largos, y las extrañas palabras de Rafe resuenan en mi cabeza.

No puedo decidir por qué se sienten como una promesa.



La brisa del mar era un paraíso en mi piel quemada, soplando a través del sofá cama junto a la piscina como un regalo fresco enviado por los espíritus. Entro y salgo de la conciencia mientras leía con Rafael a mi lado haciendo algo de trabajo en su móvil.

Él había decidido pasar un día tranquilo mientras me recupero del esfuerzo del día anterior, haciéndome sentir patética. Había cedido cuando me quedé dormida en la cama después que él me hiciera el amor tras el desayuno, y no me había despertado hasta

el mediodía. Mis trabajos en casa no requieren tanto caminar y no son tan emocionantes.

Tengo la sensación que los nuevos y regulares orgasmos tampoco me disuadían de dormir.

Abro los ojos, levantando la vista para encontrar a Rafe mirándome fijamente. Su rostro está relajado mientras estudia el mío.

- —¿Cuánto tiempo has estado mirándome? —pregunto con una risita ronca. Toma la botella de agua del borde de la cama y la inclina para que el agua caiga lentamente en mi boca.
  - —Un rato —dice vagamente—. Me gusta mirarte.
- —Eso es muy dulce o ligeramente espeluznante. No puedo decidir cuál. —Se agacha y me muerde el labio inferior. Me besa y gime en mis labios, mientras cambia su peso para posarse sobre mí, mientras sus labios se mueven contra los míos con una sonrisa.
- —Probablemente sea un poco de las dos cosas —admite, con una risa profunda mientras su pecho se estremece contra el mío. El timbre de su móvil en el sofá cama interrumpe el momento, rompiendo la intimidad entre nosotros mientras contengo la respiración. Mira el móvil y suspira con frustración antes de tomarlo y mirarme mientras responde—. Espera un minuto —ladra al móvil, volviendo los ojos hacia mí mientras se levanta—. Tengo que tomar esta llamada, Princesa —dice, inclinándose para besarme con firmeza una última vez antes de dirigirse al borde de la piscina donde los escalones conducen a la playa de abajo. Se apoya en la barandilla, observándome hasta que su rostro se endurece ante lo que dijera la persona al otro lado de la llamada y dirige su fría mirada hacia el océano.

Tomo mi propio móvil, busco el número de Chloe y la llamo, necesitando consejo sobre cómo manejar a un hombre que guarda secretos con tanta eficacia que ni siquiera podía adivinar cuáles eran.

- —Yo ho —canta al otro lado, los sonidos de la ciudad resonando de fondo mientras oigo la voz de Hugo gritando a alguien juguetonamente.
- —¿Crees que está casado? —pregunto, sin molestarme en saludar. Sin saber cuánto tiempo iba a durar su llamada, le vi pasearse de un lado a otro, ladrando órdenes a quien sea que está en el otro lado de la línea.

Hay una pausa, y me pregunto brevemente si Chloe sabe algo que yo no sé.

- —¿Qué te hace pensar eso? —pregunta finalmente—. La otra noche no vi ni un anillo.
- —No, no hay ningún anillo —coincido. Lo había comprobado varias veces durante nuestro tiempo juntos, preguntándome por qué no puedo deshacerme de la molesta sensación que algo está mal—. Siempre atiende sus llamadas telefónicas en privado. ¿No es extraño? No es que hable mucho español, así que no podría entender lo que dice si se sentara a mi lado. Lo de alejarse parece... excesivo —digo.
- —Déjalo ir —dice ella—. Incluso si estuviera casado, eso no es culpa tuya. ¿Si hubieras sabido que está casado y te hubieras acostado con él de todos modos? Claro, entonces tendrías parte de la culpa, pero si va por ahí seduciendo a las mujeres sin revelarlo, entonces la culpa recae totalmente en él —dice. Empiezo a intervenir cuando ella me corta para terminar—. Pero, no creo que esté casado. Los hombres casados que quieren ser infieles no eligen a una sola mujer para pasar la semana, sino que se acuestan con

todas las que pueden en el tiempo limitado que tienen. Al menos, eso es lo que creo que hacen.

- —Entonces, ¿por qué la distancia para las llamadas telefónicas? —pregunto, hurgando en los bordes deshilachados del esmalte de uñas de mis dedos. No debería haberlo hecho ya que no he traído ninguno, y para estar con Rafael necesito no tener las uñas desconchadas.
- —Tal vez solo se toma su negocio en serio. Los hombres no llegan a ser tan ricos como él sin ser profesionales. Probablemente sea un hábito. Dijiste que se dedica a las ventas e inversiones, ¿no? Eso suena como que podría ser confidencial.
- —Espero que tengas razón —acepto. Nunca le perdonaría que me engañara si tiene a alguien esperándole, pero tampoco me lo perdonaría a mí misma. No había preguntado directamente, y ahora me aterra hacerlo.

¿Cómo puedo hacer una pregunta si no quiero la respuesta?

#### 13 RAFAEL



La llamada dura mucho más de lo que quería, pero no dejo de observar a Isa. Puede que no se comunique verbalmente tan bien como sospecho que lo harán la mayoría de las mujeres en su situación, pero su cuerpo nunca se molesta en intentar ocultarme nada.

Su cuerpo es un libro abierto, y lo usaré en mi beneficio hasta que ella me deje entrar en su cabeza.

En el momento en que mi móvil sonó, ella pasa de bromear sobre que soy espeluznante, a estar tensa e insegura. Aunque me encanta que esté celosa por las posibilidades de otras mujeres, tiene que entender que ninguna mujer me tentara para que me aleje de ella.

Pero no sé cómo decírselo sin asustarla. No está preparada para palabras como "para siempre".

Cuando vuelvo a nuestro lecho, está muy ocupada enviando a su madre las fotos que había tomado de la ciudadela el día anterior. No hace ningún movimiento para ocultarme su móvil o guardar

secretos, y la idea me complace más de lo que debe cuando no puedo ser tan abierto con ella.

Probablemente nunca, si la sangre y las amenazas de muerte la vuelven aprensiva.

La única parte de las fotos que no me gusta es la forma en que evita específicamente enviar cualquier foto de nosotros dos juntos. Habíamos tomado un par en la ciudadela, con su rostro radiante junto al mío mientras se acurrucaba cómodamente en mí.

—¿Por qué no le enviaste ninguna de nosotros? —pregunto, acomodándome junto a ella y señalando con la cabeza su móvil.

Se ríe en respuesta, con un sonido sarcástico que no me gusta viniendo de ella.

- —Me dijo muy específicamente que no me metiera en problemas
   —dice, tocando con un dedo mi pecho desnudo y mirándome con una sonrisa secreta.
- —Para ser justos, no te metiste en problemas. Los problemas se metieron en ti. —Jadea y me da una palmada en el pecho, juguetona, por la sucia insinuación. Le quito el móvil de la mano, lo dejo caer sobre el sofá cama y la abrazo con una amplia sonrisa.

Por mucho que quisiera que Isa hablara de mí a su familia, tengo asuntos más urgentes que atender. Como probablemente es mejor que no sepan de mí hasta que este seguro que Isa tomara la decisión correcta, su familia puede esperar.

Me rodea con las piernas riendo, y mis manos tocan la carne desnuda de sus muslos donde la braguita del bikini roza los bordes de su perfecto culo. Se queda quieta en mis brazos cuando se da cuenta por dónde ando, sus instintos de lucha o huida se apoderan de ella mientras su respiración se acelera.

Mi primer pie toca el agua, sumergiéndose mientras fingo no notar el creciente pánico de Isa. No puede vivir en una isla y no sentirse cómoda nadando. La empujare todo lo que sea necesario, hasta que desentrañemos la mayor parte del miedo que la había mantenido alejada del agua desde que casi se ahogó de niña.

En el momento en que el agua toca sus pies, se aferra a mí con más fuerza y trata de subir por mi cuerpo. Me obligo a poner una máscara de confusión, inclinando la cabeza hacia ella, pensativo, mientras me acerco a la parte más profunda.

—¿Te da miedo el agua? —le pregunto.

Ella suspira, asintiendo con la cabeza y enterrando su cara en mi cuello mientras el agua le cubre de cintura para abajo.

- —Mhm —tararea.
- —Lo siento, *Princesa* —digo, frotando mis pulgares sobre su piel para calmarla—. Nunca lo dijiste. —Me vuelvo hacia las escaleras, esperando que el lado obstinado que sé que hay dentro de ella salga a la superficie.
- —Está bien. Pero no me dejes ir. Por favor —dice con un pequeño gemido. Siento un orgullo desmedido por el hecho que fuera lo suficientemente valiente como para enfrentarse a sus miedos, pero también por el hecho que confia en mí lo suficiente como para dejarme ayudarla.
- —No dejaré que te ahogues —le aseguro de todos modos, moviéndome lentamente por el agua hasta que esta le besa la espalda. Ella aspira una respiración entrecortada, esforzándose por controlar su respiración. No profundizo más, pues intuyo que ha llegado al límite de su tolerancia por un día. Por toda la información que había leído sobre fobias graves derivadas de traumas infantiles,

sabía que, lógicamente llevara tiempo. No va a dejar de tener miedo al agua de repente después de un baño en una piscina.

Pero con gusto daría los pasos de bebé que dio conmigo, cuando nunca lo había intentado con nadie más. Me acerco a las tumbonas situadas en el borde de la piscina. La subo a una de ellas, la deposito y admiro su cuerpo mientras se obliga a recostarse y el agua se mueve sobre su piel. Ese bikini verde esmeralda me matara mientras ella pone los brazos a los lados y se obliga a mantenerse perfectamente quieta. Me subo a la tumbona junto a ella y disfruto de la sensación del sol en mi piel, aunque sabía que solo tendríamos unos momentos para disfrutar de el, antes que Isa tenga que tumbarse en la sombra.

Su piel tardara en adaptarse a la fuerza del sol mediterráneo, incluso con todo el protector solar del mundo.

- —¿Siempre has tenido miedo al agua? —le pregunto, observando cómo se obliga a girar la cabeza hacia mí, mientras consideraba sus palabras cuidadosamente.
- —No. Yo... —hace una pausa, suspirando cuando mi mano toma la suya entre las mías y respira un poco más tranquila—. Me caí al río Chicago cuando era pequeña. Un día estábamos en el paseo del río y todo fue muy rápido —dice—. Odina y yo acabamos en el río.
- —¿Odina? —pregunto, observando cómo se da cuenta que no sabía quién era. Estoy seguro que era difícil imaginar tener a alguien que forma parte de tu identidad, un espejo de ti misma, y que alguien no supiera que existía.
- —Mi hermana gemela —dice—. No somos cercanas. Somos totalmente opuestas, aunque parezcamos iguales.
- —¿Iguales? —pregunto, riéndome porque sé que es imposible. Nunca podría haber alguien tan impecable como Isa.

Ella se encoge de hombros.

- —Físicamente sí. Aunque es la hermana divertida. Es tan aventurera y no tiene miedo. A veces me gustaría poder tomar un poco de eso de ella y darle un poco de mi cautela. Equilibrarnos, ¿sabes? Es como si ella tuviera todos los extremos en un extremo del espectro y yo en el otro.
- —Polos opuestos —digo, asintiendo con la cabeza porque entiendo y estoy muy de acuerdo con la evaluación.
- —De todos modos, nunca me he sentido cómoda en el agua desde entonces. No respiraba cuando nos sacaron. —Apenas puedo evitar preguntar cómo su madre pudo permitir que ocurriera algo así. Dejar que sus dos hijas cayeran al río era impensable.

Insultar a su familia no me servira de nada para intentar ganarme su confianza y su amor. Si piensa que yo sería un problema con su familia, Isa me dará la espalda antes que pueda pestañear. Por ahora, ellos eran su mundo. Mis juicios tendran que esperar hasta que su perspectiva de la vida cambiara.

Hasta que lo único que le importe fuera yo.



Isa balancea sus sandalias con la mano libre mientras volvemos del bar de tapas en la playa, mirando el cielo estrellado sobre nosotros. Su rostro está más relajado que nunca. Pensativa de alguna manera, en lugar de la chica concentrada a la que me había acostumbrado a ver que se apoderaba de su expresión.

Cuando dirige esos ojos brillantes hacia mí, me acerco para capturar su rostro con mi mano libre y me inclino para besarla. La forma en que sonríe en mi boca me llena de esperanza que mis planes para ella no han sido una pérdida de tiempo y energía. Lo haría todo de nuevo, si eso significa que ella pudiera mirarme con los ojos brillantes y amor en su cara.

Sé sin duda que era el florecimiento del amor lo que baila tras su expresión cuando baja la guardia en esos momentos. No puede ser otra cosa, aunque estuviera arraigada en la mentira.

Mejor hacer lo necesario y luego pedir perdón, que pedir permiso y no tener nunca este tiempo con ella.

Mira con nostalgia hacia el bar de tapas que hay detrás de nosotros, su rostro se tuerce en una sonrisa secreta mientras sus mejillas se sonrojan.

—¿Qué pasa, Mi Princesa?

Se vuelve hacia mí con una mirada tímida, centrando su atención de nuevo en la playa y poniendo un pie delante del otro.

—Solo quiero recordar cómo es. Eso es todo.

Le sonrío, prometiéndome internamente que hare el esfuerzo de traerla de vuelta tan frecuentemente como fuera posible.

El Infierno no está lejos de Ibiza.

Las luces iluminan la ciudad de Ibiza a nuestra derecha, mientras caminamos hacia el hotel. A lo lejos, sobre el agua, la figura de *Es Vedra* se asoma.

—Te llevaré a ver la puesta de sol mañana por la noche. Nada se compara con verlo con Es Vedra de fondo.

Tararea suavemente, haciéndome desear un recuerdo de cómo se sentían las vibraciones con su bonita boca envuelta en mi polla. Decido averiguarlo, dado que ha demostrado ser una alumna muy dispuesta la primera vez. Al acercarme a las escaleras que nos llevan al hotel, me giro para decirle que la isla era magnética, cuando noto que una figura se asoma al final de las escaleras.

Sintiendo la súbita tensión en mi cuerpo mientras la sonrisa se me desvanece de la cara, Isa se gira hacia mí y mira al hombre en cuestión con confusión en su rostro.

—¿Lo conoces? —susurra. Los ojos oscuros de Pavel se desviaron hacia ella a mi lado, con el rostro impasible, mientras la estudia y sin dar nada a entender. Su mirada se aparta de su rostro, deslizándose por su cuerpo e inclinando la cabeza hacia un lado para escudriñar su cicatriz.

A los Kuznetsov siempre les gustan sus juguetes con cicatrices y rotos.

El solo hecho de saber que había puesto los ojos en mi mujer amenaza mi paciencia. Saber las cosas que les hacía a las mujeres me pone al límite. Saco la tarjeta de la llave de mi bolsillo y la pongo en la mano de Isa mientras ella mira entre nosotros e intenta encajar las piezas. Nada en la vida de Isa la había preparado para el mundo al que la estoy empujando. Ni siquiera puede adivinar el origen del hombre que la observa, ya que su rostro se inclina con repentino interés cuando me ocupo de ella en lugar de ocuparme de él primero.

Había que ocuparse de él. Rápido.

—Sube a la habitación. Ahora —ordeno, manteniendo la voz baja—. Lo digo en serio, Isa.

—Pero...

—Ahora —recalco en voz baja. Ella traga saliva, asintiendo con la cabeza y envolviendo los dedos alrededor de la tarjeta llave. No puedo permitirme besarla ni mostrarle ningún tipo de afecto para calmar el malestar que la desgarra. No cuando Pavel ya había visto demasiado.

Que Isa saliera en público siempre conllevara riesgos inherentes. Que la gente supiera que existía era peligroso para ella en el mejor de los casos.

Mortal en el peor.

Gira sobre sus talones, dando el primer paso lentamente y luego apurando el paso mientras deja atrás a Pavel con una amplia distancia y se dirige hacia la entrada del hotel principal. Subo los escalones con cuidado, observando hasta que Isa desaparece de la vista dentro del vestíbulo principal. Uno de mis hombres disfrazado de personal se gira hacia mí desde la zona de la piscina, levantando una mano para indicar que la había visto y que se asegurara que subiera mientras él la sigue al interior.

Le dedico unos segundos para asegurarme que está a salvo, y luego dirijo mi atención a Pavel. Lo que sea que haya visto en mi mirada debe haber resonado finalmente el peligro de su situación, ya que retrocede un paso.

—Rafael —dice con una risa—. Eres un hombre dificil de contactar.

El intento de humor cae en saco roto, ya que mi cuerpo sigue lentamente el ángulo de mi cabeza y giro para darle todo el efecto de mi presencia. Aunque estoy de pie sin la formalidad de mi traje para revestirme de negro, Pavel nunca será capaz de enfrentarse por sí solo a mí. Aunque mi aspecto fuera menos intimidatorio que el suyo, él con su traje completo y yo con una camiseta y pantalones cortos.

Me acerco al espacio que nos separa. Tomo su garganta con la mano hasta que su nuez de Adán se balancea contra mi agarre y se atraganta, lo inclino hacia atrás hasta que no tuvo más remedio que apoyarse en la barandilla de la escalera.

- —Rafael —jadea, con un sonido entrecortado y forzado mientras restringo su respiración.
- —Tienes mucho valor para venir aquí —digo en voz baja, mirando la zona de la piscina, repentinamente vacía, mientras mis hombres restantes la limpian de clientes del hotel.
  - —No me diste opción.

Otra mordaza se produce al aumentar el agarre de mis dedos en el lado de su cuello.

—Cuando te digo que esperes, maldita sea, espera hasta que esté listo para una reunión. No me importa una mierda lo que necesites, porque no funciono con tu horario. Lleva tu puto culo de vuelta a Siberia, donde pertenece.

Aparta mi mano de encima cuando relajo mi agarre, alzando toda su altura mientras me mira con desprecio.

- —No me diste otra opción que venir. Enviar a mi hombre de vuelta con un dedo menos fue duro, incluso para el infame *El Diablo*.
- —Nada de lo que tengas que decirme, no puede esperar una semana, Pavel —gruño.

Hace una pausa, y observo cómo su decisión de ser muy estúpido se cruza en su rostro mientras considera sus opciones.

—Es guapa —retumba, levantando una mano para tocarse la garganta dolorida—. No me gustaría verla triste cuando degüelle a

su amiga y la cuelgue de su balcón. Desperdiciar tanta belleza en la tristeza sería un crimen, ¿no?

Me importaba precisamente cero mierdas Chloe. Unos días antes, no me habría importado. De hecho, si las cosas con Isa se ponen dificil la muerte de su amiga sería conveniente para mí. Como Isa había decidido no hablar de mí a su familia, no habría nadie que pudiera dar mi nombre en relación con su desaparición. No habría autoridades con las que lidiar.

No habrían sido un gran obstáculo, teniendo en cuenta que, de todas formas, están en mi bolsillo. Pero intento vivir mi vida con menos complicaciones posibles.

Me irrita que Isa me importe lo suficiente como para no querer ver su cara cuando se diera cuenta que su amiga había muerto. Sobre todo, porque pronto se enterará de la verdad del engaño de Hugo. Solo eso la destrozaría, con lo unidos que han llegado a estar.

—¿Qué mierda quieres, Pavel? —gruño mi última advertencia—. Como bien sabes, tengo una mujer esperándome. Prefiero estar en su compañía que mirando tu fea cara.

Se burla en mi dirección, transformando la mirada en una sonrisa mientras intenta recurrir a su falso humor que cree que arregla las alianzas rotas. Pero nada podrá compensar lo que había hecho aquí, después de involucrar a Isa.

Si su muerte no estaba ya garantizada, lo estará después de esta noche.

—Quiero que nos reunamos mañana. La guerra de Bellandi contra el tráfico de personas está afectando a mi cuenta de resultados. No lo toleraré, Rafael.

Le sonrío, preguntándome cómo ha podido sobrevivir tanto tiempo siendo tan ignorante, pero en lugar de eso le doy una dirección. Quería negarle la reunión por principio, pero tengo muchas ganas de ver su sorpresa cuando se dé cuenta de la verdad.

Puede que Matteo Bellandi haya liderado la lucha contra el tráfico en Chicago, extendiéndose a otras ciudades a través de sus alianzas, pero sus intereses no llegan hasta Rusia. No tenía ningún deseo de controlar la forma en que las familias originales llevan sus negocios en Europa.

Ese empeño era solo mío.



**14** 

**ISA** 



Me paseo de un lado a otro de la habitación del hotel con todas las puertas de cristal cerradas. Algo en ese hombre me había parecido mal, arrastrándose por mi piel como insectos invisibles. No quiero respirar el mismo aire que él. Me puso lo suficientemente nerviosa como para encontrarme mirando continuamente hacia el armario donde mi maleta se encuentra en el suelo, en completo contraste con el meticuloso orden de Rafe.

Me había dicho que deshiciera mis cosas a primera hora del día, pero no me atrevo a hacerlo.

Apenas le conozco y la habitación del hotel está a su nombre. Tengo que ser capaz de huir rápidamente si las cosas se ponen feas.

El desconocido de la escalera podría haber sido el catalizador de esa huida. No puedo explicar por qué si me preguntan. Rafe puede mantener conversaciones con quien él quisiera, pero la forma en que me había hecho subir a la habitación me aterroriza.

Miro mi móvil sobre la mesita, invadida por el repentino deseo de saber más información sobre el hombre con el que me acuesto. No

había pensado que quería saberlo, no cuando saber menos de él hace más fácil alejarse. Pero tomo el hecho que no puedo obligarme a cerrar la maleta y salir como una señal que había superado ese punto.

Alejarme de él romperá algo dentro de mí, pero lo hare de todos modos.

Porque es lo más responsable. La opción inteligente es volver a casa, a mi vida tranquila y segura en Chicago. Tomar riesgos y confiar en la gente equivocada solo te lleva a un lugar en la vida.

Ahogada en el río Chicago.

Tragándome la ansiedad, me lanzo hacia delante y tomo el móvil de la mesa. Cuando abro el navegador, solo había escrito las tres primeras letras de su nombre en la barra de búsqueda cuando la llamada a la puerta me hace saltar y dejar caer el móvil sobre la mesa de café con un golpe.

—¿Quién es? —pregunto nerviosa.

—Soy yo —dice la profunda voz de Rafe desde el otro lado. Me paso una mano por el pelo y me acerco a la puerta para abrirla. Entra en la suite, invadiendo mi espacio al instante cuando la puerta se cierra tras él.

Se dirige a la zona de la sala de estar, sirviéndose un trago de tequila del bar mientras lo miro boquiabierta. Aparte de la ocasional copa de vino, no le había visto beber.

Se acerca a mí una vez que deja el vaso sobre la encimera, y su aliento huele a alcohol cuando toca mi mejilla. Mira hacia la mesa de café, frunciendo brevemente el ceño antes que sus ojos vuelvan a los míos.

-¿Has estado buscando sobre mí?

Se me corta la respiración cuando miro hacia mi móvil, el navegador abierto con el innegable comienzo de su nombre ya escrito. Lo tomo en mis manos, cerrando la aplicación y bloqueando la pantalla rápidamente mientras mis mejillas arden de vergüenza. Buscar en Google a un hombre como Rafael parece tan arbitrario, sobre todo cuando estoy teniendo sexo con él.

Agarrándome la barbilla, me inclina la cabeza para que le mire a los ojos mientras me quita el móvil de las manos y lo tira en el sofá. La incomodidad se desliza por mi columna vertebral cuando sus ojos brillan con algo peligroso.

- —No deberías hacer eso, Mi Princesa —murmura.
- —¿Por qué no? —mi voz se quiebra con las palabras tranquilas, apenas un susurro en el aire entre nosotros.
- —Quizá encuentres respuestas para las que no estás preparada
   —dice, deslizando su pulgar para acariciar mi mejilla mientras yo trago.

Me aparto de su agarre, queriendo que hubiera distancia entre nosotros. El hombre que me devuelve la mirada no era el mismo que me había enseñado Ibiza.

—Creo que debería irme —digo.

Sus ojos se oscurecen más, su mandíbula se apreta sutilmente mientras me observa. Hay una advertencia en esa mirada. Una advertencia que no tenía la información que necesito para tomar la decisión correcta.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Irte?

Miro hacia la puerta, observándola mientras lucho con mi sentido de la huida y el deseo de quedarme.

No quiero volver a la realidad. No quiero volver a ser la chica que no sentía nada. Las lágrimas pican mis ojos mientras considero mis opciones.

- -Me estás asustando, Rafael.
- —No tienes que tener miedo, *Princesa*. Lo que ocurra ahí fuera dice, señalando las ventanas—. No tiene nada que ver con lo que ocurra entre nosotros. No quiero hacerte daño —añade, recalcando la última palabra mientras se acerca a mí ante mi indecisión—, pero eso no significa que sea un buen hombre. Lo que puedas encontrar podría cambiarlo todo, y a veces la ignorancia es una bendición.

Trago saliva y lo miro mientras sus manos me rodean y me atraen hacia su pecho.

- -Pensé que trabajabas en inversiones.
- —Todos los negocios tienen rivales, Isa. Gente decidida a derribarme en su propio beneficio. Por ahora, todo lo que necesitas saber es que mi negocio es algo completamente separado de nuestra relación. Todo lo demás caerá en su sitio cuando llegue el momento.

Trago, asintiendo con incertidumbre. Sabía, sin duda, que debía salir corriendo por la puerta hacia las colinas, pero algo me advierte que sería un terrible error, y no puedo obligar a mis piernas a moverse para hacerlo.

- —¿Estoy en peligro? ¿De él? Me has hecho subir a la habitación con tanta prisa que no puedo evitar sentir que algo va muy mal.
- —Es un socio de negocios demasiado entusiasta que carece de límites. He acordado reunirme con él mañana para que deje de molestarme y podamos retomar nuestros planes. Siempre y cuando tengas la intención de quedarte —dice. Asiento con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras, pero sabiendo que marcharme

sería un error—. Bien —dice, ahuyentando algunas sombras con una sonrisa. Su mano sube para agarrarme la nuca con firmeza, tocando su frente con la mía mientras me acompaña de nuevo hacia la barra de la esquina.

Sus labios se aprietan contra los míos. Sus ojos me observan en busca de una reacción mientras suspira en mi boca y me muerde el labio inferior eróticamente.

—¿Todavía tienes miedo, *Mi Princesa*? —pregunta, sus dedos agarrando el dobladillo de mi vestido, levantándolo hasta que el aire fresco golpea el fondo de mi estómago.

Admito la verdad con una honestidad que no quería dar:

- —Sí —digo en un suspiro.
- —¿Y qué hace el miedo? —susurra, inclinando su cabeza para tocar con sus labios mi garganta y arrastrar sus dientes sobre la piel.
- —Nos hace sentir vivos. —Hago eco de las palabras que me había dado cuando me empujó más allá de mis límites. Sus manos arrastran el vestido hasta quitármelo por la cabeza con fuerza, dejándome solo en sujetador y bragas mientras él sigue completamente vestido. Me besa entonces, enredando su lengua con la mía sin más aviso, y me levanta sobre la barra de la misma manera que había hecho con la pared en *Dalt Vila*. Desabrochando mi sujetador y sacándolo por los brazos, su camisa roza mis pezones mientras abre mis piernas y se mete entre ellas mientras me besa.

Solo corta nuestra conexión cuando mueve una mano entre nuestros cuerpos, viéndola deslizarse por mi estómago y dentro de mi ropa interior para tocarme con círculos suaves y burlones en mi clítoris.

—Quería follarte —dice, devolviéndome a la sensación de sus manos sobre mí en público. Al deseo prohibido y a no saber hasta dónde podría haber llegado—. Justo ahí y en ese momento. ¿Lo sabías, *Mi Princesa*?

Jadeo su nombre, echando la cabeza hacia atrás cuando introduce un dedo en mi interior con cuidado. Retorciendo y girando ligeramente, observa mi reacción para ver si todavía me duele. Cuando no protesto, añade otro mientras trabaja mi clítoris.

- —La gente pudo haber visto.
- -¿Qué pudieron ver, Isa?
- —A nosotros. A mí —susurro, mis labios rozando los suyos mientras su rostro se endurece en una cruel brutalidad. No quería que me gustara, no quería excitarme con la violencia que acecha en su piel, pero mi cuerpo se apreta más alrededor de él. Tirando de él más cerca, como si pudiera deslizarlo dentro de mi alma y dar la bienvenida a su oscuridad dentro de mí.
- —Pudieron ver tu cara retorcerse de placer mientras me follaba mi bonito coñito. Pudieron verme follando lo que es *mío* —gruñe, cubriendo mi boca con la suya. En el momento en que su lengua se introduce en el interior, conectándonos mientras empezamos a sentirnos como si estuviéramos destinados a estar juntos, pasa su pulgar por mi clítoris en un movimiento furioso y me deshice a su alrededor en temblores.

Separo mi boca de la suya para gritar con la fuerza de la misma, mis pulmones se agitan con el poder del orgasmo mientras me reclama.

Era sucio. Estaba mal. Correrme con su reclamo de mi cuerpo fresco en mi mente, y sin embargo, la verdad innegable de lo mucho que quería esto se estrella en mí. Me aparta de la barra y me levanta

en sus brazos mientras me besa, manteniendo todos mis sentidos descontrolados por la fuerza de su posesión.

Empujando a un lado algunos de los paneles de cristal con el furioso golpe de una mano, me lleva a la mesa de comedor que se encuentra expuesta al aire nocturno y me pone de pie junto a ella. Me baja las bragas de un tirón, con movimientos frenéticos, mientras me gira para ponerme frente a la mesa y me empuja hacia delante hasta que me agarro a la superficie con ambas manos.

Se empuja dentro de mí, forzando mi humedad con un golpe furioso que hace arder mis terminaciones nerviosas.

—¡Rafael! —jadeo, el golpe de dolor acompañando la forma en que empuja con embestidas firmes y constantes hasta llegar al fondo de mí. Con sus manos a ambos lados de mi culo, me mantiene quieta mientras se retira y vuelve a empujar hacia el fondo.

—Te ves tan perfecta tomando mi polla, *Mi Princesa*. Este es tu puto lugar. —El ángulo era tan diferente al de las otras veces que me había follado, golpeando otro punto completamente diferente y provocando un tipo de placer distinto.

Lo siento por todas partes mientras se mueve, deslizándose dentro y fuera de mí lentamente mientras me daba tiempo para aclimatarme a la sensación. Luego enreda mi pelo en su mano, guiándome para que me arquee hacia él mientras lucho por agarrarme a los bordes de la mesa. Su otro brazo rodea la parte delantera de mi cuerpo, cogiendo un pecho con su mano y pellizcando ligeramente mi pezón.

—Joder —gimo, cuando sus caderas golpean mi culo, sintiendo cómo presiona contra lo más profundo de mí con cada empujón, y amando ese breve momento de dolor antes que su retirada me estimule de nuevo al placer.

Se ríe contra mi cuello cuando me suelta el pelo, deslizando la mano que tenía en el pecho hasta rodear mi garganta mientras me da una palmada en el culo con la otra. Grito, y el calor florece tras su golpe.

—Este puto culo —gime—. Un día de estos, también tomarás mis pelotas hasta el fondo aquí también. —sus palabras eran una promesa. Pronunciadas sin dudas, que las creí.

Sacudo la cabeza contra su agarre, haciendo una mueca de dolor cuando su mano presiona más firmemente mi garganta y mi visión se nubla ligeramente por la breve pérdida de aire.

—Tomarás todo lo que te dé, *Mi Princesa*, y luego me suplicarás más. —Me inmoviliza en la posición, azotando el otro lado de mi culo mientras me folla con embestidas furiosas. Su polla se hincha dentro de mí a medida que se acerca a su propio clímax, sus gemidos suenan en mis oídos mientras subo más y más—. Tócate —ordena, y a pesar de mis dudas, deslizo una mano entre mis piernas para tocarme tímidamente.

Cada impulso de él dentro de mí me hace avanzar, mis dedos se deslizan desde mi clítoris para tocar el lugar donde nos conectábamos. Él gime, soltando mi garganta para cubrir mi mano con la suya, de modo que juntos agarramos su eje donde entraba en mí.

- —Oh, Dios mío —gimo, dejando caer la cabeza cuando el talón de su palma roza mi clítoris con cada empuje.
- —Estás hecha para mí y no te dejaré ir, Isa —dice, sus palabras impulsadas por el calor del momento. Grito mi segundo orgasmo y me derrumbo en sus brazos mientras ruge su propia liberación. El calor me inunda, mientras él se retuerce dentro de mí, apartando nuestras manos de entre mis piernas para empujar más profundamente.

Se queda dentro mientras recupero mi aliento, sosteniendo mi peso para que no me caiga de cara sobre la mesa. Me da un beso en la columna vertebral y se retira. Un hilillo de líquido lo sigue, goteando hacia mis muslos mientras siento su mirada sobre mí.

Después de calmarme súbitamente, me giro para mirarle y ver su longitud colgando fuera de sus pantalones cortos de lona. Su boca se tensa mientras baja los ojos a mi cuerpo y a la humedad entre mis piernas.

—Oh, joder —susurro, llevándome una mano a la boca mientras aumenta mi pánico.

Agarrando mi ropa interior del suelo, me doy la vuelta y me apresuro hacia el baño para limpiarme.

—*Princesa* —murmura, siguiéndome mientras le cierro la puerta en las narices.

¿Cómo pude ser tan jodidamente estúpida? Rafael era un verdadero peligro, me hace olvidar todo lo que debe ser mi prioridad. No existía nada más que la sensación de sus manos sobre mí. Hasta el momento en que terminamos y me di cuenta que nunca se había puesto un condón.

Me limpio tan a fondo como puedo, haciendo una mueca de dolor por lo rudo que había sido mientras elimino todo rastro de su semen de mi cuerpo. Me subo la ropa interior por las piernas, me lavo las manos y atravieso la suite para coger mi vestido del salón.

Necesito un plan B. Con urgencia.

—Isa —dice Rafe, agarrando mi brazo y tirando de mí hacia su cuerpo mientras lucho por ponerme los zapatos junto a la puerta. Se había tapado, con la cara escrita en piedra mientras me dirijo a escapar de la suite.

Aunque solo fuera el tiempo suficiente para conseguir medicinas, tengo que irme. Le doy un empujón en el pecho:

- —Necesito ir a la farmacia.
- —*Princesa*, es medianoche. La farmacia está cerrada. —Mi peso se hunde en su agarre mientras miro el cielo nocturno. Habíamos cenado tarde, y después de todo el drama, probablemente tenía razón. Era media noche—. La mañana llegará pronto —dice, acariciando mi mejilla mientras el desánimo se apodera de mí.

Cuanto antes me la tome, más eficaz será, pero sin una farmacia a la que acudir, mis opciones eran limitadas.

—A primera hora de la mañana —suspiro.

Él asiente, pero algo en su mirada parece casi... decepcionado. No tiene sentido, y lo descarto como la reacción emocional de una mujer que tiene todas las de perder. No podía tener un bebé; no ahora. Tal vez nunca.

Sería una madre terrible.

En su lugar, me centro en la otra razón por la que debo preocuparme por nuestro error.

—¿Debo preocuparme por...? —hago una pausa—. Ya sabes.

Sus ojos se oscurecen.

- –¿Qué, Isa?
- —Las enfermedades. Infecciones. Sabes que no hay riesgo por mi parte, pero tú...
- —Ah. —Se ríe sombríamente—. Afortunadamente, ha pasado mucho tiempo desde que estuve con alguien antes de ti. No tienes que preocuparte por nada de eso.

Asiento, dejando que me guíe hacia el dormitorio. Me despoja de mi ropa, ayudando a acomodarme en la cama antes de quitarse la suya y subirse a mi lado.

—¿Por qué estás tan tranquilo? ¿Qué pasa si...?

Se encoge de hombros, considerando sus palabras.

—Soy mayor que tú —dice, con una voz melancólica, como si se hablara a sí mismo más que a mí. Recordándose por qué mi reacción podría ser más extrema que la suya—. Estoy preparado para tener hijos. Entiendo que lo que tenemos es nuevo, pero no sería un giro inoportuno.

Su admisión me golpea de lleno en el pecho, mientras deja que mis ojos se cierren por el cansancio.

¿Cómo podía decir una cosa así, cuando ni siquiera iba a saber si estaba embarazada hasta que estuviera en casa, en Chicago?

#### 15 RAFAEL



Se traga la pastilla tan rápido como el farmacéutico se la entrega. Su desesperación por no llevar a mi hijo no mejora mi estado de ánimo, sabiendo que tendré que dejarla con Chloe y Hugo solo unos momentos después.

No debería haberla culpado por no querer un hijo a los dieciocho años. Yo no habría querido tener nada que ver con uno ni siquiera un año antes.

Pero Isa lo ha cambiado todo para mí. Todo lo que quiero es que le ocurra lo mismo a ella. Que me necesite tan desesperadamente que hará cualquier cosa por tener un futuro conmigo.

Que quisiera utilizar un embarazo para atraparme como muchas otras mujeres habían intentado a lo largo de los años. La clase de riqueza que yo poseo cambiaría su vida para siempre. No me habría importado lo más mínimo, viniendo de ella.

Se queda callada mientras vuelve a subir al asiento del pasajero del McLaren, con el cuerpo rígido e incómodo. Como si no se atreviera a tocar nada mientras cierro la puerta con cuidado una

vez que está dentro. Decir que se había sentido abrumada por mi elección de coche era un eufemismo. Quizá hubiera sido más inteligente elegir algo menos llamativo.

Me deslizo en el lado del conductor.

—¿Chloe y Hugo saben que vas? —pregunto, mirándola para romper el silencio. Ella asiente, confirmando lo que ya sabía. Yo mismo le había explicado las reglas a Hugo en el mensaje que le envié esta misma mañana. El McLaren arranca con el ronroneo característico del lujo, y salgo de mi plaza de aparcamiento para llevarla por las calles de la ciudad de Ibiza. Es mucho mejor explorar la ciudad a pie, pero mi objetivo es pasar el menor tiempo posible lejos de Isa—. Siento haber tenido que retrasar nuestros planes del día.

A lo mejor ella hubiera agradecido el retraso, si supiera que la alternativa habría sido su amiga colgada del extremo de una cuerda y sangrando por toda la terraza, donde pienso follarla al menos una vez.

O tal vez en la terraza.

—Está bien. No podías saber que te ibas a encontrar con una chica al azar que desbarataría tus negocios de la semana —dice, retorciendo el dobladillo de su vestido en sus manos. Me pregunto si los supuestos efectos secundarios de la droga ya la han afectado, o si todavía está envuelta en su propia preocupación por un embarazo no deseado.

Por un momento, consideré la posibilidad de conseguir un placebo en lugar de la píldora real. Algo parecido había funcionado con Matteo Bellandi. Pero cuando decida dejar embarazada a Isa, lo haré con ella sabiendo lo que había hecho. No habrá ninguna capa y puñal en cuanto a la concepción de nuestro hijo.

Le diría que había llegado el momento y eso sería todo. La pesadilla que hay dentro de mí está deseando ver su expresión de sorpresa y la lucha que tendrá que librar para convencerla que no podía cambiarlo.

- —Aun así. Este asunto no debía ser tratado mientras estaba aquí.
- —Por la forma en que hablas de Ibiza, siempre pensé que era tu hogar. ¿De dónde eres si no es de aquí? —pregunta, mirando por la ventana—. Le tienes tanto cariño a la isla.
- —Ibiza es lo más parecido a una ciudad natal que tengo, pero ya no paso mucho tiempo aquí —admito—. Vivo en una isla cercana, pero está mucho más aislada. Mis negocios en persona siempre ocurren aquí por necesidad, porque la isla es... —Hago una pausa, tratando de pensar en una palabra que no transmitiera lo aislada que está la isla.

Nada decía riqueza como una isla privada, y nada era tan ineludible para Isa.

- —¿Más remota? —pregunta.
- —Sí. Es menos urbana. No hay hoteles ni lugares para alojarse en la isla. Solo la gente que vive allí. Pero como ya no vengo a Ibiza tan a menudo, los socios comerciales que quieren mi tiempo pueden ser voraces. Siento que haya interrumpido nuestro tiempo juntos —digo de nuevo, acercándome al hotel boutique que había reservado para Isa y sus amigos. Me mata dejarla en un hotel de tres estrellas aunque fuera por unas horas, pero Alejandro insistió en que es un alojamiento mucho más creíble para un programa. Aunque el programa en sí mismo fuera una operación benéfica.

Continuará después que Isa vuelva a casa conmigo. Bueno, mientras no se desfinancie por su desaparición.

Eso sería muy lamentable.

Como no hay servicio de aparca coches, me meto en uno de los aparcamientos delanteros y me apresuro a ayudar a Isa a salir del coche. Ella se pasea por el hotel, pareciendo mucho más a gusto con la falta de lujo que en la suite. Tengo que convencerme que eso era algo que se remediaría con el tiempo, cuando se adapte a ser una mujer muy rica.

Cuando sea mi esposa, no le faltara nada.

Me guía hasta el ascensor y se vuelve hacia mí para inclinarse y darme un beso en la mejilla.

—No tienes que preocuparte por dejarme con mis amigos mientras te ocupas de tus asuntos. Soy capaz de estar sin ti durante unas horas —se ríe, y el sonido me irrita.

Necesito que ella quiera pasar todos sus momentos conscientes conmigo. Aunque no fuera normal, ella debe desearlo tanto como yo. Cuando el ascensor llega a su planta, se baja con un respingo y me toma de la mano para arrastrarme tras ella. Su habitación está en la parte trasera del hotel, lo más alejada del tráfico peatonal del ascensor que había podido conseguir. Llama a la puerta a pesar de tener su propia llave de la habitación que debía compartir con Chloe.

Su amiga abre la puerta de golpe, toda rubia y de ojos azules mientras sonríe a Isa con entusiasmo. Isa entra en la habitación, abrazando a su amiga sin soltar mi mano, y llevándome con ella. Hugo se levanta de su asiento, su postura pasa de ser relajada a estar en vilo en el momento en que nuestras miradas se conectan.

—Este es Rafe —dice Isa, mientras se aparta del abrazo de Chloe—. Rafe, estos son mis amigos. Chloe y Hugo —dice, soltando mi mano para acercarse al pecho de Hugo y darle un abrazo. Él la

rodea con sus brazos, envolviéndola en un abrazo que claramente le resulta incómodo mientras lo observo con la mandíbula apretada.

—Es un placer conocerlos a los dos —digo entre dientes apretados.

Quería que nadie le pusiera la mano encima a *Mi Princesa*, pero eso no significa que pudiera hacerlo. Al menos, no hasta que ella sepa la verdad de mi identidad.

Hugo apoya su barbilla en la cabeza de ella, y luego se aparta para mirarla fijamente, como habría esperado si la amistad hubiera sido genuina. La expresión en su rostro no deja lugar a dudas que, independientemente de cómo hubiera empezado, Isa le importa mucho como a Joaquín.

-¿Estás bien? —le pregunta mientras ella le sonríe.

Ella asiente, mordiéndose el labio. Dada la forma en que las chicas se hablan entre sí, sé que Hugo sabría lo del susto del embarazo para cuando vuelva de tratar con Pavel.

—Debería irme, *Princesa* —digo con cuidado. Ella se vuelve hacia mí cuando me acerco, inclinando la cabeza para aceptar mi beso—. Llámame si necesitas algo o si no te sientes bien —digo vagamente intentando transmitir el mensaje que, si sus efectos secundarios eran demasiado, estaría aquí para ayudarla a superarlos.

O llamaría a un médico para que la ayudara con las molestias.

Ella suspira contra mí:

—Está bien, Rafael —dice, aferrándose a mi traje. Fue la única señal física que dio de su descontento con que la deje, y lo tomo como lo que era. Isa no es una comunicadora verbal, y probablemente nunca lo sería.

Pero su cuerpo no me decía mentiras, solo me muestra la verdad de sus sentimientos por mí.

- —Volveré tan pronto como pueda —le digo, pasando mi nariz por el costado de la suya.
- —¿Lo prometes? —pregunta, y la debilidad de su voz casi me obliga a quedarme. Era como si pasara cada momento de cada día esperando que descubra que ella no valía mi tiempo.
- —Lo prometo —murmuro, besándola por última vez antes de girar sobre mis talones y dejarla a la protección de Hugo, para que hable de sus sentimientos con sus amigos. Solo puedo esperar que Chloe la anime junto a Hugo, y no que sirva de freno para impedir que se entregara a su conexión emocional conmigo.

No me gustaría tener que deshacerme de su rubia amiga si se interpusiera en mi camino.



La dirección en la que había decidido reunirme con Pavel no fue uno de mis mejores momentos. En los momentos posteriores al acuerdo para reunirme con él, me arrepentí casi instantáneamente de la elección.

Pero era uno de mis sitios más frecuentados para hacer negocios en Ibiza.

Mis socios comerciales suelen distraerse con las strippers que giraban en el poste. Las mejores mujeres de Ibiza me servían,

permitiéndome negociar tratos más favorables para mí de lo que podrían haber sido de otra manera.

Soy el dueño de la ciudad, y nunca me veré obligado a operar en la sombra, como muchos otros tenían que hacer en la suya.

Mis hombres ya estaban dentro del club cuando llego, vigilando a las mujeres que bailan en el escenario a pesar del escaso público. Demasiado temprano para que el club estuviera abierto, las chicas que trabajan durante estas horas del día eran de mi mayor confianza. Las mujeres que conocen la situación, pueden mantener la boca cerrada y saben que el tipo de hombres que entra en el club para mis reuniones no serían amables.

Pero les pago muy bien por ofrecerse como voluntarias por el riesgo del trabajo.

Mi gorila principal abre las puertas delanteras cuando me acerco a ellas, cambiando mi ritmo a un paso suave en el momento en que todos los ojos de la sala se posan en mí. Me muevo por la sala sin ahorrar una mirada a los hombres que sabía que estarían en posición en caso que la reunión se volviera especialmente agria, y sé que así será. Pavel permanece en su silla, mirando a la chica que baila en el escenario como si no hubiera percibido mi entrada. Su furia no hace más que aumentar cuando ella vuelve los ojos hacia mí, sonriendo mientras enrolla su cuerpo alrededor del poste.

La ignoro, sentándome en la mesa con Pavel de espaldas a ella. Todas mis chicas saben el resultado. No están aquí para mi entretenimiento.

—Llegas tarde —dice Pavel, apagando su cigarro en el cenicero de la mesa.

Mi respuesta fue fácil:

- —Tienes suerte que esté aquí.
- —Nunca pensé que vería el día en que el todopoderoso Rafael Ibarra cayera en la trampa entre los muslos de una mujer. —se burla—. Que tengas una cara bonita no significa que ella sea capaz de amar a semejante monstruo.
- Estás tan preocupado por la mujer. Debería pensar que tienes asuntos mucho más importantes a los que dedicar tu tiempo, Pavel.
  Te aseguro que el tiempo que te permitiré perder es muy limitado.
  Golpeo con los dedos sobre la mesa mientras me inclino.

Suspira su frustración por mi falta de voluntad para entablar una conversación trivial, antes de entrar en el tema que tanto ansiaba discutir.

—Esta alianza universal. Aceptaré la mayoría de las condiciones de Bellandi, pero no puedo aceptar las condiciones del tráfico. Él debe saber que así es como se hace la mayor parte de mi dinero. Las mujeres rusas, son el estándar de la perfección —argumenta—. Puedo encontrarle una para que se quede con ella. Sería mucho menos molesta que esta americana tuya.

Mis dedos pican hacia mi pistola mientras me burlo de él en señal de advertencia.

- —No sé qué te hace pensar que Bellandi se preocupa por Europa, pero te prometo que esta no es la cruzada de Bellandi.
- —¿La tuya? —pregunta Pavel, recostándose en su silla. Burlándose—. El tiempo que has pasado con esos americanos de corazón blando te ha debilitado. Si tu padre pudiera verte ahora, muchacho.
- —No puede, porque lo até a un poste mientras gritaba y prendía fuego a la plataforma que había debajo. Tu amistad con mi padre

terminó con su muerte. No te ganará mi favor —digo, inspeccionando mis uñas—. Para ser franco, me confunde tu preocupación por los términos del contrato. Tú no fuiste invitado.

Su rostro palidece por un momento antes de enrojecer de ira.

- —¿Pretendes establecer una alianza de esta magnitud sin Rusia? —se burla entre risas—. Buena suerte.
- —No. Pretendo establecer esta alianza sin ti. Una vez que estés fuera de escena, la persona a la que ayude a subir al poder en tu ausencia será alguien que esté de acuerdo con mis condiciones.

Se mueve rápidamente, sacando su arma y apuntándome mientras sus hombres se mueven para seguirle.

-¿Piensas amenazarme? -pregunta.

Me levanto de la silla, volteando la mesa de un lado a otro con un rápido barrido mientras entro en su espacio. Su pistola me toca el pecho, y la sala espera mientras contiene la respiración. Sus hombres apuntan a los míos, y los míos les devuelven el favor. Pero Pavel sabe tan bien como yo que nadie saldría vivo de la sala una vez que se efectuara el primer disparo.

Moviéndome rápidamente, agarro el cañón de su pistola con la mano izquierda al mismo tiempo que le clavo la derecha en el interior de la muñeca. Con la fuerza de ambas manos, el arma se vuelve contra él mientras se la arranco de las manos. Se pone en pie, levantando las dos manos mientras muestra su cobardía. Era fácil tener una sensación de falsa valentía cuando se tiene un arma en la mano.

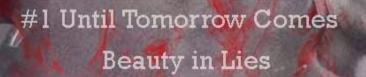
En el momento en que abre la boca para hablar, golpeo hacia delante con la palma abierta. Al recibir el golpe en la parte inferior de la barbilla, su cabeza se echa hacia atrás de repente. Cae al

suelo, lo más cerca del peso muerto que podía estar sin estar realmente muerto, mientras se desmaya y cae con un golpe.

Sus hombres dudan, no quieren sacrificar sus vidas si Pavel ya se había ido. Inclinándome sobre él, le doy una bofetada en la cara hasta que se despierta.

—No necesito matarte hoy para saber que eres hombre muerto, Pavel —gruño, enderezándome. Le aplasto el cráneo con fuerza, y su grito de dolor al aplastarse bajo mi zapato calma los bordes de mi ira y la frustración por no haber podido matarlo en este momento. Volver a Isa con un agujero de bala después del inevitable tiroteo sería dificil de explicar. Le doy la espalda y me dirijo a la puerta.

Había firmado con sangre su orden el día que amenazó a Isa. Solo queda cumplir lentamente la sentencia.



16

**ISA** 



Mi cuerpo se siente tan pesado que me duele, pero que me maldigan si lo admito y llamo a Rafe para que me llevara de vuelta a la suite. Ni siquiera quiero contarles a Chloe y a Hugo nuestro descuido, pero a cada momento iba de peor a peor, hasta que solo quiero acurrucarme en un ovillo y dormir durante un año.

Pero Chloe quiere ir a dar un paseo por la ciudad de Ibiza. Ella charla sobre todas las fiestas a las que habían ido mientras Hugo sonríe, observándome pensativo.

- —¿Y cómo es? —pregunta finalmente Chloe. Había esperado la pregunta, sabiendo que quería que sacara el tema. Pero dada la intensidad de la noche anterior y de esta mañana, no sé qué puedo decir.
- —Siento que me está ocultando algo —digo, mirándola—. Probablemente estoy siendo paranoica.
- —Eres buena en eso. —estuvo de acuerdo—. Pero de cualquier manera, es una aventura, Isa. Él no tiene que soltar sus secretos y tú tampoco. Porque dentro de unos días te irás a casa y él no será

más que un recuerdo divertido, mientras te escapas con el siguiente chico.

- —No soy así —digo con un suspiro—. No creo que sea tan sencillo.
- —Isa, se supone que no debes desarrollar sentimientos reales por él —gime Chloe—. Si no puedes hacerlo, entonces creo que deberías terminar con él ahora. —Hugo resopla a mi lado, escupiendo el trago de agua al apartar la botella de sus labios.
- —Trago equivocado —gruñe, golpeándose ligeramente el pecho. Caminamos unos pasos mientras considero las palabras de Chloe. Tenía razón, lo sé. Mis sentimientos por Rafe crecían cada día, incluso con el drama que habíamos tenido.

Si sigo con él, no podría evitar enamorarme.

—No creo que pueda —admito, trabajando para convencerme que la incapacidad de alejarme se debía a mis sentimientos.

No por el peligro que veía en sus ojos cuando hable de irme.

- —Tiene que haber algunos límites, por lo menos —dice Chloe con un suspiro—. Oblígate a hablar de la vuelta a casa. Habla de tu familia. Recuérdales a los dos, que pronto terminarás las cosas.
- —No creo que eso sea necesario —interviene Hugo—. Ya has visto cómo la mira. Creo que está lo suficientemente interesado en Isa como para saber cuándo debe volver a casa. ¿Has intentado hablar con él de lo que sientes?

Chloe se burla, haciéndose eco de mi reacción instintiva. Las emociones y los sentimientos, y las conversaciones sobre ellos: no son lo mío.

—Sí, de acuerdo —dice.

- —Eso es lo que hace la gente normal en las relaciones, Isa. Suspira Hugo—. Cuando se sienten inseguros, hablan de ello. Cuando sienten que las cosas van demasiado rápido, hablan de ello para saber que no están solos.
- —Eso es demasiada implicación emocional para una aventura argumenta Chloe.
- —Quizá no sea una aventura —discrepa Hugo mientras ambos se detienen en medio del paseo—. Puede que haya empezado así, pero no se puede predecir el amor. Si Isa realmente siente algo por ese hombre, lo debe explorar, se lo debe a ella misma. Debería darle una oportunidad.
- —Sé que no le acabas de aconsejar que abandone sus planes de futuro para quedarse a tener una aventura con un hombre que acaba de conocer. Estoy segura que no tiene nada que ver con que vivas en Ibiza y quieras que tu amiga esté cerca —chilla Chloe, y vi cómo la conversación se convertía en una de sus peleas. Cada uno quiere lo mejor para mí a su manera, pero ninguno sabe el alcance total de lo que podía estar en juego tampoco.
- —He visto a Isa pasar el último año de su vida sin interesarse lo más mínimo por un chico. Entonces llega este hombre y ella reacciona inmediatamente ante él. Lo único que digo es que merece ser explorado. No tiene que saber que se queda en Ibiza en este mismo instante, pero debería darlo hasta el final de sus vacaciones y no acortarlas porque tiene miedo. Vivir una vida con miedo a todo lo que la hace sentir no es vida —dice Hugo.

Chloe abre la boca, su ira sube a un nuevo nivel mientras entrecierra los ojos hacia Hugo.

—Hay una... pequeña posibilidad que esté embarazada —digo, cortando lo que sea que Chloe había estado a punto de decir en respuesta a eso.

- —¡¿Qué?! —chilla.
- —¿Podrías bajar la voz? —le digo, tomándola del brazo y guiándola hacia el lado de la carretera—. Tomé la píldora del día después. Probablemente esté bien.
- —No puedo creer que tú, de entre toda la gente, te hayas olvidado de algo así —me espeta, mirándome con la mandíbula floja como si hubiera perdido quién era yo.

A veces parecía que lo había hecho.

- —Él hace que todo lo demás desaparezca —susurro, viendo cómo pone los ojos en blanco.
- —Se llama estar cachonda, Isa. Todos pasamos por eso, pero eso no es razón para no ser responsable.
- —No me refiero a eso —argumento—. Incluso cuando no tenemos sexo. Él solo... él me hace sentir que estoy justo donde se supone que debo estar. Me da toda su atención, y es desconcertante y halagador a la vez. Él escucha cuando hablo, y oye las cosas que ni siquiera digo.
- —Maldita sea. —Chloe deja caer su cabeza, frotándose una mano en la cara—. Estás enamorada de él.

No respondo, meditando las palabras aunque no estaba preparada para decirlas. No me parecían falsas, por mucho que quisiera poder negarlas. La verdad en ellas flota en el aire entre nosotros, mientras ella me mira boquiabierta.

- —¿Isa? —pregunta Hugo, incitándome a responder—. ¿Lo estas?
- —Solo lo conozco desde hace unos días —evado.

- —Dile lo que sientes, Isa —recalca Hugo, rodeando mis hombros con un brazo—. Por el bien de los dos, dile lo que sientes.
- —Supongo que al menos, si estás embarazada, sabes que tiene el dinero para asegurarse que tú y el bebé estarán atendidos —dice Chloe, con voz suave a pesar de la dureza de las palabras—. Si tenías que meter la pata de forma épica, este era un buen momento para hacerlo. Sin embargo, me sorprende que lo haya dejado pasar. Un hombre con tanto dinero como debe tener, tiene que estar acostumbrado a vigilar su espalda. ¿Qué tan asustado estaba? pregunta.
- —No lo estaba —digo, frunciendo el ceño mientras la mira—. Estaba perfectamente tranquilo. Solo dijo que era mayor que yo y que sabe que quiere tener hijos, así que era natural que no se molestara tanto como yo.

Hugo se calma a mi lado, mirándome cariñosamente mientras me besa la parte superior de la cabeza.

—Bueno, nunca he conocido a un chico que no se asustara con un posible embarazo, a no ser que quisiera un bebé con *esa* chica. Me parece que no eres la única que tiene algunos sentimientos que confesar.

Asiento pensativa, haciendo una pausa para iniciar el proceso de regreso a su hotel para descansar, cuando me giro y me topo de bruces con el cuerpo de un hombre.

El calor familiar de las manos de Rafe marca mi piel a través de mi vestido de verano, reconfortándome, hasta que miro su rostro tenso y busco señales que pudiera haber escuchado nuestra conversación. No da nada, se inclina para besarme con esa extraña distancia en sus ojos mientras saluda con la cabeza a mis amigos.

—¿Cómo te sientes, *Princesa?* —pregunta, y su rostro se suaviza cuando sus ojos vuelven a los míos y ahueca mi mejilla.

—Cansada —admito.

Asiente pensativo, frunciendo los labios mientras mira a Chloe y a Hugo.

—Entonces vamos a llevarte a la suite. —Su mano en mi cintura mientras me sostiene me acompaña hacia la zona de aparcamiento y lejos de mis amigos.

No fue hasta que estuve a salvo en el McLaren que me di cuenta que no les había dicho ni una palabra, ni siquiera me había dado la oportunidad de despedirme.



Reflexiono sobre sus extrañas acciones mientras pasamos el resto del día en la terraza de la azotea, dejando que Rafe me diera de comer mientras disfruto de la brisa salada del mar en mi piel. Tal vez es una cosa cultural, ser tan posesivo como para alejarme de mis amigos con apenas nada más que una mirada.

Me siento mucho mejor cuando llega la tarde, y solo me resisto un poco a su insistencia en que disfrutaría de la puesta de sol mucho mejor en su barco que desde tierra.

Mi móvil suena con un mensaje de texto mientras Rafe dirige el barco hacia la isla alta, manteniendo la distancia con la propia isla mientras encuentra la posición correcta que buscaba.

#### Estoy preocupada por ti.

Suspiro, preguntándome si el mensaje de Chloe tiene algún fundamento. La desafortunada verdad es que no puedo evitar preocuparme también por mí. Me siento como si me hubiera sumergido en lo más profundo antes de aprender a nadar. Rafe apaga el barco y se une a mí en el centro de la zona acolchada de la parte trasera, para que ambos estuviéramos de cara a la puesta de sol.

Saca una cesta de picnic y una botella de champán bien fría. Se acerca al borde de la embarcación, arroja una toalla sobre la parte superior de la botella y la abre para coger el corcho, y arrojarlo de nuevo a la embarcación mientras el champán se filtra al mar.

—Vas a emborrachar a los peces —le regaño.

Me dirige una ligera sonrisa, sacudiendo la cabeza como si no le importaran los putos peces. Me sirve una copa mientras me siento en la alfombra, aceptándolo con los labios fruncidos.

- —No estoy segura que deba beber.
- —He hablado con mi médico personal. Puedes beber después de tomar el Plan B —dice para tranquilizarme. Asiento con la cabeza y tomo un pequeño sorbo del líquido ligeramente ácido, mientras las burbujas bailan en mi paladar. Sentado a mi lado, toma un sorbo de su propio champán y lo deja a un lado para darme una fresa cubierta de chocolate. Le doy un mordisco, prefiriéndola al champán.
- —Estás muy callada —observa, acercándose a mi espacio hasta casi tocarme, mientras me recuesta en el cojín para mirar el cielo mientras esperamos la puesta de sol—. ¿Qué pasa?
  - —No pasa nada —digo—. Solo estoy pensando, de verdad.

—Ominoso. —Se ríe, recostándose a mi lado—. ¿Qué tiene a *Mi Princesa* tan ocupada?

Me pongo de lado para mirarle y me muerdo la comisura de los labios mientras pienso en cómo plantear mis preocupaciones. La necesidad de saber en qué punto se encuentra nuestra relación era real, para poder gestionar mis propios sentimientos y expectativas. No quiero tener expectativas en absoluto, y no debía tenerlas.

Pero sí sabía que lo quería lo suficiente como para cuestionar la vida que había planeado para mí.

—Solo pensar en lo pequeña que se sentirá mi habitación en casa después de esto. Lo mucho que odiaré los inviernos de Chicago después de sentir este sol. A veces pienso que venir aquí fue un error —murmuro, observando su cuerpo inmóvil ante mis palabras—. No uno del que me arrepienta, sino simplemente porque me ha demostrado lo aburrida que es mi vida. Espero que la universidad cambie eso.

El sol se arrastra lentamente hacia el horizonte, tiñendo el cielo de rosa a su paso mientras lo observábamos en silencio. Su falta de respuesta me irrita, mostrándome exactamente dónde tenía la cabeza. ¿Por qué iba a preocuparse por mi vida en casa?

Él estaría fuera de mi vida.

—No deberías vivir una vida que te aburre, *Princesa* —dice finalmente Rafe, acercándose a mi mejilla después de dejarme colgada sin respuesta. Inclinándose para besarme, me recuerda lo que era no aburrirse—. El aburrimiento es para los muertos, y tú estás muy viva. —Se acerca para tomar mis caderas con sus manos, me sujeta al cojín y mueve su cuerpo sobre el mío. Al dejar que me besara desde los labios hasta el cuello, me recuerda lo que es sentir, que puedo hacer cualquier cosa y ser cualquiera, mientras el cielo se llena de rosas vibrantes y el sol se desvanece en el horizonte.

Mi vida será mucho más difícil de soportar cuando vuelva a casa. Hambrienta de su tacto. Hambrienta de emociones.

Simplemente vacía.

#### 17 RAFAEL



Mi Princesa está borracha. Después de hacerle el amor bajo el sol poniente, volvimos a nuestro picnic y se bebió tres copas de champán. Podría haberla detenido, pero algo en mí quiere verla perder el control de esa manera. Nuestro picnic romántico se había desbaratado por su estrés por un potencial de un improbable embarazo y su extraña inserción de lo que la espera en casa.

No puedo evitar mi enfado por el hecho que ella está en un barco en medio del Mediterráneo conmigo, dispuesta a ver la puesta de sol, y estuviera pensando en su vida en casa.

Se tambalea cuando la ayudo a bajar del McLaren, inestable incluso con sus sandalias debido al cansancio que había en cada línea de su cuerpo. Con un suspiro, me agacho y la tomo en brazos. Se ríe mientras cruzo las puertas del hotel, llevándola al ascensor mientras se acurruca más cerca de mí. Su cara se inclina en mi cuello, respirando profundamente en sus pulmones mientras pienso en mi situación.

Cuando solo quedan seis días de nuestra cuenta atrás, no esperaba que siguiera discutiendo sobre la vuelta a casa como si

fuera una certeza. En cuanto el ascensor nos deja en la última planta, llevo a Isa a la suite y la dejo en nuestra cama. Suspira satisfecha cuando le quito las sandalias y la siento para quitarle el vestido por encima de la cabeza. Vuelve a caer en el momento en que la suelto, luchando por meterse bajo las mantas mientras yo lucho por bajarle las bragas.

—Quiero dormir para siempre —murmura cuando por fin le quito el sujetador y la meto debajo de las sábanas.

Me rio, inclinándome hacia delante para besar sus labios y quedarme junto a su boca.

- —Pero si durmieras para siempre, tendría que seguirte. —Mis labios rozan los suyos con las palabras, observando cómo sus ojos se llenan de lágrimas, que ella retenía antes que pudieran formarse realmente.
- —Si durmiera para siempre, nunca tendría que irme —dice finalmente, volviéndose hacia su lado y cerrando los ojos. Las palabras se sienten como una admisión, resonando en la silenciosa habitación, mientras ella se duerme rápidamente. Sabía que no había querido decirme eso, dado lo contrario a su mención de la universidad apenas unas horas antes.
- —No tienes que irte a pesar de todo, *Mi Princesa* —murmuro, inclinándome para tocar con mis labios su sien antes de dirigirme al balcón y mirar hacia el agua oscurecida.

Sus palabras ebrias y medio conscientes parecen más verdades que las que me da cuando está despierta y sobria, una confirmación de todo lo que su cuerpo me decía. Isa quiere quedarse, y quiere estar conmigo.

La cuestión sería si se dejaría, y con solo seis días para convencerla que nuestro futuro merece la pena de alejarse de su

pasado, solo espero no haber perdido este tiempo en un esfuerzo infructuoso.

Ella vendrá a casa conmigo de una forma u otra. Si tengo que forzarla, desearía hacerlo de la manera más dificil en el proceso. Ella necesitará tiempo para adaptarse una vez que nos mudáramos a casa.

Sobre todo, si no le permitía irse.



Sentado en el balcón, bebiendo mi *cortado* mientras espero a que Isa se despierte. Tenía el pelo enmarañado alrededor de la cabeza y la cara enrojecida por haber sido presionada contra la almohada mientras dormía durante la noche.

No quiero despertarla demasiado pronto cuando sin duda necesita el descanso, pero mis planes para el día tampoco me permiten dejarla dormir mucho más tiempo.

Tenemos un largo viaje por delante.

Entro en el dormitorio y me siento en el borde de la cama, y le toco ligeramente el hombro.

—Despierta, *Princesa* —murmuro suavemente, ganándome un gemido bajo mientras ella murmura algo en voz baja.

-¿Qué? -pregunto.

-Vete -repite-. Duermo.

Me rio cuando ella levanta un brazo cansado para apartarme, la fuerza no es suficiente para apartar mi mano de su hombro mientras se pone de espaldas y se cubre los ojos con un brazo.

—Isa —digo, riendo por lo bajo—. Tengo planes para el día. Tienes que despertarte.

—Una mierda que tienes —gime, cerrando los ojos mientras procede a ignorarme. Me rio en silencio, disfrutando de esta versión más luchadora de mi mujer que, sabía que se escondía bajo todas las capas de responsabilidad y miedo. Su respiración rítmica llena el aire mientras vuelve a dormirse, desafiando mi orden de despertarse de una forma que solo ella se atrevía.

Espero que siga atreviéndose a hacer esas cosas una vez que supiera la verdad de quién era yo.

Tiro de la manta hacia atrás, revelando su cuerpo desnudo al aire fresco de la habitación, y aun así no se despierta. Con su pierna derecha inclinada hacia un lado, me permite ver todo su cuerpo de la cabeza a los pies. Solo lamento no poder ver su coño y su culo al mismo tiempo.

Arrastrándome hasta los pies de la cama, me introduzco entre sus piernas ligeramente separadas. Mis bóxer rozan sus muslos cuando los abro, haciendo espacio para mis rodillas mientras apoyo mi peso sobre el suyo. Deja escapar un pequeño ronquido, sumida en una sorprendente profundidad de sueño mientras me coloco para despertarla de la mejor manera posible.

Inclinándome hacia delante, presiono con la lengua la suave punta de su pezón y lo baño de calor. Su frente se frunce al sentirlo, pero aun no se despierta cuando llevo el pezón endurecido a mi boca y chupo ligeramente. Al hacer lo mismo con su otro pecho,

observo su rostro mientras sus labios se separan y dejan escapar un pequeño jadeo de placer en su sueño.

¿Con quién soñaba cuando cerraba los ojos?

Si era otra persona, al final lo descubriría. No sobreviviría mucho tiempo.

Al recorrer con mis labios su vientre mientras ella gira sus caderas debajo de mí en su sueño, sigo esperando el momento en que sus ojos se abran. Observando. Esperando el segundo en que viera sus ojos y sabría si había sabido que era yo todo el tiempo.

Le levanto las rodillas mientras bajo para poner mi cara en su pequeño y perfecto coño, inclinándome para lamerlo desde su entrada hasta su clítoris en un suave deslizamiento. El sabor único de ella explota sobre mis sentidos, sacando un gemido de mi garganta mientras miro su cara y abro bien sus pliegues para mi asalto. Ella levanta sus caderas hacia mi cara, buscando más en el país de los sueños que se negaba a abandonar.

Estoy decidido a hacer que se corra antes de tomarla, pero la parte oscura y perversa de mí quiere estar ya dentro de ella cuando vuelva a la realidad. Rodeo su clítoris con mi lengua, deslizando un dedo dentro de su húmedo calor y trabajándolo hasta asegurarme, que está lo suficientemente mojada para lo que vendrá.

Tomo un preservativo del cajón, me quito los bóxer torpemente y lo deslizo por mi polla con una mueca. Aunque lo único que deseaba era que no hubiera nada entre nosotros, no lo haría sabiendo que Isa querrá tomar otra píldora del día después para hacer frente a las posibles secuelas. No puedo hacer que me ame si se sentía constantemente enferma a causa de mis acciones, pero en cuanto nos fuéramos para *El Infierno*, las píldoras del día después serían imposibles.

Me apreta los dedos, enterrando una mano en mi pelo y atrayéndome más hacia su coño. Riendo contra su clítoris, retiro el dedo y deslizo mis caderas entre sus piernas. Observando su rostro mientras me deslizo dentro de ella, separa los labios con un suspiro desgarrado y abre los ojos para mirarme fijamente. Su mirada es acalorada, su concentración era consciente a pesar que acaba de despertarse.

—Rafe —susurra, acercándome. No hubo decepción en su agarre cuando sus uñas se clavan en mis hombros y me muevo dentro de ella. Empujo con más fuerza mientras ella me envuelve con sus piernas lo mejor que puede. Se aferra a mí mientras la tomo, lo que me facilita la tarea al girar sobre mi espalda y mantenernos conectados mientras nos volteamos. Me mira sorprendida y sus labios forman un tímido mohín ante el cambio de posición mientras la guío para que se siente.

—Quiero verte —murmuro, agarrando sus caderas con ambas manos mientras la guío para que se mueva sobre mí. Las hizo rodar lentamente hacia atrás mientras observo cómo sus pechos rebotan y se balancean con el movimiento constante. Me lleva de nuevo a su interior, gimiendo cuando presiono su punto G con el ángulo extremo.

Tomando sus manos entre las mías, las guío hasta tocar sus pechos. Ella los mira y se muerde el labio tímidamente, ahuecándolos en sus manos mientras la veo montar mi polla y jugar con sus tetas para mí.

Isa haría cualquier cosa que le pidiera. Aceptaría todo lo que le diera.

Porque era mía.

Alcanzando su clítoris, la acaricio mientras me monta. Dejo que ella haga el trabajo mientras busca su orgasmo y me utiliza para

conseguirlo. Su cara se transforma en placer, sus ojos se cierran lentamente mientras se mueve en espiral.

—Ojos en mí —gruño como advertencia. Los abre de golpe, sosteniendo mi mirada mientras se sonroja. Recompenso su atención con un pellizco en su clítoris, haciéndola saltar por los aires mientras intenta desesperadamente mantener mi mirada.

Se desploma sobre mí en una masa, levantando las caderas y haciendo lo posible por seguir cabalgando sobre mí durante el clímax que domina su ser. Me rio entre su cabello, la aparto de mí y la pongo boca abajo en la cama. Apartando las almohadas de su cara, apoyo mi cuerpo sobre el respaldo del suyo y deslizo mi polla entre sus piernas hasta hundirme profundamente en su interior una vez más.

Cubro su peso con el mío ligeramente, levantando sus brazos por encima de su cabeza y sujetando sus muñecas para mantenerla quieta mientras, ella levanta su apretado culito para ayudarme a penetrar más profundamente.

- —Creo que te gusta mi polla —gruño, golpeando lo suficientemente profundo como para hacerla gritar—. ¿Verdad, *Princesa*?
- —Joder —gime, la respuesta fue una confirmación directa. Si hubiera sido menos gilipollas, podría haber sido suficiente para mí. Pero lo era.
- —Dime cuánto te gusta, cuando te follo —gruño, manteniéndola quieta mientras deslizo una mano por debajo de su vientre para ayudarla a soportar el peso que le clavaba en la cama con cada empujón de mi polla, dentro de ella.
  - —Me encanta —susurra.

—¿Crees que alguna vez encontrarás a alguien más que pueda darte esto? —pregunto, mientras mis celos un tanto irracionales se apoderan de toda la razón.

—No —gime ella—. Nadie más que tú —confirma.

Asiento con la cabeza y toco suavemente su hombro con mis labios antes de hundir mis dientes en su carne. La intensidad de mi mordida se convierte en un hematoma, decidido a marcarla como mía para que todos la vean, mientras ella grita debajo de mí. El borde del dolor hizo que se corriera de nuevo, su coño se apreta contra mí mientras se retuerce en mi agarre.

—Solo yo, *Mi Princesa* —gruño, follándola furiosamente hasta que mi propio clímax me desgarra.

Beso la marca que he dejado con los dientes mientras bajo del subidón de mi orgasmo, esperando en parte que me condene por la brutalidad. Pero no hay más que calor y el resplandor del sexo cuando me bajo de ella y la guío a la ducha para que podamos prepararnos para el día.

—No hay nadie para ti más que yo —le susurro mientras está bajo la ducha. Dirige sus ojos verdes hacia mí, sonriendo ligeramente mientras le pido que comprenda una simple verdad. No me refería solo a hoy o a mañana.

Quería decir para siempre.



Isa camina a mi lado mientras bajamos al puerto deportivo. Sus pasos son cautelosos al pisar la madera. Esperaba que, al final del día, su miedo paralizante al agua fuera una cosa del pasado.

Si confiaba en mí.

Me subo a la misma lancha de la noche anterior y le tiendo una mano para ayudarla a subir con cuidado. Ella se tambalea en su asiento, exhalando un fuerte suspiro cuando su trasero toca la superficie y se siente sin duda más estable.

- —¿Adónde vamos? —pregunta, entrecerrando los ojos en los míos.
- —Decírtelo arruinaría la sorpresa —digo, apartándome del muelle y tomando asiento. Acciono la embarcación mientras ella se aferra a lo que puede alcanzar, alejándome lentamente del muelle para dirigirme hacia tierra firme.
- —No me gustan mucho las sorpresas —dice. Le sonrío brevemente y vuelvo a centrar mi atención en la navegación, y de los pocos barcos que se acercan a la orilla mientras dejamos atrás Ibiza.
- —Será mejor que te acostumbres a ellas —le digo, dándole una palmadita al asiento de al lado. Ella suspira, moviéndose para cambiar de asiento como si no confiara en su equilibrio. Con ella a mi lado, apoyo la mano libre en su muslo desnudo mientras su vestido de flores sube por sus piernas. Se queda callada, la insinuación de un futuro la congela como siempre.

Si no encuentro la manera que se abra, de obligarla a verme como un elemento permanente en su vida, perdería la conexión que habíamos empezado a forjar. Necesito encontrar la clave de la responsabilidad de Isa con su familia si quiero tener una oportunidad de conseguir que se aleje de ellos.

- —Háblame de tu hermana —digo. Isa respira profundamente y se ríe al final mientras habla más alto de lo normal para que la oiga por encima del viento, que corre a nuestro lado mientras aumento la velocidad.
- —Odina siempre ha sido problemática —dice—. Rebelde. Despreocupada. Todo lo contrario a mí. No podría decirte mucho más sobre ella para ser honesta. No me ha hablado más que para gritarme desde que tengo uso de razón.
- —¿Por qué? —pregunto. En todo lo que había observado, nunca había entendido el odio de Odina hacia Isa. Hugo y Joaquín nunca habían podido averiguar la verdad de ninguna de las dos hermanas, pero no me cabe duda que hay algo mucho más siniestro trabajando en el odio entre ellas.
- —Ella me culpa de algo que pasó cuando éramos pequeñas. Nuestra madre... —hace una pausa, mirándome de reojo y frunciendo los labios. Piensa detenidamente en sus siguientes palabras, debatiendo la decisión de hablarme de ello. Finalmente se muerde el labio y lo suelta para apartar la mirada de mí—. Nuestra madre se puso de mi lado.
- —Debió de ser una discusión muy fuerte para provocar una ruptura durante todos estos años —observo. No la miro, sintiendo su necesidad de no tener mis ojos sobre ella durante el resto de nuestra conversación.
- —Podría decirse que sí. —Apoyando su cabeza en mi hombro, finalmente dirige sus ojos verdes hacia mí—. Mi abuela dice que hay algo roto en ella. Aunque no estoy tan segura que sea ella la rota.
- —Bueno, no conozco a tu hermana —digo. La mentira se me escapa de la lengua con facilidad, y me aferro al hecho que no conozco realmente a Odina a pesar de haberla visto una vez—. Pero estás lejos de estar rota, *Princesa*. —Mentir parece una ofensa tan

trivial para un hombre como yo, pero quiero poder decir que siempre había sido sincero con Isa.

Puede que a veces omitiera la verdad por su seguridad, pero nunca le mentiría porque sí.

—Apenas me conoces.

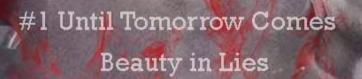
Mis dedos se clavan en la carne de su muslo, agarrándola más fuerte de lo que quería con la reacción visceral que me provocan esas palabras. Quiero decirle que sé todo lo que puedo. Que probablemente la conozco mejor que nadie en el mundo, excepto ella misma.

—Creo que te conozco mejor de lo que crees —murmuro burlonamente. Se burla y se echa hacia atrás para dejar que el sol le dé en la cara. Le había echado crema solar antes de salir del hotel, pero tomo nota que se la volveré a aplicar en cuanto atraquemos.

—Es bueno pensar eso.

Mirando lo impresionante que se ve con la luz del sol besando su cara, me pregunto cómo se vería descansando en mi yate cuando finalmente la llevara a casa. Aunque mis instintos me piden que la lleve a *El Infierno* en este momento, los rechazo en favor de seguir con el plan.

Isa me amaría. Si no lo hacia ya, encontraría la manera.



18

**ISA** 



España pasa por las ventanas mientras nos dirigimos en el coche que había estado esperando a Rafael, en el puerto deportivo después de atracar su lancha. Me hizo una pregunta muy sencilla. Algo que me hace darme cuenta de lo poco que sé de su vida.

¿El McLaren era suyo? Si lo era y vivía en otra isla, ¿cómo lo había llevado a Ibiza?

Aparto la cabeza de la ventanilla, estudiando las líneas de su perfil mientras cambia de marcha y conduce por la carretera. La comisura de su boca se inclina en una sonrisa arrogante. La misma que me había acostumbrado a ver cuando se daba cuenta que le observaba. Era una mirada que indica que sabía lo guapo que era. Que sabía que era irresistible para la población femenina. De vez en cuando la sonrisa adquiere un momento oscuro cuando vuelve sus ojos a los míos, un cazador que observa a su presa y sabe que la tiene atrapada exactamente donde quiere.

Espero que esa parte fuera única para mí, al menos. Sabía que la sonrisa arrogante era probablemente compartida con las mujeres

de su pasado. Pero el calor de sus ojos era único, como si me deseara de verdad de la misma manera que lo deseaba a él.

Irreversiblemente.

Incontrolablemente.

Desesperadamente.

Sonrío, sacudiendo la cabeza a pesar de las turbulentas emociones que me recorren. Me hace sentir que voy a arder dentro de mi propio cuerpo. Como si sacara una parte de mí que nunca había pensado que vería la luz del día. Quiero odiarlo, pero no lo hacía.

Me hace sentir más como yo misma de lo que nunca recordaba haber sido, y eso me asusta mucho.

—Háblame de tu familia —digo, girando mi cuerpo en el asiento tanto como puedo con el cinturón de seguridad abrochado, para poder tener una mejor visión de él.

—No hay mucho que contar —gruñe—. Mi madre murió cuando yo era joven. Mi padre falleció hace unos años —dice—. Ninguno de los dos tenía una familia especialmente cercana, a excepción del hermano de mi padre. Vive más al norte con sus hijos. Él y mi padre nunca se llevaron bien, hasta el punto que se mudaron a rincones opuestos de España para evitarse mutuamente. Pasé algo de tiempo con ellos cuando era niño, pero ahora estamos demasiado ocupados para pasar tiempo juntos.

Se aparta de la carretera principal y se dirige a una calle más pequeña mientras reduce la velocidad. Señala con la cabeza a un hombre con el que nos cruzamos y que se pone en medio de la carretera después que nos fuéramos.

—¿Vive alguien contigo en la isla?

- —Mucha gente vive en la isla conmigo. He creado mi propia familia. A veces los lazos que formamos por nosotros mismos son más fuertes que los que nos dan al nacer. Vivo solo en mi casa, pero somos una comunidad muy unida.
- —Me alegro que tengas eso. No puedo imaginar que toda mi familia se fuera —suspiro, arrugando la nariz al darme cuenta que probablemente había sido algo insensible—. Lo siento mucho.
- —No te estreses, *Princesa* —Se ríe—. No soy de los que se ofenden por esas cosas. —Respiro aliviada, mirando al techo—. Has hablado un poco de tu hermana. ¿Qué hay del resto de tu familia?
- —Mi madre y mi padre trabajan mucho para poder mantenernos a todos. No tienen los trabajos mejor pagados, pero son dedicados y siempre se aseguraron que tuviéramos comida en la mesa. Son estrictos. Creo que sobre todo por la tendencia de Odina a rebelarse contra todas las reglas que se han creado. Luego está mi abuela. Es aterradora. —Me rio—. Es mi persona favorita en el mundo. Me aterra pensar en su edad y en el hecho que no vivirá para siempre, ¿sabes?

Las lágrimas me pican los ojos cuando Rafe mete el coche en una plaza de aparcamiento en la parte delantera del terreno vacío. Miro al otro lado de la carretera, tragando saliva cuando mi mirada se posa en una piscina natural, con una cascada cerca de la parte trasera mientras el agua se curva en la esquina de una pared de roca. Está vacía. No había ni una sola persona a la vista a pesar del gran aparcamiento, la única excepción era un hombre que monta guardia al otro lado de la calle de espaldas, al estanque.

—Nadie puede vivir eternamente, *Mi Princesa*. Pero debe tener alegría en su vida. Al tenerte como nieta —dice, acercándose para desabrochar mi cinturón de seguridad cuando no me muevo. Se ríe y abre la puerta, cerrándola tras de sí mientras camina por la parte

delantera del coche. Sus labios se mueven mientras dice algo al hombre del otro lado de la calle, pero la sangre que ruge en mi cabeza me impide escuchar una palabra.

Cuando abre la puerta, no me muevo. Me quedo congelada en el asiento mientras miro la mano que me tiende para guiarme fuera del coche.

- —No puedes hablar en serio —siseo, girando la cabeza para mirarle fijamente.
- —Vamos, *Princesa*. —Se acerca, tomando mi mano en su agarre y tirando de mí fuera del coche con tanta firmeza que tropiezo.
- —¡No! —le gruño, tirando de mi mano para sacarla de su agarre—. No me voy a meter en el agua, Rafael —advierto. Le miro fijamente, furiosa por haberme llevado hasta aquí por algo que debía saber que no toleraría—. No puedo creer que me hayas traído aquí.

Sacudiendo la cabeza, agarro el asa del coche, decidida a esperar aquí dentro hasta que se divirtiera o renunciara a su estúpida idea. Una vida de miedo no se superará solo porque tuviera ganas de ir a nadar.

Una piscina era una cosa. Tenían bordes y gente para ayudar si algo sale mal.

No tienen una profundidad cuestionable, sino una profundidad definida para la seguridad. Nunca más volvería a pisar una masa de agua natural.

Rafe suspira, cerrando la pequeña distancia que nos separa más rápido de lo que debería haber sido posible y tomando mi muñeca en su agarre. Su pulgar acaricia la articulación con suavidad a pesar de la brusquedad con la que me había agarrado.

-Estaré contigo todo el tiempo.

—¡Eso no significa que pueda saltar a un puto lago contigo! ¿Me estás tomando el pelo ahora mismo? —Me aparto, sintiendo que el día ha servido como un conveniente recordatorio de todo lo que necesito recordar.

Él no me conocía, y yo no le conocía a él.

—Llévame de vuelta a Ibiza, por favor.

Enarca una ceja, y su intensa mirada se vuelve inquietante mientras me mira fijamente.

—No —dice, torciendo el labio con las palabras. Se me acelera el pulso al sentir ese pequeño indicio de algo que acecha bajo la superficie. Con una mirada al hombre que está junto a la pasarela para subir y alrededor de las cataratas, vuelvo a mirar a Rafe con las fosas nasales encendidas y los labios fruncidos.

Resoplo con incredulidad mientras sacudo la cabeza y lucho contra la oleada de emociones que me invaden. Había sido tan jodidamente estúpida al pensar que él entiende que mi miedo provenía de un lugar de trauma. De algo que no es tan fácil de superar. Inclinándome hacia su espacio, le planteo el reto que sabía que probablemente no es mi movimiento más inteligente.

Pero algo en la cruel mirada de sus ojos me hace querer desafiarlo. Algo en la excitada separación de sus labios me dice que él también quiere eso.

—Al diablo con esto —gruño, girando sobre mis talones y arrancando mi muñeca de su agarre. Me subo el bolso al hombro y bajo por el camino por el que habíamos entrado y me dirijo a la calle principal. Una vez que esté lo suficientemente lejos y encontrara un lugar seguro, llamaré a Hugo para que venga a buscarme.

Pero que me condenen si me meto en el agua con él.

—No quieres alejarte de mí, *Mi Princesa* —murmura Rafe a mi espalda. Las palabras suben por mi espina dorsal, lo suficientemente insidiosas y amenazantes como para detenerme en mi camino y volver a mirarlo.

Me trago los nervios, reprimiendo el miedo incipiente que trae con sus palabras cuidadosamente elaboradas. Rafe podía ser aterrador cuando quería.

Solo que no estoy segura de si la cara aterradora es la máscara, o si es lo que realmente aguardaba debajo de la encantadora conducta que me daba en todos los demás momentos.

—¿Y eso por qué? —pregunto, apretando los labios y dándome la vuelta para ocultar el ligero temblor que hay en ellos. Era el tipo de hombre del que mi abuela me advertía con sus historias. La tentación y el atractivo de los espíritus malignos. Ya que residían en personas que se parecen a nosotros.

Pero el mal no puede parecer una belleza tallada en piedra, ¿verdad? Aunque eso explica por qué me quema cuando me toca.

Se acerca más, hasta que siento el calor de su cuerpo a mi espalda. Su mano me rodea para agarrar mi cara e inclinarla, de modo que le miro fijamente al ojo con uno de los míos.

—Porque te perseguiré —murmura, inclinándose para tocar con sus labios mi mejilla en un lento roce de calor contra mi piel. Su boca se desliza hasta que su nariz toca mi pelo, respirando profundamente. Tararea justo por encima de mi oreja—. Creo que la verdadera pregunta es qué haré cuando te atrape.

Trago la saliva que tenía en la boca, cerrando los ojos mientras intento pensar en una respuesta adecuada a palabras como esas.

¿Qué decía una cuando el hombre del que se estaba enamorando perdidamente daba muestras de ser un monstruo?

—Eso no tiene gracia, Rafe —susurro, tropezando con mis propios pies mientras él gira mi cuerpo para mirarlo. Su mano agarra mi pelo con dureza, inclinando mi cabeza hacia atrás hasta que me encuentro con su mirada inflexible.

—¿Me estoy riendo, *Princesa*? —Sacudo ligeramente la cabeza, haciendo una mueca de dolor cuando su agarre no cede—. Te prometo que doy mucho más miedo que lo que sea que crees que acecha en la puta agua.

Me suelta tan repentinamente como me había agarrado, alejándose unos pasos antes de detenerse y volver a mirar hacia donde estoy clavada en mi sitio y mirándole con horror. Miro hacia la carretera, observando cómo el hombre que hacía guardia hincha el pecho y se pone un poco más alto.

Siento que he caído en una trampa, y aún no entiendo ni siquiera lo básico de lo que significaría para mí.

Una jaula sin paredes. Una fuerza que me oprime el pecho.

—No lo hagas —me advierte Rafael, atrayendo de nuevo mi atención hacia él. Me tiende una mano, esperando que la tome. Era una prueba, me di cuenta, ya que me obliga a tomar una decisión en este momento—. Me gusta que me digas que no —murmura, haciendo que mi respiración se entrecortara en mis pulmones, mientras inclina la cabeza hacia un lado y me estudia—. Creo que también me gustará que luches contra mí, y a ti también —gruñe.

Trago saliva, deseando poder negar la parte perversa de mí que ansia todo lo que él dice. Quería que me persiguiera.

Quería que me atrapara y que me mostrara todo lo que soñaba en mis deseos más prohibidos. Pero no puede suceder. No puedo dar voz a esa parte de mí, no si quería tener la oportunidad de reprimirla cuando volviera a casa. Así que me adelanto, observando cómo sus ojos se ablandan de decepción cuando pongo mi mano en la suya.

Mi miedo al agua no es nada comparado con el miedo a mi propio cuerpo. Si tuviera que elegir enfrentarme a uno de ellos, sería al agua cualquier día.

—No dejes que nadie te haga sentir vergüenza de las cosas que quieres, *Mi Princesa* —murmura Rafe mientras me guía hacia la pasarela para rodear la parte trasera de las cataratas. El sonido del agua corriendo desde las cataratas casi me hace hiperventilar mucho más fuerte, que el recuerdo de los sonidos del río que tenía en mi cabeza.

—Nadie me hace sentir vergüenza de nada —digo en respuesta, observando cómo las escaleras se extienden frente a mí detrás de la pared de roca, mientras nos dirigimos a la cima. Las piscinas se curvan por la parte de atrás y a través de un estrecho pasaje en las rocas, antes de abrirse en una piscina más grande con dos cascadas más pequeñas que se vertían en ella. El sonido era menos ensordecedor, menos intenso, mientras Rafe me guía por los escalones para situarme en el sendero junto a la piscina.

Unas rocas grandes y planas se curvan en el agua mientras Rafe me guía hacia ellas. Deja caer las toallas sobre una de ellas y se quita la camiseta por encima de la cabeza mientras me quedo congelada mirando el agua. No puedo soportar acercarme más, pero necesito saber hasta dónde podía llegar la profundidad.

Las flores y los árboles que rodean la cascada eran impresionantes mientras me deslizo sobre la toalla, doblando las

rodillas hacia el pecho y abrazándolas mientras intento respirar. Rafe se deja caer en la roca junto a mí, tomando crema solar de una cesta cercana.

Todo con Rafe era planeado y meticuloso. Me pregunto cómo alguien como yo encaja en esos comportamientos particulares cuando normalmente hacía las cosas a mi manera.

Al quitarme el vestido por encima de la cabeza, se echa crema solar en las manos y me la aplica en los hombros en un masaje suave y relajante, que estaba tan en desacuerdo con el hombre dominante que me había mostrado solo unos momentos antes que dejo escapar una risita. Sus manos hacen maravillas en mi piel, incluso cuando intento negar lo que me hace sentir.

Su tacto era un pecado, peligroso para todo lo que creía conocer de mí misma.

Rafe se quita los zapatos y se pone de pie, bajando al agua mientras se queda en el borde, y espera que lo siga. Sacudo la cabeza, frunciendo el ceño mientras lo observo.

-No quiero -digo.

—Precisamente por eso tienes que hacerlo. No puedes seguir teniendo miedo al agua para siempre. Tienes que enfrentarte a ese miedo —dice. Levanta una mano, esperando que la tome.

Trago saliva, me quito las sandalias de los pies y me pongo de rodillas para poder mirar el agua. Vuelvo a sentarme sobre mi trasero, acercándome al borde con cautela mientras Rafael espera con una mano extendida. Entonces hace una pregunta que debería haber sido risible teniendo en cuenta el truco que había hecho y sus vagas amenazas.

—¿Confías en mí?



#### 19 RAFAEL



Ella no debería confiar en mí. No cuando se trata de su corazón y su libertad, pero en esto nunca la dejaría caer.

Aun así, no puedo culpar a la vacilación de colocar su mano en la mía mientras la indecisión se bate en su rostro.

—No dejaré que nada te haga daño —murmuro suavemente, levantando una ceja y esperando a que cumpla la orden que ambos sabíamos que había dado. Se metería en el agua conmigo, aunque tuviera que obligarla.

Su miedo al agua podría haberme beneficiado al mantenerla aislada en la isla, pero no me arriesgare a que se ahogue en un intento de huida si se diera el caso. La desesperación hace que la gente haga cosas que nunca habría considerado normalmente. Si le quito a Isa su libre albedrío, puede que se meta en el océano solo para fastidiarme.

Al igual que vagar sola por el sur de España para alejarse de mí porque está enfadada, por haberla traído aquí.

—Quieres hacerme daño —susurra, sus ojos se oscurecen con un momento de comprensión—. ¿Es eso lo que es? ¿Una forma de hacerme daño sin tener que esforzarte en perseguirme?

Suspiro, acercándome y agarrándola por las caderas. Tirando de ella hacia el agua conmigo lentamente, disfrutando de la sensación de su cuerpo envuelto alrededor del mío, mientras ella se aferra instintivamente a mí para protegerla. Puede fingir que no entiende los matices del dolor que quería causar, pero su cuerpo no me dice mentiras.

Entendía la diferencia.

—Quiero hacerte daño de forma que disfrutes. No con miedos que te atenazan y te atormentan más de una década después de tu accidente —digo, manteniendo una mano en el borde de las rocas para poder soportar el peso de ambos por el momento—. Además, eres mía para hacer daño. ¿No es así, *Mi Princesa*? —Por mucho que quiera que se aferrara a mí, me costara sostener el peso de ambos mientras nado. Mis pies no tocan el fondo de la misma manera que en la piscina.

Sabía que traer a Isa aquí sería un reto mayor que si la hubiera empujado en la piscina del hotel. Pero sé que ella no querría revelar su miedo delante de los demás, y el hecho de despejar la piscina de un concurrido hotel de lujo no cambiaría la realidad que tendríamos testigos. El océano no era un lugar para aprender a nadar, con su horizonte interminable como amenaza. Incluso las aguas más tranquilas de Ibiza serían más intimidantes.

Estas piscinas eran profundas, pero aún tenían límites.

Quitando una de sus manos de mi hombro, me sobrepongo al impulso de olvidar el propósito del día cuando ella gime. Sus dedos se mueven por la roca, buscando algo a lo que agarrarse, mientras la giro en mis brazos para que éste de frente. Apreto su espalda,

colocando mis manos junto a las suyas en la roca y sintiendo cómo su cuerpo tiembla mientras jadea para respirar:

- -No puedo -susurra, sacudiendo la cabeza.
- —¿Por qué, Isa? —Algo acecha esos temores, algo mucho más profundo de lo que imagino que debía ser normal por un accidente de ahogamiento en su infancia. Bajo una mano por su pierna, mis dedos se deslizan sobre la piel levantada de la cicatriz de su muslo. Se agita en mis brazos y se mueve como si quisiera salir del agua. Pero mi cuerpo a su espalda le impide hacer la palanca que necesita para salir.

Soy bastardo. Soy cruel. Yo soy todo lo que ella debería haber evitado.

No puedo alejarme de lo que había empezado, incluso cuando sentía que se deshacía en mis brazos. Su miedo es como un veneno tangible, enturbiando las aguas claras con oscuridad mientras se pierde en cualquier trauma que la atenaza desde sus recuerdos.

—¿Qué pasó en ese río? —pregunto, clavando ligeramente mis dedos en la carne de su muslo para utilizar ese rápido destello de dolor y traerla de vuelta al presente.

Se estremece entre mis brazos y sacude la cabeza rápidamente.

- -Me ahogué.
- —Entonces, ¿de dónde sacaste esta cicatriz? —No había nada más en su historial que indicara que había tenido otros accidentes. Ni una visita al hospital. Ni una lesión extraña en un informe médico.

Nada.

Hace una pausa, su voz es apenas un susurro cuando finalmente dice parte de la verdad que la desgarra por dentro:

- -Mi madre dijo que fue un alambre de púas.
- —¿Te quedaste atrapada en un alambre de púas en el río? pregunto, tratando de mantener mi voz ligera a pesar de la agonía que me desgarra por dentro. Tener cinco años y quedar atrapada en las corrientes debió de ser lo suficientemente aterrador, mientras sus pulmones se llenaban de agua y le prendían fuego por dentro, pero ¿sobrevivir a todo eso estando atrapada en algo que literalmente le desgarraba la piel?

Exhalo, preguntándome por qué no había constancia de la lesión en el informe de urgencias. No puedo preguntárselo a ella, ya que no debí haber visto esa maldita cosa. Hago una nota mental para que Matteo localice a los responsables, y así poder averiguar toda la verdad de lo que Isa no dice.

Su elección de palabras fue única. Como si ella misma no creyera a su madre.

—No crees que haya sido eso —observo, bajando la mirada para ver cómo mantiene las piernas quietas. Incluso para alguien que no sabe nadar, el instinto natural en el agua era moverse. Sentir la fluidez de movimientos que no podíamos lograr en tierra.

Isa no se mueve. Está rígida como un tronco desde el torso hacia abajo, la única parte de ella que se atreve a moverse era la que estaba fuera del agua.

—Era alambre de púas —Se corrige Isa, cerrando los ojos—. No podía ser otra cosa.

Sabía mejor que la mayoría lo que era ser perseguido por los espíritus, por los trucos de las sombras y la luz y lo que podían

provocar en nuestros recuerdos. Las sombras habían danzado sobre las llamas mientras mi madre ardía, pareciendo demonios que venían a sembrar el infierno en la tierra, para un niño que veía a su madre morir de forma cruel. Se la habían tragado entera hasta que no había quedado nada de la única mujer que me había importado.

Hasta Isa.

- —¿Qué viste en el agua, *Princesa*? —pregunto, esperando a que el resto de su cuerpo se hiciera sólido en mis brazos.
- —Vi fantasmas —susurra—. Sombras en el agua que se movían como pesadillas. Venían por mí. Agarrándome la pierna y tratando de hundirme. Sé que no eran reales. No podían serlo, pero...
- —Nadie puede decirte lo que viste en el agua. Sea real o no, lo viste. Lo sentiste en ese momento. Has vivido con ello durante todos estos años. ¿Se lo has contado a alguien? —pregunto, acercándome a ella para intentar usar mi cuerpo para reconfortarla. Sin hacerme ilusiones de conocer toda la verdad sobre el accidente, sé con pesar que presionarla para que hablara de las sombras era el límite del día. No me enteraría de la verdad del odio de Odina todavía, no con la forma en que se estremece en mis brazos, al pensar en esos fantasmas.

Las pesadillas cobran vida y, sin embargo, la consuela una encarnación viva de todo lo que temía en el agua. Sospecho que mi Isa también tenía una pesadilla en su interior, esperando a salir cuando desbloqueara la parte de ella que controla tan cuidadosamente.

Contenerla será como sostener un demonio en mis brazos, y espero con ansias la lucha.

—Mi abuela dice que el agua es sagrada. Que el velo entre la vida y la muerte es más delgado en ella. Me estaba ahogando, ya estaba medio muerta. Ella dice que lo que vi fue real, que soy una de las pocas personas que lo experimentan antes de morir. Intentaron llevarme, pero no pudieron, así que se llevaron a Odina en su lugar —susurra, con una lágrima cayendo por su rostro mientras llora por la hermana que había perdido aquel día.

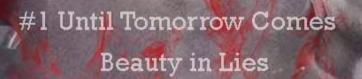
Sea cual sea la causa, Isa lleva la culpa en su alma. Quizá por eso había sufrido años de abusos a manos de su hermana antes de ponerle fin.

- —Parece que tu abuela piensa que es algo bueno —murmuré, alejando mi cuerpo del suyo para que ella tuviera que estar sola durante unos momentos.
- —Ella cree que demuestra lo fuerte que soy. Que no pudieron reclamarme como suya —se burló—. Pero lo habrían hecho si mi madre no me hubiera sacado del agua. Todo se había oscurecido. No había más que oscuridad y el sonido de las llamas rugiendo en mi cabeza.
- —¿Las llamas? —pregunté, quedándome quieto a su lado de repente mientras el recuerdo de los labios de mi madre moviéndose mientras se quemaba en la pira resonaba en mi cerebro.
- —Dijeron que era solo el sonido de la corriente —suspiró—. Que la mujer que gritaba era mi madre en la orilla antes de lanzarse al agua.

Las llamas revolotearon en el borde de mi visión mientras decía las palabras a las que realmente no quería una respuesta. No había prestado atención a la fecha de los informes, no me había molestado en preocuparme por los detalles más allá de cómo influiría en mi comprensión de Isa.

- -¿Cuándo fue el accidente?
- —Tenía cinco años —respondió ella.
- —El día, Isa —dije, con la voz más aguda de lo que pretendía.
- —El catorce de junio —dijo ella, su rostro se volvió más serio mientras me estudiaba con curiosidad. Mi cabeza dio vuelta con la conexión, mi mente trabajando para convencerme que las coincidencias ocurrían a veces. Con cualquier otra cosa, podría haber funcionado.

Si no hubiera sido el decimocuarto aniversario de la muerte de mi madre.



20

**ISA** 



Su súbita quietud se siente como el presagio de un desastre, pero se lo quita de encima y me dirige una sonrisa como si el momento nunca hubiera ocurrido.

- —Mi madre murió en un incendio el 14 de junio —dice, exhalando un suspiro desgarrador mientras apoya un codo en la pared de roca y me pasa un pulgar por la mejilla para secarme las lágrimas.
- —¿Cómo es posible? —pregunto, con los ojos muy abiertos cuando las implicaciones de sus palabras me golpean en el pecho. Tres acontecimientos en un mismo día, en tres años distintos.
- —Nuestra conexión se remonta más allá de lo que puedes imaginar, *Princesa* —murmura suavemente, rozando brevemente sus labios en mi mejilla antes de apartarse de la pared de roca y flotar sobre su espalda. Miro el agua debajo de él, deseando de repente dar ese salto de fe.

Pero las sombras que ondulan en las aguas transparentes no me convencen de empujarme. Mis manos se aferran a las rocas,

necesitando la estabilidad y la seguridad de saber que podría salir del agua si algo sale mal.

Si algo me agarra y trata de hundirme.

Las aguas cristalinas muestran directamente la arena en el fondo, a pesar de la llamativa profundidad del agua. A pesar de las sombras que ondean, no había nada en el agua que pudiera agarrarme. No había alambre de púas en el que enredarme, ni nada que me desgarrara la piel y la carne mientras luchaba por liberarme.

Rafael se da cuenta de mi profunda respiración mientras giro para ponerme de espaldas a la cornisa, con los dedos todavía aferrados a ella desesperadamente mientras mis pulmones se agitan con el esfuerzo de reprimir mi pánico.

—Desafío a los espíritus a que intenten apartarte de mí —dice con una oscura sonrisa—. No hay nada que pueda alejarme de ti, Isa —dice, dejándose caer de espaldas y moviendo los brazos en el agua mientras sus piernas patalean para mantenerlo a flote.

Miro el agua, el fondo sólido y la ausencia de un pozo que me llevara directamente al inframundo.

Y me dejo llevar.

El agua se precipita hacia mi cara al mismo tiempo en el que me dejo caer en ella, pateando con las piernas desesperadamente para mantener la cabeza por encima del agua. Una profunda respiración entrecortada escapa de mis pulmones mientras espero el momento en que algo me agarrara. Ese segundo en el que mi movimiento atraería a los fantasmas del agua.

En lugar de eso, Rafe se mueve en mi espacio, tomando mis brazos y deslizándolos bajo la superficie del agua para balancearse

lentamente de adelante hacia atrás y de lado a lado. No había nada más que él mientras el movimiento constante de sus piernas y brazos se hunde en mí y absorbe su ritmo en mi ser igual que cuando habíamos bailado. Mis piernas dejan de patear frenéticamente, imitando las lentas pero amplias patadas suyas hasta que me siento como si fuera un espejo de sus movimientos.

Sus manos se deslizan por mis brazos hasta que sus dedos se entrelazan con los míos.

Forjados en el fuego. Forjados en el agua.

Dos lados opuestos de la misma moneda, él junta nuestras manos y me enseña a flotar en la superficie del agua mientras sostiene mis ojos.

—Yo soy el único fantasma del que debes preocuparte ahora, *Princesa* —dice, y las palabras soltaron un hilo de memoria.

Del fantasma que me metió en la cama y de las sombras que lo rodeaban.

De la comodidad que había sentido, a pesar de las similitudes entre él y los seres que rondaban mis pesadillas. Como si siempre hubiera pertenecido a la oscuridad, y mi miedo fuera lo único que se interponía en mi camino hacia ese destino.

—Si puedes flotar, puedes nadar —dice, guiándome hacia mi estómago. Desliza sus manos por debajo de mí, apoyándome en los movimientos mientras mi pánico aumenta y yo siseo una respiración. La posición debería haber sido mejor, no había tenido la capacidad de flotar sobre mi estómago cuando había quedado atrapada en el alambre de púas.

Pero algo sobre tener mi estómago vulnerable a las criaturas en el agua, de alguna manera parece peor. Solo las manos de Rafe

sobre mí impiden que me sumerja mientras el sentido común regresa y mueve mis piernas. Muevo los brazos por el agua como había visto a los nadadores en los vídeos. Mi cuerpo se desplaza hacia delante, deslizándose por el agua mientras las manos de Rafael se alejan y casi entro en pánico. Nada a mi lado, animándome hasta que suelto una pequeña carcajada de incredulidad.

Sigo vigilando el agua en busca de sombras. Nunca me alejo del lado de Rafe. Pero nado por mi cuenta, reconfortada porque el fantasma a mi lado me protegerá.

Porque yo era suya para hacer daño, y nada más me tocaría.



Rafe está de pie en el balcón, inclinado sobre el borde de cristal de una manera que me hace preguntarme cómo no teme la caída en caso que se derrumbara. Pero él no tiene miedo de nada, dominando el mundo a su alrededor como si fuera su dueño. Tiene el móvil pegado a la oreja mientras se ocupa de algo relacionado con su misterioso negocio.

No puedo verle la cara, pero las líneas de su cuerpo se aprietan incluso de espalda mientras lo estudio. Me aparto de la vista, tomando mi móvil de la mesita de café que tengo delante y marco el número de Chloe. Después de haber hablado con mi abuela a primera hora del día, ya estaba harta de las mentiras evasivas que le decía a mi familia. No sabía cómo sacar el tema de Rafe en la conversación.

Con una abuela que temía que no volviera a casa si se entera de lo mucho que lo quería, o los padres que se horrorizarían al pensar que su niña vivía una vida de pecado, nada bueno podía salir de hablarles del hombre que me consume, hasta que no tenga claro lo que pasa entre nosotros.

- —¡Oye! —dice Chloe con una carcajada. El fuerte murmullo de voces se escucha de fondo, y sonrío al imaginármela a ella y a Hugo viviendo en Ibiza. Me alegra saber que al menos mi incapacidad para salir de fiesta a su nivel no les impidiera hacer exactamente lo que querían.
- —Hola —digo, hablando más alto de lo que quería. Rafe no se inmuta al otro lado del cristal cerrado, y me tranquiliza saber que no puede oír nuestra conversación—. Esta es mi llamada diaria para que sepas que estoy viva y no en una zanja en algún lugar bromeo.

Se ríe al otro lado, pero el sonido fue más apagado de lo que hubiera esperado.

- —Pareces apagada. ¿Sigues luchando con tus sentimientos?
- —Sí y no —admito—. Ayer me llevó a unas piscinas naturales y cascadas en tierra firme. Creo que estoy un poco agitada.
- —Oh, cariño. Está bien que no hayas podido meterte en el agua con él. Si no lo entendió, entonces es su problema y no el tuyo dice Chloe, las voces de fondo se callaron mientras se separa de lo que estaba haciendo.
- —Me metí en el agua —susurro, con la voz entrecortada al decir las palabras. Las lágrimas me pican los ojos con la confesión, incapaz de creerlas a pesar de haber estado allí—. Me enseñó a nadar.

—Espera, ¿qué? —pregunta Chloe, subiendo su voz una octava—. Después de todos los años que he intentado que te metas en el agua, ¿llega él y apenas en unos días te curas mágicamente de ello? Debe tener una muy buena polla.

Me rio, a pesar de lo incómodo que me hace sentir que Chloe hable de la polla de Rafe. Esa parte de él la siento como mía, no como algo de lo que ninguna otra mujer tuviera que preocuparse.

Incluso mi mejor amiga.

—Bueno, no me dio muchas opciones —digo, necesitando que alguien me asegurara que lo que había hecho no había estado en mi cabeza. Que algo había estado mal de forma innata en sus amenazas y en la presión que había ejercido sobre mí para que eligiera entre una persecución retorcida y meterme en el agua.

Una parte de mí quiere ignorarlo, asumir que había interpretado demasiado en sus palabras y el escenario a causa de mis propios deseos retorcidos, y la forma en que me consumen. Pero la otra parte de mí no puede evitar oír su voz en mi cabeza, diciéndome que le gustaría que luchara contra él.

- -¿Qué quieres decir? -pregunta Chloe.
- —Me sorprendió. No sabía que íbamos a ir allí o nunca habría aceptado. Tú lo sabes, y al parecer él también —suspiro.
- —¿Así que te sentiste obligada porque habías ido hasta allí? Estoy segura que podría haber encontrado otra cosa para que los dos hicieran, Isa —dice Chloe suavemente—. Pero si sirve de algo, me alegra que se haya abierto paso y te haya ayudado con eso.
- —Intenté marcharme —suelto de repente, cerrando los ojos al decir las palabras—. No me dejó. Dijo que me perseguiría, Chloe. No sé si estoy siendo rara, pero me asustó. Meterse en el agua era

la opción menos temible y sabes que no lo digo fácilmente. —Juego con mis dedos mientras el silencio se cierne entre nosotros.

—¿Crees que estás en peligro? —pregunta ella, con su voz cuidadosamente medida mientras elaboro las palabras. Incluso cuando le pedía consejo, no podía imaginar que fuera una línea fácil de caminar, entre el estar preocupada y tener cuidado porque tu mejor amiga tenía sentimientos por un hombre que no debería.

—No. No lo creo. No me dio la impresión de que me fuera a hacer daño —susurro, aunque las palabras no me parecieran del todo ciertas.

Podría haberlo hecho, pero me habría gustado y eso era una admisión aún peor que no estoy dispuesta a hacerle a mi amiga.

—¿Así que solo te impidió irte? —pregunta. Cuando tarareo mi acuerdo, ella continua—. Veré lo que Hugo sabe sobre el nombre. Ha estado bastante callado cada vez que sube, así que no creo que sepa mucho. Pero veré lo que puedo averiguar. Ten cuidado hasta entonces, ¿vale? —pregunta.

—De acuerdo. Hablamos mañana —murmuro, terminando la llamada y dejando el móvil en la mesita mientras me dirijo al baño. Inicio la ducha, decidida a escaldar mi piel hasta que no queden restos de oscuridad cubriéndome.

Probablemente había confundido a Rafe con mis señales confusas. La mejor manera de mantener su oscuridad a raya era controlar la mía.

#### 21 RAFAEL



Isa sale del dormitorio después de su ducha, secándose el pelo con una toalla mientras camina en mi dirección con las piernas al descubierto por los pantalones cortos que lleva puesto. El algodón barato no le sienta bien a su piel, y se posa sobre mí el conocimiento que, pronto se bañara en un lujo tan desconocido para ella que nunca podría volver atrás.

La cicatriz parece más marcada contra su piel ahora que conozco el motivo. Mientras su piel se vuelve más brillante por el aumento de la luz del sol, la piel más pálida y levantada no cambia.

Se queda inmóvil y su atención se centra en mí, estando sentado en una de las sillas de la terraza. El tablero de ajedrez está sobre la mesa entre las sillas y ella entorna los ojos mientras lo mira. Termina de secarse el pelo y vuelve a entrar en el dormitorio, para colgar la toalla en el baño antes de salir por segunda vez con más precaución.

—¿Has jugado alguna vez al ajedrez, *Mi Princesa*? —le pregunto, agitando una mano para indicarle que se siente en la silla frente a

mí. Niega con la cabeza y se sienta en ella con elegancia, cruzando las piernas mientras apoya un codo en la rodilla y mira el tablero.

—Creo que nunca había visto un tablero de ajedrez en persona antes de venir aquí —dice, estudiando las piezas. Toma un peón blanco, haciendo girar el mármol liso en su mano mientras pasa los delicados dedos por encima.

La pieza pertenece a su mano.

—El ajedrez puede enseñarnos mucho sobre la vida —le digo, tomando el peón y volviéndolo a colocar en su sitio en el tablero—. Cada pieza puede moverse de una manera particular —digo. La guío a través de todas las piezas individuales y las formas en que pueden moverse mientras ella escucha embelesada.

Isa suele restar importancia a su inteligencia, escondiéndose detrás de sus libros y su trabajo benéfico en el Centro Comunitario de Menominee. Parece luchar contra la diferencia entre ella y Odina, sin permitirse sobresalir realmente. Hugo dijo que la había visto esconderse en su mente con frecuencia, llegando a veces a olvidarse de una tarea para no tener una nota perfecta. La había visto marcar con un círculo la respuesta correcta en un examen y luego cambiarla cuando había terminado.

Pero dentro de ella se esconde una mente, que sospecho, rivalizara con los hombres más inteligentes de mi organización. Si solo existiera en una vida que la animara a poseerla, en lugar de actuar como si fuera algo vergonzoso.

—Esta es la Reina —digo, tendiéndole la pieza para que la rodee con los dedos. La toma, inclina la cabeza mientras la estudia y pasa el pulgar por la corona de la parte superior—. Es la pieza más poderosa.

- —¿No es el Rey? —pregunta, levantando la cabeza para encontrarse con mis ojos.
- —El juego se acaba cuando el Rey muere. Pero sin una Reina, el juego nunca empieza de verdad —digo en voz baja, observando cómo frunce los labios pensativamente—. Ella puede realizar la mayor cantidad de movimientos en el tablero. La Reina protege a su Rey, cueste lo que cueste.

Extiende una mano y agarra el Rey, pasando el otro pulgar por la cruz como si tuviera la corona de la Reina.

—Este es probablemente el único juego que existe en el que los hombres le dan a un símbolo femenino todo el poder —dice riendo.

Le devuelvo la sonrisa, asintiendo con la cabeza.

—Probablemente tengas razón.

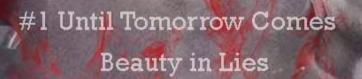
Vuelve a colocar las piezas en el tablero.

- —El Rey controla el tablero, pero la Reina es la que le da ese poder —dice, bajando la voz al aceptar que entendía la regla básica.
  - —Exactamente —digo—. Tú turno.

Ella abre los ojos ante mí, frunciendo los labios y mirando al tablero. Mueve un peón, observando cómo moví el mío. El primer peón que moví tiene una pequeña fisura en la parte superior, una grieta que solo noté cuando mi palma la rozó. Estaba demasiado preocupado por mirarla a ella como para bajar la vista al tablero, por observar sus ojos mientras revolotean alrededor de las piezas y estudian el juego. Lo pensaba todo, observa todas las piezas mientras se muerde el labio en señal de concentración.

Un día, sería una fuerza a tener en cuenta. Tanto dentro como fuera del tablero.





22

**ISA** 



Hago un puchero mientras Rafe me guía por las escaleras hasta la terraza privada que tenemos. Sabía que era astuta, pero nunca había tenido la oportunidad o la necesidad de demostrarlo. Era una tontería pensar que alguna vez podría vencer a Rafe en el ajedrez, dado el poco tiempo que tenía para intentarlo, pero la parte competitiva en mí, que no solía tener la oportunidad de asomar la cabeza, no quería otra cosa que demostrarle que esta equivocado.

Incluso sabiendo que el ajedrez es algo que la gente tarda años en dominar.

Rafael abre las puertas de la terraza, bañándonos en la tenue luz de las estrellas. La música palpita debajo de nosotros mientras la gente disfruta de la música junto a la piscina. Pero ninguno de los edificios que nos rodean era tan alto como nuestro hotel, y eso nos daba la ilusión de privacidad. Aunque la gente bailara debajo de nosotros. Incluso si nadaban en la piscina o retozaban en la playa.

Estamos solos en nuestro pequeño mundo mientras Rafe retira la cubierta del jacuzzi y enciende los chorros. Se baja los pantalones cortos por las piernas sin preámbulos, se mete en el jacuzzi

completamente desnudo y se relaja contra el respaldo del mismo mientras cierra los ojos. Al abrirlos y mirarme de reojo, me indica con un dedo que me una a él.

—¿No te cansas nunca de estar en el agua? —bromeo en referencia a nuestra expedición del día anterior y al modo en que me había traumatizado.

—El agua forma parte de la vida en una isla —dice, observando con ojos oscuros cómo empujo mis pantalones cortos por mis piernas y me paso la camiseta por la cabeza. Hacer el recorrido hacia el jacuzzi con sus ojos en mi cuerpo me habría aterrorizado solo unos días antes, pero no había un rincón de mi cuerpo que no hubiera explorado.

Su recorrido por la Ibiza que amaba incluía un montón de recorridos por su cuerpo, como era de esperar. Ni siquiera me sorprendería que pensara que él era lo más destacado de Ibiza.

Él era el mío.

Levanto una pierna para entrar en la bañera, jadeando cuando las manos de Rafe salen disparadas del agua y me agarra la pantorrilla. Inclinándose hacia delante, me da un beso en la cicatriz del muslo, pasando sus labios por el borde de la rodilla y bajando por la pantorrilla. Sus ojos no se apartan de los míos, el choque verde y azul de su mirada me observa fijamente mientras me suelta y me deja dar el primer paso en el jacuzzi.

Los ojos de Rafe sobre mí se sienten como bailar con el diablo, su toque como la mayor tentación hacia el pecado.

Me meto en el jacuzzi delante de él, suspirando cuando el agua hirviente me rodea, y luego apoyo la espalda en su pecho mientras me envuelve en sus brazos. Su boca toca la parte superior de mi cabeza, arrancando un profundo suspiro mientras la misma

satisfacción que sentía lo baña a él. Nada importa cuando estaba en sus brazos.

No la forma en que me había asustado el día anterior. No importaba el hecho que tuviera que despedirme en cuatro días.

No importaba que volviera a casa, a una vida que ya no reconocía, y que siguiera ocupándome de mis asuntos como si el atisbo de vida que me había mostrado no me hubiera cambiado para siempre.

Solo existía su tacto. Su calor en mi espalda. Su marca en mi piel.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho y cierro los ojos con un suspiro de satisfacción, mientras exhalo toda la tensión de mi cuerpo y dejo que todo lo demás se aleje. Cuando los abro, las estrellas y la luna me miran fijamente, recordándome la invitación que me había llevado hasta él.

Había bailado con el diablo a la luz de la luna.

Y me había enamorado del hombre que había debajo del monstruo que ronda la superficie.

Las lágrimas me escocen los ojos al darme cuenta y entender que lo amo a pesar de saber que es una tontería. Era más que una tontería y una auténtica estupidez. Acabare con un corazón roto y herido, y un retorno al vacío que no estoy segura de poder soportar más.

—Cuando era pequeño —murmura Rafe en voz baja—. Mi madre solía sacarme fuera por la noche para mirar las estrellas. Recuerdo que intentaba contarlas. —Mi cuerpo se bloquea, temiendo moverse mientras él me ofrece información sobre sí mismo. Nunca había sentido que me hablara, que fuera remotamente accesible de esa manera.

Todas sus insinuaciones de algo oscuro en su vida y su historia me impiden tratar de hurgar demasiado. Tenía razón cuando me dijo que quizá no estuviera preparada para las respuestas a esas preguntas.

No había intentado buscar sobre él en Google desde que me pilló y me advirtió que no lo hiciera.

—Puede que sea lo más dulce que he oído nunca —digo finalmente cuando no continua. Aunque la confesión había sido pequeña, que la hubiera ofrecido por voluntad propia hace que mis mejillas se calienten aún más de lo que ya están por el jacuzzi. Había sido todo lo que quería de él en este momento, y todo lo que no debería haber conseguido.

Saber que le importa lo suficiente como para compartir incluso la más mínima parte de él hará que me resultara mucho más dificil alejarme.

—Ahora sé que fue inútil, por supuesto. Incluso si hubiera sido posible contar las estrellas del cielo, ¿de qué serviría? —pregunta con un suspiro—. Pero saber que no hay un propósito no me impide saber que tienes diecinueve pecas en el puente de la nariz y en las mejillas. —El corazón se me congela en el pecho, tratando furiosamente de contar mis pecas en mi memoria. En toda mi vida, nunca se me había ocurrido poner un número a los puntos de mi piel.

Pero él lo había hecho en días.

El significado de tal número me deja sin aliento mientras sus brazos me rodean con fuerza.

—Nunca dejaré de querer saberlo todo sobre ti —murmura, las palabras se sienten como una promesa a pesar del temporizador de nuestra relación.

- —Has contado mis pecas —susurro mientras vuelvo a respirar.
- —Tienes una aquí —dice, acercándose para tocar una mancha en mi pecho que no podía ver—. Y aquí. —Mueve su mano hacia abajo, a la izquierda de mi ombligo, y un poco más abajo. A través del agua, miro el punto exacto cuando retira su mano.

Una peca me devuelve la mirada, diminuta y apenas perceptible.

—Todo, Isa —murmura.

Las palabras sonaron como una amenaza mientras se abre paso hacia el interior de mi corazón y me muestra cada marca de mi piel, pero no puedo evitar la sensación, que por primera vez en mi vida alguien me ve.

No puede ser normal que gasté tanto esfuerzo en alguien que se irá en cuatro días, así que eso me deja con una pregunta. ¿Pensaba Rafe que éramos algo más?

¿Me dejaría ir a casa cuando llegara el momento? ¿O me arrastraría a las fosas del infierno?



La música palpita en mis venas mientras caminamos por el club poco iluminado. La suave iluminación púrpura y dorada con decoraciones a través del espacio del bar grita lujo. La música era más sofisticada de lo que esperaba de una discoteca de Ibiza.

No tengo experiencia en ir a discotecas, pero todas las fotos que había visto antes del viaje me hacen pensar en una fiesta multitudinaria.

La emoción me llena ante la perspectiva de ver a mis amigos, sabiendo que, aunque no todo está resuelto entre Rafe y yo en cuanto a la definición de nuestra relación o la remota posibilidad de un embarazo, al menos puedo poner una cara de felicidad ante mis amigos y hacerles creer que todo está bien. Me arrepiento de haberle contado a Chloe lo que Rafe había hecho en la cascada y la forma en que me había hecho sentir.

Rafe no era perfecto, pero el hecho que hubiera contado mis pecas contribuía en gran medida a convencerme que no pretendía hacerme daño. Tal vez, si me esfuerzo lo suficiente para convencerlos, seré capaz de deshacerme de los últimos indicios de miedo a lo que Rafe podría hacer, cuando intentara volver a casa, que aumentan con cada día que pasa. No debería de tener la intención, ni de pensar en alejarme de mi vida por un hombre que apenas conocía.

Por un hombre que amenaza con perseguirme si me alejo de él.

Hay algo muy malo en mí, porque me había enamorado de él en tan poco tiempo, con todo en contra y las señales de advertencia mirándome a la cara. Nunca me había enamorado, ni siquiera había tenido el deseo de enamorarme antes y, sin embargo, él irrumpió en mi corazón como si no hubiera nada en su camino. No importa lo que hiciera Rafe o quién fuera cuando yo no estaba mirando, no puedo quitarme la sensación de que nunca me haría daño.

Que yo soy especial para él de alguna manera, y separada de cualquier asunto que le consumiera y que necesita mantener en secreto para mí.

Sabía que cuando vuelva a casa, me armaría de valor para buscar su nombre en Google. Probablemente descubriría más sobre él en Internet que de su propia boca.

Rafael me conduce a la terraza del fondo del club y encuentra a mis amigos esperándonos fuera. Hugo se levanta de su asiento en uno de los extraños taburetes redondos que hay junto a una mesa, haciendo que Chloe vuelva su atención hacia nosotros. Sus ojos se abren brevemente antes de sonreír, recorriendo con la mirada mi cuerpo enfundado en el vestido que Rafe me había proporcionado para el club. No tengo nada remotamente elegante, y de alguna manera dudaba que los vestidos de verano fueran un atuendo apropiado para la noche.

Hugo parece tan extraño con su camisa de vestir y sus pantalones, de alguna manera viéndose mayor que el chico con el que había pasado más de un año.

- —Este es un club tan bonito. Gracias por proporcionarnos las entradas —dice Chloe, dirigiendo su mirada a Rafe. Lleva un traje, la chaqueta desabrochada sobre la camisa de vestir negra, lo que hace que nade en un mar de ónix. Desde su pelo oscuro, hasta la barba incipiente de su cara, pasando por su ropa y sus zapatos. El único color que ofrece es el de la piel aceitunada y el de los ojos brillantes y desiguales.
- —No hay ningún problema. Ser propietario de un club a veces tiene sus ventajas —responde Rafe, esbozando una pequeña sonrisa en respuesta a las palabras de Chloe. Su arrogancia se filtra mientras ella frunce los labios para no mostrar su sorpresa.
- —¿Eres el dueño de esto? —pregunto, observando cómo Hugo toma asiento y Rafael me guía hacia el sofá blanco al otro lado de la mesa con una mano en la parte baja de mi espalda. Me siento con cuidado, deseando que hubiera elegido un vestido más largo.

La visibilidad de mi cicatriz me pone de los nervios, algo que nunca había experimentado realmente aparte de Chloe o mi familia.

Ni siquiera Hugo la había visto, aunque sabía que eso cambiaría cuando llegáramos a Ibiza. Llevar un traje de baño tendía a hacer eso.

Los ojos de Hugo se entrecierran en la fina envoltura de carne blanca que cruza mi pierna, ladeando la cabeza en señal de reflexión mientras dirige una extraña mirada en dirección a Rafe con la ceja levantada, en forma de pregunta. Rafe le ignora, colocándose lo más cerca posible de mí y rodeándome con un brazo.

#### —Sí —confirma.

—Es increíble —digo, mirando el cielo estrellado sobre nosotros. La música es más suave en el exterior, una vibración menos adormecedora y más cercana a algo relajante. La gente sigue bailando entre las filas de mesas y en la larga pasarela que atraviesa la terraza trasera, moviendo sus cuerpos seductoramente y balanceándose al suave ritmo.

—Gracias —murmura, tomando el extremo de mi pelo y jugueteando con él en el punto en que me toca la cintura. Una camarera se acerca y toma el pedido de nuestras bebidas antes de seguir adelante y entrar a toda prisa en el club. Imagino que, siendo el dueño, Rafe esperaría que le sirvieran inmediatamente.

—¿Cómo llega un hombre tan joven como tú, a ser dueño del club más caliente de Ibiza? —pregunta Chloe, estrechando los ojos con desconfianza hacia Rafe. Él se retira ligeramente, y vi cómo sonríe a pesar del desagrado que le produce la pregunta de Chloe. Porque la rigidez de su cuerpo me dice que no le gusta su pregunta.

Si Rafe me perseguía al dejarlo, me pregunto por un momento si debo preocuparme por Chloe. Era tenaz cuando quería saber algo,

y no se detendría ante nada para obtener las respuestas si sentía que algo iba mal.

Me imagino que ya había buscado a Rafe en el internet, y me pregunto por qué no me ha dicho nada aún. Pero sigo sin querer saberlo.

—Inversiones principalmente —responde Rafe finalmente—. Tengo un conocimiento muy amplio de los mercados y de lo que irá bien en cada momento. Me permite hacer sumas globales de dinero que luego reinvierto en inversiones inmobiliarias con frecuencia.

—Hmm —tararea Chloe, volviendo sus ojos a los míos—. Eso no es lo que dice Google. —Hugo le da un codazo en el costado, mirándola como si le hubiera advertido de antemano que no tuviera esta conversación. Hugo era mucho más consciente de cómo me sentiría si las cosas se tuercen innecesariamente, por culpa de la intromisión de Chloe.

Supongo que él no era consciente que, ella probablemente está cerca de acertar en lo que insinua.

—Google dirá muchas cosas sobre mí, estoy seguro —dice Rafe—. Peor que los cotilleos del instituto, y para cuando las noticias de Ibiza llegan a Internet se parecen mucho a un teléfono roto. Exageradas y dramáticas sin otra razón que la de buscar mayor audiencia. —Espero que sus palabras fueran ciertas. Que me hubiera impedido buscarlo, porque no quiere que nuestra relación se vea influenciada por mentiras que eran totalmente irrelevantes para nuestra relación.

Nuestras bebidas fueron entregadas en el momento de silencio que siguió, y rápidamente tomo mi sangría de la mesa para dar un sorbo al trago afrutado. Chloe hace lo mismo, aunque hace girar su pajita con más detenimiento.

—Ven a bailar conmigo bajo la luz de la luna —dice Rafe, pasándome la nariz por la mandíbula mientras se burla de mí con palabras tan parecidas a las que nos habían unido en primer lugar. Asiento con la cabeza, dejando la copa, y acepto la mano que me tiende para ayudar a levantarme mientras me bajo el ajustado vestido blanco y plateado por los muslos. Me guía por el borde de la mesa y hacia el pequeño espacio donde las parejas bailan cerca de nosotros, levantando una mano por encima de mi cabeza para hacerme girar hacia sus brazos y que él pueda rodear mi espalda mientras yo rio.

Sus manos se deslizan hasta mis caderas, guiándolas para que se muevan con las suyas mientras trato de encontrar ese lugar en el que me siento cómoda moviéndome de ésta manera con él de nuevo. Es más fácil la segunda vez, ya que él conoce mi cuerpo tan íntimamente que entiende cómo moverme. Una vez que encontramos nuestro ritmo juntos, me toma los brazos con las manos y los levanta por encima de mi cabeza para apoyarlos en sus hombros. Sus enormes palmas bajan por la sensible piel de mis brazos, acariciando los lados de mis pechos y luego recorriendo mi estómago con delicadeza hasta que se posan de nuevo en mis caderas y me animan a girarlas en círculo contra él.

Soy demasiado baja en comparación con su estatura para que resultara tan indecente como podría haber sido en otro caso, pero el movimiento sigue recordándome la forma en que me anima a moverme cuando Rafe está dentro de mí y yo encima de él.

Hugo y Chloe se ponen a nuestro lado. Chloe suspira mientras se toma de la mano con Hugo, moviéndose al ritmo a pesar de la distancia que los separa. Al ver mi cara sonriente, niega con la cabeza y sonríe antes de perderse al ritmo de la música.

Con ella cómoda y entretenida por el momento, giro mi cuerpo hasta quedar frente a Rafe y lo miro fijamente mientras toco con

mis manos su pecho. Me mira con la misma intensidad que la primera noche que nos conocimos, pero en su mirada se esconde un conocimiento claro.

No había un rincón de mi cuerpo que no hubiera tocado o explorado, hasta el número de pecas que tenía. Así que, cuando muevo mis caderas en lo que pienso que podría ser más seductor, no me detuve a considerar lo que podría pensar de mí.

Si podría parecer una idiota. De todos modos, no volveré a ver a ninguna de las personas del club.

Rafe me sonríe con indulgencia, su cuerpo suave y lánguido mientras baila. A menudo está demasiado serio, a menudo atrapado en el trance de cualquier oscuridad que le acecha, pero cuando baila, su cuerpo se vuelve suave y fluido. Llevado por la música, se mueve conmigo como si el objetivo final fuera que estuviera en su cama.

Aunque eso ya era un hecho.

Mira por encima de mi hombro, y su cuerpo se queda quieto tan repentinamente que tropiezo en mi prisa por dejar de bailar y girar. Un hombre que nunca había visto antes sostiene los ojos de Rafael, su rostro era tan inexpresivo que parecía antinatural.

—¿Rafe? —pregunto, volviéndome a mirar mientras Rafe toma mi mano en su agarre y se vuelve hacia Hugo.

—Tenemos que irnos —ladra, apartándome antes de poder siquiera despedirme de Hugo y Chloe. Ella mira a su alrededor confundida mientras Hugo trata de calmarla. Nos movemos por el club rápidamente, el sonido de un motor acelerando fuera mientras un coche se acerca a la acera rápidamente como si se lo hubieran ordenado.

No reconozco a la persona en el asiento del conductor mientras Rafe abre la puerta trasera del lado del pasajero y me empuja dentro.

- —¡Rafe! —grito cuando no hace ningún movimiento para entrar conmigo.
- —Llévala de vuelta al hotel —le ordena al otro hombre, haciéndome mirar entre ellos con confusión. Rafe presiona su tarjeta llave en mi palma, cerrando la puerta rápidamente mientras bajo la ventanilla.
  - -¿Qué está pasando? -pregunto.
- —Esto no es ajedrez —dice con extrañeza—. En mi mundo, el Rey siempre protege a su Reina. —Me quedo boquiabierta mirándole, y me estremezco cuando golpea el techo del coche y la ventanilla ennegrecida se desliza entre nosotros. El conductor pisa el acelerador y se aleja rápidamente de la acera mientras me giro para ver por la ventanilla trasera cómo Rafe vuelve a entrar en el club con las manos cerradas en un puño.

¿Qué demonios?

23 RAFAEL



Hugo y Chloe ya se han ido cuando me abro paso a través de las puertas traseras de *Lotus*. Atravieso la multitud mientras mis ojos rastrean la sala en busca del bastardo ruso que había visto en mi club.

Si Chloe hubiera visto lo que está a punto de ocurrir, tendría que encargarme de ella. Como las cosas están, hago una nota mental para decirle a Hugo que no se ponga en contacto con Isa después de esta noche. Haría mi parte para evitar que hablaran, y si Hugo hace la suya, Isa no tendrá ni idea que podría haber visto a su mejor amiga por última vez hoy.

Al menos si ella no decide quedarse, y gracias al puto Pavel, todo se está deshaciendo más rápido de lo que puedo controlar. Lo mataría solo por esto.

Cuando mis ojos se posan en el ruso con los tatuajes en las manos, la cabeza afeitada y el llamativo dedo meñique que le falta, le presto toda mi atención y camino en su dirección lentamente. Le doy todas las oportunidades posibles para que se dé cuenta de lo

mucho que la había jodido al poner un pie en mi club después de haberle dicho claramente lo que pasaría si volvía a verlo.

Me sonríe cuando me acerco a él, el miedo rondando justo detrás de la falsa bravuconería, pero la protección que Pavel le ha prometido lo volvió valiente. Fuera lo que fuera lo que había sucedido después de volver arrastrándose a Pavel con un dedo menos, de alguna manera piensa que yo era un mal menor que desobedecer a su jefe.

Un solo golpe en la garganta lo desengaña de esa idea, haciéndolo retroceder mientras lo agarro por la parte trasera de la camisa, mientras él jadea para respirar. Lo llevo al interior del club a las habitaciones traseras. Uno de mis empleados tuvo la amabilidad de abrir la puerta del sótano y aprovecho la oportunidad para arrojarlo por las escaleras. Apenas puedo oír el golpe de su cuerpo al chocar con cada uno de los escalones por encima de la música palpitante, y casi quería que desapareciera para poder oír sus gritos con más claridad después.

Pero hay demasiada gente alrededor para oír sus gritos y la música ahogaría el sonido. Era dueño de la policía, pero no necesito el dolor de cabeza que supondra explicar por qué había expuesto a cientos de clientes a los bajos fondos de Ibiza.

Me ajusto la chaqueta del traje, miro al empleado y le indico con la cabeza que cierre la puerta tras de mí antes de bajar los escalones. La oscuridad me recibe, dándome la bienvenida a casa con sus brazos mientras rodea mi ser. La luz del techo se enciende cuando bajo los últimos escalones, y cobra vida con la edad y la falta de uso.

Han pasado años desde que necesité hacer uso de este sótano en particular, no desde que dejé de hacer el trabajo sucio de mi padre,

y desde que tomar dedos por deudas impagadas había dejado de ser una práctica habitual para mí.

Ahora lo hacen otras personas por mí, si la deuda era lo suficientemente grande.

El cuerpo del ruso está desparramado al pie de la escalera, lo que me obliga a pasar por encima de él para encender la vieja chimenea y dirigirme a la mesa de suministros cubiertos de polvo y soplarlos para no tener que volver a Isa cubierto de mugre. Me quito la chaqueta del traje, la doblo y la coloco sobre una silla junto a la mesa antes de volver a dirigirme al hombre que se retuerce de dolor y gime en el suelo.

—¿Quién eres tú para Pavel? —pregunto, sin volver a mirarle. Sabía exactamente dónde se arrastraba por el suelo.

Siempre sé dónde está todo el mundo cuando estaban cerca de mí, en sintonía con la energía del aire. La habilidad había nacido de la necesidad, atrapado en una infancia en la que no saber podía significar una paliza cuando no estaba preparado para ello.

Mientras el fuego cobra vida en la chimenea, paso la mano por la variedad de atizadores que hay sobre la mesa, cortesía de la tecnología moderna, aunque la habitación en sí fuera anticuada. Las marcas de los extremos eran muy variadas, forjadas específicamente para cada delito. El que deseo es el más grande del grupo, y toco el *Cuélebre* una vez antes de ponerlo en las brasas del fuego para que se caliente lo suficiente como para derretir su piel.

—Soy uno de sus hombres de confianza. —Tose el hombre, observando cómo le doy la espalda a la mesa y apoyo las manos en ella. Estudiándolo mientras maniobra para sentarse, haciendo una mueca de dolor con cada movimiento que hace.

—Si eso fuera cierto, no te habría enviado aquí a morir —digo—. Él sabía muy bien lo que te haría cuando te encontrara observándome de nuevo. —Sus ojos se dirigen a la marca ardiendo en el fuego, y traga la bilis cuando la realidad se impone. No saldría vivo del sótano. De hecho, la mayor parte de él no saldría del sótano en absoluto.

Solo su cabeza.

Se mueve tan rápido como su cuerpo golpeado le permite, trepando hacia los escalones mientras agarro uno de los atizadores de la mesa y lo uso para jalarle las piernas. Su cara rebota en el escalón al caer, rodando por las escaleras por segunda vez. Cuando aterriza con un fuerte golpe la segunda vez, sus párpados se agitan, pero no se mueve.

Una lástima para mí, ya que me gusta verlos luchar contra el dolor.

Deslizando los guantes ignífugos en mis manos y tomando la marca del fuego, se la aprieto en la frente rápidamente. Su cuerpo se sacude debajo de mí, sus manos se alzan para agarrar el metal del atizador mientras intenta apartarlo, y solo consigue quemarse las manos en el proceso. Pero el calor de la marca sirve para sellar el metal a su piel, el calor derritiendo su carne hasta que lo aparto y miro el *Cuélebre* del escudo de la familia Ibarra.

Cuando finalmente se queda sin fuerzas y me mira con ojos vidriosos mientras su respiración se hace más superficial, me quito los guantes y tiro el atizador de nuevo a la mesa de metal para que se enfriara. Enrollando las mangas de la camisa, tomo la sierra quirúrgica en la mano con un suspiro.

Deseé tener el hacha de Ryker. Cortar las vértebras cervicales con una sierra me llevara más tiempo del que quiero pasar con el bastardo.

Exhala un suspiro, el miedo llenando sus ojos medio cerrados mientras me inclino sobre él y mantengo mi cuerpo tan lejos de las salpicaduras de sangre como puedo. No se resiste cuando el primer corte le corta la tráquea y la sangre brota de la herida.

Incluso después que da su último suspiro de agonía, sigo cortando hasta que la sierra quirúrgica golpea el suelo de hormigón.

Tenía que enviar un paquete.



**24** 

**ISA** 



Chloe no contesta su móvil, y Hugo guarda silencio después de enviarme un mensaje de texto para informarme que había salido con Chloe del club y se habían puesto a salvo de lo que había ocurrido. El miedo por Rafe era solamente superado por mi propia furia. Estoy tan jodidamente harta que me aleje cuando gente que él conoce aparece de la nada. ¿Se avergonzaba de estar conmigo? ¿Había alguna razón por la que no debe estar conmigo?

¿O es que realmente tiene la cabeza tan enterrada en la tierra como un avestruz, que ni siquiera puede empezar a comprender la realidad?

Mis dedos se agitan en mi móvil, ansiosa por saber de mis amigos y sin saber si finalmente debo dar el salto y encontrar mis propias respuestas. En un momento de desesperación, nada valen los secretos entre nosotros.

Las personas que se aman no guardan secretos, y ese pensamiento me recuerda una verdad que me había permitido olvidar y que necesito recordar.

Rafael Ibarra no me ama.

Si lo hiciera, habría dicho las palabras. Me habría dicho la verdad para que me quede con él, pero nunca me pidió que prolongara mi estancia en España. Nunca insinuó que eso fuera lo que quiere. Sus apasionados comentarios sobre mí siendo suya no eran suficiente.

En mi corazón, quiero creer que eran una confesión dramática de su amor por mí. Que eran las palabras de un hombre que no sabe cómo abrir su corazón. Pero Rafe no era un chico de instituto. No tenía problemas para comunicar lo que quería que yo supiera.

Me había enamorado de un hombre que nunca corresponderá a estos sentimientos, las lágrimas me pican los ojos al darme cuenta que una parte de mí se ha aferrado a la esperanza que él me correspondiera. Que seguir nuestros caminos cuando nuestro tiempo se acabara sería de alguna manera más fácil, sabiendo que me amaba y pensaba en mí cuando estábamos a un océano de distancia.

Aun así, me habría ido a casa. Habría seguido haciendo lo que se espera de mí, pero lo habría hecho con una sonrisa agridulce al acordarme de él en cada momento. Cuando el siguiente hombre no pueda compararse, pensaría en él y esperaría que fuera feliz. Sonreiría y recordaría que él me había enseñado a vivir, aunque fuera solo un rato.

Saber que he sido tan estúpida me libera de todo esto. Ni siquiera puedo culparle, porque él no me ha hecho ninguna promesa más allá de nuestra semana juntos. Como siempre, mi decisión de confiar en la persona equivocada recaía enteramente sobre mis hombros.

Con suerte, esta vez no hare daño a nadie más. No podría sobrevivir a esa culpa de nuevo.

Su extraña declaración mientras me metió en el coche y me despedía era la única pieza a la que, de alguna manera, aún me aferro. Incluso cuando los fragmentos dentados amenazan con desgarrar mi carne, me aferro a la única y remota posibilidad que, los hombres de su mundo protegen a su reina a toda costa. Mi sangre cubre los fragmentos de esperanza mientras pienso en todo el tiempo que pasamos juntos, preguntándome si era la reina que él protegería.

Pero él no me llama su Reina, me llama Princesa.

Entonces, ¿quién era la Reina en su vida?

La primera lágrima rueda por mi mejilla, sorprendiéndome mientras me apresuro a salir al balcón y abro las puertas de cristal. El aire cálido de la noche me golpea la cara mientras me inclino sobre la barandilla de cristal, mirando hacia la playa y donde las leves olas golpean la costa en la oscuridad.

Me parece que han pasado horas desde que volví a una suite vacía, observando los recuerdos de Rafe por toda la habitación. Mirando todos los lugares en los que me había tocado, todos los lugares en los que se había sentado y me había sonreído mientras yo me enamoraba cada día más de él. Las lágrimas caen sobre la barandilla sin cesar mientras espero, congelada en el sitio e incapaz de encontrar la fuerza para moverme. Me giro para volver a mirar la puerta del dormitorio, considerando mis opciones y la maleta que había guardado para hacer una huida rápida si lo necesitaba.

Mi móvil suena en mis manos, aterrorizándome tanto que me sobresalto en el lugar y lo dejo caer al suelo con un fuerte golpe. El nombre de Chloe parpadea en la pantalla, la foto de nosotras juntas en la graduación me mira desde el suelo mientras lo tomo con dedos temblorosos. Trago saliva y considero no responder, a pesar de lo mucho que quiero saber si estaba bien.

De alguna manera, sé en mis entrañas que lo que tuviera que decirme me romperá. Que esos fragmentos destrozaran los últimos pedazos de mi alma a los que me aferro. Aun así, respiro hondo y pulso el botón para aceptar su llamada:

- —Isa —dice el áspero susurro de Chloe a través del móvil.
- —Soy yo —digo, con la voz temblorosa mientras intento mantenerla firme—. ¿Estás bien?
- —Corre. Dios, Isa, tienes que salir de ahí ahora mismo. Antes que vuelva.
- —¿Qué? —susurro, odiando el miedo que llena su voz. Miedo por mí. Miedo que siento hasta los huesos mientras me dirijo al armario y meto las últimas cosas en la maleta. La había guardado detrás de los trajes de Rafe para que no la viera inmediatamente cuando volviera.

Incluso con la advertencia llenando mi cuerpo de temor, la idea de no volver a verlo me parte en dos.

—Es un asesino, Isa —susurra al otro lado mientras un fuerte golpe resuena de fondo—. Corre. Ve a la embajada. Me reuniré contigo allí en cuanto pueda.

Mi voz no transmite la conmoción que siento. Nada puede acercarse a insinuar la sensación que se desliza por mi cuerpo.

- -¿Estás segura? pregunto.
- —No haría esto si no fuera así. Solo vete —gruñe. La línea se desconecta cuando vuelvo a salir al balcón para tomar mi bolso con el pasaporte y la cartera. Me apresuro a avanzar con piernas temblorosas, quitándolo de la mesa donde habíamos jugado al ajedrez solo el día anterior. Me pareció que hacía toda una vida en la que había hecho algo tan sencillo con él.

Había jugado al ajedrez... ¿con un asesino?

Mi mente es un revoltijo mientras apreto la correa en la palma de la mano. Me giro para volver a entrar por la puerta y me detengo a mitad de camino cuando mis ojos se posan en el rostro que me mira fijamente y luego en la maleta que tengo en la mano.

Ladea la cabeza y se quita la chaqueta lentamente mientras acorta la distancia entre nosotros. Retrocedo un paso, forzando una sonrisa en mi rostro mientras mi trasero conecta con la barandilla a mi espalda. Pongo la mano en la parte superior de la elegante media pared de cristal, sintiendo la mordedura de la misma cuando mi mano se desliza por la parte superior y se clava en mi piel.

—Has vuelto —digo, haciendo ademán de dejar caer la maleta al suelo.

Con el móvil agarrado en la mano, veo cómo sus ojos se posan en el equipaje a mis pies. Esos ojos suben por mis piernas desnudas, por mi cuerpo envuelto en el vestido que me había puesto para el club. Cuando se detienen en mi cara, su boca se tensa mientras aprieta la mandíbula. Una oscuridad como nunca había visto se arremolina en su mirada, burlándose de mí. Desafiándome, como si supiera todo lo que pasa por mi cabeza.

El hombre que amaba había desaparecido, sustituido por un asesino a sangre fría mientras se transforma ante mis ojos. Nadie miraría esta versión de Rafael y se preguntaría cómo podía matar a alguien.

—¿Ibas a alguna parte, *Princesa*? —pregunta, el apodo cariñoso se siente como una burla de todo lo que había pensado que era dulce, en esta voz fría e inexpresiva que era tan diferente a Rafe.

Niego con la cabeza, mirándolo fijamente. Levanto mi móvil, decidiendo dejar que mi autoconservación se imponga.

—He estado intentando ponerme en contacto con Chloe y Hugo. No contestan al móvil, así que estoy preocupada por ellos. —Da otro paso hacia mí, y me obligo a permanecer despreocupada mientras dejo caer mi otra mano sobre la barandilla de cristal y mi móvil se balancea en la superficie precariamente dentro de mi agarre.

Acorta la distancia entre nosotros, con su cuerpo casi pegado al mío mientras me mira fijamente con esos inquietantes ojos. Una de sus manos se alza, tocando mi mejilla bajo el ojo con heterocromía en él.

—No me mentirías, ¿verdad, Isa? —pregunta, bajando la voz mientras toca su frente con la mía.

El corazón me late con fuerza en el pecho.

Mi respiración se agita mientras cierro los ojos e intento ser una mejor mentirosa. Pero no lo soy, así que hago lo único en lo que me había vuelto experta con los años. Lo desvío. Respondo a su pregunta con una pregunta propia, aliviando el pequeño margen de culpabilidad que siento por no volver a mentir.

—¿Qué razón tendría para mentir? —susurro, abriendo los ojos para encontrar su intención en los míos. Me toca con una mano el hombro, deslizándola hacia abajo para acariciar la piel de mi brazo mientras rodea mi muñeca con sus dedos. Mi mano se mueve en respuesta al escalofrío que sacude mi cuerpo, haciendo que mi móvil se tambalee sobre el borde del balcón.

Lo miro con horror, viendo cómo desaparece en la oscuridad. No hay ninguna posibilidad que hubiera sobrevivido a la caída, y he perdido oficialmente todo mi contacto con Chloe y Hugo en apenas un momento.

—Es una pena —dice Rafe, observando mi rostro mientras arrastra mi mirada a la suya. No dice ni una palabra más sobre el

móvil, deslizando sus dedos entre los míos entre tanto me guía fuera del balcón hacia el dormitorio. Me trago el miedo mientras mira el armario con mis pertenencias, recordando las palabras que había pronunciado en la cascada.

Me seguiría. Me perseguiría si me alejaba.

- —No has preguntado qué pasó en el club —señala, llevándome hacia la cama, donde me siento en el borde con cautela. Sus dedos abren lentamente los botones de su camisa, desabrochando metódicamente todos y cada uno de ellos, mientras mis ojos se estrechan ante el movimiento y la suave extensión de piel que deja al descubierto.
- —Me dijiste que no hiciera preguntas si no estoy preparada para la respuesta. Me parece que este es el momento adecuado para ser cautelosa con lo que pregunto —digo en respuesta. Se ríe y se saca la camisa del pantalón mientras se desliza las mangas por los brazos y la tira a un lado. Sus ondulantes músculos están a la altura de mis ojos, pero por primera vez, la abrumadora atracción que existe entre nosotros es lo último en lo que pienso.
- —Probablemente sea prudente. Parece que has visto un fantasma —dice, quitándose los zapatos y pateándolos a un lado mientras se lleva las manos al cinturón.

No es un fantasma.

Una pesadilla que cobra vida.

—Estoy seguro que tus amigos están bien —dice, deslizando los pantalones y los bóxer por las piernas hasta quedar completamente desnudo frente a mí. Me muerdo los bordes de la lengua, tratando de decidir qué podía hacer para escapar de la tensión de la habitación.

Cómo podía escapar del miedo que impregna cada uno de mis poros.

—Estoy segura que tienes razón —susurro. No eran ellos los que estaban atrapados en un dormitorio con un supuesto asesino.

Rafael me toca el rostro, sus ojos conocedores mientras acaricia un pulgar sobre mi mejilla.

—Qué hermosa, *Mi Princesa* —murmura, su voz finalmente se suaviza del eco demoníaco de la maldad que había resonado en él desde que entró en la habitación.

Un escalofrío sube por mi columna vertebral cuando desliza su mano por mi cara y por la parte delantera de mi garganta. Esa oscuridad juega en sus ojos en el momento en que sus dedos tocan la parte delantera, burlándose con una leve caricia antes de pasar a los tirantes de mi vestido y empujarlos fuera de mis hombros.

Me quedo congelada en el sitio, incapaz de encontrar fuerzas para moverme. Una parte de mí sabe que la opción más inteligente que podía tomar es fingir que todo está bien. Fingir que no sabía nada más y que él seguía siendo el hombre del que creí haberme enamorado.

Pero no puedo moverme cuando sus manos recorren la piel de mi pecho y empujan el vestido hacia abajo para revelar mi sujetador. Desliza una mano por el interior para acariciar mi pecho, arrastrando la áspera almohadilla de su pulgar sobre el pezón endurecido mientras me estremezco en respuesta.

El deseo me invade a pesar de mi miedo, algo más oscuro y prohibido se apodera de mi cuerpo mientras él observa mi reacción.

—¿Pasa algo?

Sacudo la cabeza, sabiendo que tengo que elegir entre dos imposibilidades: El miedo a mis propios deseos prohibidos cuando se estrellan sobre mí y él me toma cuando no quiero desearlo, o las posibles consecuencias cuando descubra que conozco lo que podría ser uno de los secretos que me había ocultado.

—Es que no me gustan los secretos —le digo. Tratando de eludir el verdadero problema en un intento de suavizar la situación, me deshice de mi falta de respuesta a sus caricias de una manera que tuviera sentido dadas las circunstancias.

—A veces una relación significa protegerse mutuamente de las verdades que no están preparados para manejar —murmura, acercándose a mi espalda para desabrochar mi sujetador y guiarlo por mis brazos.

—¿Relación? —pregunto estúpidamente.

Sus manos se detienen en mi cuerpo y sus fosas nasales se abren ligeramente. Se lame los labios lentamente, hundiendo sus dientes en la carne inferior antes de hablar.

—¿Qué crees exactamente que es esto entre nosotros? — pregunta, reclamando cada palabra y rodeando con su mano mi nuca. La presión en la base de mi cabeza me hace inclinar la cabeza hacia arriba para mirarlo, mis pulmones se agitan mientras agarra los lados de mi cuello con dureza.

—No sé cómo llamarlo —digo, relamiéndome los labios secos mientras él utiliza la mano que tenía en el cuello para ponerme de pie. Su mano libre me empuja el vestido hacia abajo, y la tela se acumula en mis tobillos mientras el aire toca mi piel. Mi cuerpo se sobrecalienta con su proximidad, sintiendo que el aire absorbe todo el calor en su piel.

Como un fantasma del infierno, que ha venido a arrastrarme a los fuegos pateando y gritando.

Se queda mirando mi cuerpo, metiendo su mano libre dentro de mi tanga, deslizando sus dedos burlones por mis labios. Cuando su mirada vuelve a la mía, su boca se tuerce en una sonrisa cruel que se siente diferente a todas las demás.

*—Mi* coño parece saber *exactamente* a quién pertenece, *Mi Princesa* —murmura, deslizando un dedo dentro de mí.

Nada puede compararse con el horror que siento cuando se desliza por mi carne con facilidad gracias a lo mojada que estoy.

Se trata de un posible asesino. Se trata de un hombre que había amenazado con perseguirme.

Mi corazón se acelera con el miedo y la excitación mientras lo miro fijamente, condenándome al destino que siempre había acechado en los bordes de mi vida. La oscuridad se filtra, burlándose de mí y tentándome hacia el mar rojo de las llamas.

Desliza su mano para liberarse de mí, privándome de su tacto mientras sus manos bajan por la parte delantera de mis hombros y me empuja de nuevo a la cama. Mis piernas se doblan al caer, los dedos de los pies apenas rozan el suelo con el repentino cambio de posición. Agarra mi ropa interior con las manos y me la arranca. Una vez fuera de mis tobillos, las tira a un lado y se sube a la cama. Con sus rodillas a ambos lados de mis caderas, me inmoviliza con el peso de su cuerpo y se sienta a horcajadas sobre mí. Me rodea la cintura con las manos y nos sube a la cama hasta que mis pies están sobre el colchón. Mirándome fijamente, me toma las muñecas y las sujeta por encima de mi cabeza mientras se inclina hacia delante y roza sus labios con los míos.

El suave beso contrasta con todo lo que ocurre en este momento, la impotencia que siento cuando él se cierna sobre mí y controla mi cuerpo con tanta eficacia.

—¿Cómo debo mostrarte que tu coño está bien? —pregunta, arrastrando la cabeza de su polla por mis pliegues. Con las piernas apretadas, la presión que ejerce al rozar mi clítoris y al deslizarse a través de mí hasta chocar con mi entrada parece aun mayor.

Se introduce en mi interior de un solo golpe, presionando a través de mí a pesar de la estrechez que encontra como resultado de la posición. Jadeo, mirándole fijamente mientras él gime y echa sus caderas hacia atrás solo para empujar más fuerte dentro de mí. Gimiendo, tiro de su agarre en las muñecas.

—Condón —gimo, recordándole y mirándolo fijamente mientras la indecisión cruza sus ojos durante un instante.

La tentación no puede distraerme de un embarazo no deseado. Si realmente era un asesino, si había algo tan maniático en él como probablemente parecía, dada la mirada de sus ojos, lo último que necesito es tener a su hijo.

Tendría que volver a casa sin mirar atrás, no darle una razón para que viniera por mí en busca del hijo que no había querido darle.

Apreta los dientes, mete la mano en la mesita de noche y toma un preservativo mientras respiro aliviada. Se retira de mí y me suelta las manos lo suficiente como para deslizar el preservativo sobre su cuerpo. Hay un breve momento en el que podría haber luchado, en el que podría haber intentado escapar.

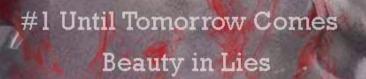
Pero algo me mantiene clavada en el sitio.

Saber que será mi última vez con el hombre al que no debo amar, no puedo soportar alejarme. Incluso cuando vuelve a penetrarme con más ferocidad que antes, sacando un agudo gemido de mis labios. Incluso cuando me sujeta las muñecas con las manos y me inmoviliza una vez más, marcando un ritmo furioso mientras me folla con duros movimientos de sus caderas que le hacen tocar fondo dentro de mí.

—Rafael —susurro, el nombre Rafe me parece inadecuado para la oscuridad que nada en sus ojos. Rafe es el hombre que amo. Rafael es el fantasma que acecha en su interior.

Rafael es el monstruo al que abandonaré mientras él dormía.

Me sostiene la mirada mientras me toma, mirándome como si pudiera obligarme a contarle todos mis secretos. Pero los pecados de la carne eran diferentes a los pecados de la mente, y por mucho que odiara sus secretos, nunca le contaré los míos.



#### 25 RAFAEL



Ella me mira con secretos en sus ojos, a un mundo de distancia de donde quería que estuviera. En el momento conmigo, disfrutando de la conexión de nuestros cuerpos. La distancia y la tensión entre nosotros solo sirven para enfurecerme más.

Cada día que pasaba era más evidente que Isa nunca se entregaría voluntariamente a mí.

Tendré que tomarla. Tendré que romperla.

Y luego la reconstruiré para convertirla en la reina que está destinada a ser.

Suelto sus manos para recolocar nuestros cuerpos y separar sus muslos, golpeando profundamente dentro de ella una vez más, mientras envuelve sus piernas alrededor de mí. Se aferra a mí mientras la monto como si fuera la última vez.

Algo va mal, lo sabía en mis huesos. Pero mientras ella grita su orgasmo y se hace añicos a mi alrededor, nada más importa cuando me envía en espiral con ella.

Gruño, apretando mi pelvis contra ella mientras soporta las olas de su orgasmo y lleno el condón con lo que debería haber estado dentro de *Mi Princesa*. Cuando su respiración se estabiliza, me retiro y me dirijo al cuarto de baño para tomar una toalla para limpiarla. No se mueve en el tiempo que estuve fuera, sus ojos se cierran como si necesitara desconectar del mundo.

Se sonroja mientras la limpio, pero no habla, la repentina afluencia de silencio entre nosotros no es natural. Mi mundo no está completo sin su sonrisa y su voz, ahora que por fin la tenía conmigo.

Quiero odiarla por ello, por hacerme tan dependiente de su felicidad. En cambio, ambos nos odiaremos por haberle quitado eso.

Al menos durante un tiempo.

La meto debajo de las mantas y la observo mientras duerme en la cama que compartimos todas las noches. Algo había sucedido desde que la metí en el asiento trasero del coche y la envié aquí. Algo había cambiado entre nosotros, y no creo poder hacer que volviéramos a estar donde tenemos que estar a tiempo para salvar lo que queda de nuestra relación. Mi Isa habría cuestionado por qué la había enviado.

Se habría alzado y habría luchado contra la posibilidad de que hiciera algo de lo que ella no querría formar parte. La única explicación que se me ocurre fue que buscó información de mí en mi ausencia. Pero con su móvil destrozado en el suelo bajo el balcón, no puedo encontrar la información que necesito.

Sacando el móvil de mis pantalones, reviso los mensajes que habían llegado en el tiempo que había estado ocupado con Isa. La alerta de Hugo en mayúsculas llama mi atención de inmediato.

ISA LO SABE.

El vacío dentro de mí se ensancha cuando vuelvo a mirar su cuerpo dormido y la inocencia de su rostro. Frunciendo los labios, me acerco al balcón y cierro el cristal tras de mí mientras pulso el botón para llamar a Hugo:

—Dime, Hugo. ¿Qué sabe Isa exactamente? —pregunto en el momento en que contesta el móvil.

Hay una pausa de silencio, y luego su respuesta de lo que Chloe le había dicho a Isa en su breve conversación antes de atravesar la puerta para detenerla.

—Es lamentable —digo, girando hacia atrás para mirar a Isa mientras duerme. Podría haber sido peor, y tal vez ella lo ignoraría como si fuera simplemente un rumor.

No era lo suficientemente optimista como para pensar que ese iba a ser el caso.

- -¿Qué quieres hacer? -pregunta Hugo.
- —Despejar las calles —digo—. Si ella decide intentar algo estúpido, no quiero ningún testigo de lo que vendrá después.

Hace una pausa.

—¿Por qué no te la llevas ahora? —pregunta, y la pregunta tenía mérito. Con todo desmoronándose a mi alrededor, podría clavarle una aguja en el cuello y estaría en *El Infierno* antes que se despertara.

Ella nunca conocerá un momento de miedo, hasta que fuera demasiado tarde para cambiarlo.

—Necesito saberlo —digo, terminando la llamada mientras vuelvo a entrar y me meto en la cama con Isa. Si me deja, se merecía tener que lidiar con el monstruo que vibra bajo mi piel.

Le había advertido de lo que pasaría, e Isa aprenderá muy pronto que cuando hacía una promesa...

La cumplía, joder.



**26** 

**ISA** 



Me siento en la cama lentamente, a pesar de la urgencia que siento en mis venas, para intentar no despertar a Rafael. Mientras la luz de la luna brilla a través de las ventanas, me giro para mirar su rostro dormido por encima de mi hombro.

Con su rostro relajado y tranquilo, casi podía olvidar la fría crueldad que me había mostrado la noche anterior. Casi podía olvidar la mirada vacía de sus ojos cuando entró en la habitación, y la sospecha en su mirada como si supiera que iba a irme.

Pero el dolor entre mis piernas por su áspera posesión sirve como el recordatorio que necesito, obligándome a ponerme de pie y a entrar en el armario tan rápida y silenciosamente como puedo. Saco un vestido informal de la maleta, me subo la ropa interior por las piernas y me calzo las sandalias mientras vuelvo a meter todo lo demás sin hacer ruido.

Quizá fuera mejor así. Si nuestro romance se ve interrumpido por mi desaparición en la noche, no habría una despedida sincera. Él no se vería sometido a mis lágrimas porque necesitaba huir de un asesino.

No tendría que preguntarme por qué no me pidió que me quedara y luego reprenderme por la tontería. Puedo simplemente escaparme y seguir siendo la misteriosa mujer que lo había abandonado en la noche. Me burlo tan pronto como lo pienso, sabiendo que mi único secreto no es simplemente el hombre sexy, sino uno que ha destrozado todo lo que había amado y a mi familia.

Aunque hubiera podido hacerlo sin miedo a lo que él pudiera hacer, no podría soportar despedirme de él. No podría soportar enfrentarme a él cuando saliera de la suite a la que había llamado hogar durante los mejores días de mi vida. Nunca había esperado conocer a nadie cuando vine a Ibiza. Nunca había pensado que encontraría a una persona que me hiciera sentir las cosas que me faltan en mi vida.

Rafe me había mostrado la pasión. Me había enseñado abrazar lo que yo era y sentirme cómoda en mi propia piel. No importa lo que hubiera hecho para alejarme, no creía que lo cambiaría por nada.

No creía que pudiera borrarlo de mi memoria, ni siquiera sospechando lo que podría haber hecho.

Aunque la idea de no despertarme con él por la mañana hace que me duela el corazón.

Considero la posibilidad de dejar la maleta, preocupada por el ruido que hará al arrastrarla por el dormitorio.

—¿Vas a algún sitio, *Princesa*? —El profundo estruendo de su voz hace que se me acelere el pulso, resonando en el silencio que había entre nosotros mientras me giro para mirar su rostro impecable con sorpresa. Las palabras son un reflejo directo de lo que había dicho la noche anterior, y recuerdo mi respuesta mientras trago. El miedo que había sentido vuelve a salir a la superficie, amenazando con hacerme abandonar por completo mi intento de huida. Solo la

seriedad de la acusación de Chloe me impide inventar alguna excusa estúpida.

No puedo rehuir la verdad una segunda vez.

Sus ojos desiguales se clavan en los míos, el verde bosque profundo de su ojo derecho parece tan oscuro cuando su mirada entrecerrada se dirige a la maleta con cremallera que tengo a mis pies. El azul claro de su ojo izquierdo se torna glacial cuando vuelve a dirigir su mirada hacia mi rostro.

Invade mi espacio al acercarse, presionando su frente desnuda contra mí sin cuidado. Nunca había mostrado contención o incomodidad en su desnudez, pero la obviedad que me escapara en medio de la noche debió haber sido razón suficiente para que se pusiera unos pantalones.

Aparentemente, no.

Trago, ignorando la firme presión de su longitud contra mi vientre en favor de devolverle la mirada. Una de sus manos se extiende para acariciar mi mejilla con el dorso de su nudillo mientras su pulgar acaricia la piel bajo mi ojo. Levanta una ceja, esperando mi respuesta mientras busco a tientas una excusa. No me atrevo a mentir abiertamente, a crear una historia inventada sobre mi familia.

Si Chloe se equivoca de algún modo, me sentiré fatal por el engaño. Por dar voz a cualquiera de los miedos que tenía por dejar atrás a mi familia con una mentira.

—Chloe me necesita. —mi voz era un susurro desgarrado cuando la casi mentira queda atrapada en mi garganta. Toda la intensidad que me dirige no sirve para calmar mis nervios crispados ni el terror que palpita en mis venas. Su singular fijación siempre había sido

chocante, pero con las secuelas de la noche anterior, todo lo que veo cuando lo mira es oscuridad.

La oscuridad de su alma. La oscuridad en la mía.

—¿Y no ibas a despedirte? —me pregunta, con algo extraño en su tono mientras inclina la cabeza hacia mí. Sus labios se aprietan formando una línea firme, sus fosas nasales se encienden brevemente antes de borrar todo rastro de ira de su rostro y sonreírme. No fue desagradable exactamente.

Me duele como si lo hubiera decepcionado.

—No lo iba hacer. —Hago una pausa, luchando contra las lágrimas que amenazan, espoleadas por la avalancha de emociones que hacen estragos en mi cuerpo. El miedo. La pérdida.

El dolor por la pérdida de mi primer amor.

—No quería llorar —admito, inclinando el rostro hacia abajo—. Pero supongo que ahora es inevitable. —Suelto una risa temblorosa, mirando con recelo la sonrisa vacía de su rostro.

Dios, ¿y si Chloe está equivocada?

Se muerde el labio inferior y se gira para mirar brevemente en dirección a la puerta del otro lado de la suite antes de volver a mirarme con ojos atormentados.

—Te llevaré. Vuelve cuando Chloe esté mejor —sugiere.

Se me corta la respiración cuando me ofrece la oportunidad de obtener las respuestas que necesito de Chloe sin tener que despedirme de él. Pero la división de mi alma en dos que siento mientras me preparo para dejarlo me dice todo lo que necesito saber.

Nunca podría despedirme dos veces.

—Gracias por ser tan bueno conmigo, pero creo. —Hago una pausa, aspirando un aliento fortificante—. Creo que es hora de que me vaya. Solo faltan unos días para que regrese a casa.

-O podrías quedarte -dice.

Sonrío, negando con la cabeza. Aunque no fuera sospechoso de ser un asesino, un hombre tan rico como Rafe no tiene ninguna preocupación en el mundo. No puedo abandonar la universidad por un hombre que apenas conozco y que sin duda se cansara de mí muy pronto.

—Tengo que ir a casa —susurro, escuchando las palabras mientras resuenan en el silencio entre nosotros. Fue como un momento en el que se decide mi futuro, como si algo se hubiera puesto en su sitio. Como si siempre hubiéramos estado destinados a encontrar el camino hacia este momento.

Me inclino y agarro el asa de mi maleta. Sale del armario, se dirige al balcón y toma mi bolso del suelo para entregármelo. Tirando de los pantalones rápidamente, me observa mientras me dirijo a la puerta.

Respiro profundamente mientras me preparo para cometer lo que parece el mayor error de mi vida. Desbloqueando y abriendo la puerta, acepto que es la única opción que podía tomar dadas las circunstancias.

Incluso si me rompía.

Rafe me toma del brazo en el último momento y me atrae hacia un beso. Sus labios se estrellan contra los míos, sus dientes me magullan mientras me devora brutalmente. La rabia que hay detrás del contacto se desvanece rápidamente al corresponder a su pasión,

dejándome atrapada en un abrazo muy dulce que me sorprende. No había esperado que permitiera un contacto tan significativo en nuestra despedida, como si realmente me echará de menos. Pero si éste era mi último beso con Rafe, quería recordarlo y sentirme amada, aunque fuera por un momento.

Quería recordar todo lo que me había dado, y tengo la sensación que nunca sería capaz de olvidarlo.

Cuando me aparto, me deja pasar por la puerta. Permanece abierta mientras cruzo el pasillo y las lágrimas corren en riachuelos por mi cara y empapan la parte delantera de mi vestido.

No me detuvo. No me persiguió.

No me llama ni hizo nada mientras pulso el botón del ascensor. Ni siquiera lo intentó.

#### 27 RAFAEL



Me quedo mirando la puerta abierta mientras ella pulsa el botón de llamada del ascensor. Se gira hacia mí una vez que entra y pulsa la planta del vestíbulo.

Se queda paralizada, con la mano en el aire mientras sus ojos llorosos se posan en los míos. Al ver la fría furia en mi rostro mientras estrecha mi mirada hacia ella y tuerce la boca en una línea recta, traga saliva visiblemente y palidece. Veo cómo el reconocimiento se desliza por su espina dorsal y su cuerpo se convulsiona al sentir mi rabia en el aire. Entra en acción cuando sus pulmones se agitan, pulsando el botón para cerrar las puertas rápidamente mientras la tristeza se desvanece de su rostro para ser reemplazada por un terror absoluto.

Por primera vez desde que *Mi Princesa* me conoció, miró fijamente a la cara de la pesadilla que había prometido darle caza, y me vio exactamente como era.

Las puertas del ascensor se cierran, apartándola de mi vista mientras vuelvo a entrar en la suite y me pongo el traje. Tomo mi móvil de la mesita de noche y pulso el número de Joaquín. Contesta

al primer timbre, esperando mi señal mientras me pongo la chaqueta del traje. Dejaré la mayoría de mis pertenencias para que mis empleados se ocupen de ellas, enviándolas de vuelta a *El Infierno*.

Tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

—Síguela —le ordeno.

Hace una pausa, luego obedece mi orden como era de esperar a pesar de su propia vacilación.

—Sí, jefe. —La línea se corta y me meto el móvil en el bolsillo. Tomo algunas de las piezas de ajedrez del tablero de la mesa de café, metiendo cinco de ellas en los bolsillos de mi traje. Luego me doy la vuelta y me dirijo a la puerta.

Isa me lleva cinco minutos de ventaja.

Me giro para mirar a la habitación que se siente llena de mentiras tras su marcha. Es donde creía que Isa se había enamorado de mí. Donde había pensado que vería que lo que tenemos era suficiente para perdonar mis pecados que no tienen nada que ver con ella, y aceptar que su futuro está a mi lado y no trabajando para arreglar a su familia.

No es más que una mentira, y pulso el botón del vestíbulo del ascensor mientras aparto la mirada de lo que podría haber sido. Había tenido la oportunidad de tener un esposo cariñoso y atento.

En cambio, había elegido la pesadilla.

Mientras el ascensor desciende, cuento el número de días que nos debían quedar. Si no hubiera sido por la interferencia de Chloe, Isa estaría despertando en mis brazos en unas horas. En cambio, Isa teme por su vida, como consecuencia por intentar quitarme lo

que es mío. Las puertas del ascensor se abren en el vestíbulo vacío cuando atravieso y salgo afuera.

Las calles están desprovistas de vida. Ni una sola persona camina por ellas incluso a la hora más concurrida de la noche en Ibiza. Cuando *El Diablo* ordena vaciarlas, las malditas calles se vaciaban, joder. Puede que Isa no esté muy familiarizada con Ibiza, pero sabe lo suficiente como para conocer que era algo inusual.

Sabía lo suficiente como para tener miedo.

Gabriel se detiene en la acera, abriendo de un empujón la puerta del lado del pasajero mientras subo al todoterreno. Gira el vehículo en dirección al hotel de Hugo y Chloe, tomando las carreteras secundarias que Isa nunca se habría atrevido a tomar por su cuenta. Se ciñe a la seguridad de las manzanas principales, incluso en su estado de abandono, cuando se dio cuenta que no podía tomar un taxi.

Cuando recordó que no tenía un móvil para llamar a nadie.

No había nadie a quien recurrir en el momento en que se dio cuenta que iría por ella. Nada que me impedirá perseguirla en la noche. De herirla, así como ella me había herido al irse.

—Deja el todoterreno y ve por mi puto coche —suelto mientras mi propia miseria me consume.

Salgo del todoterreno cuando Gabriel entra en el aparcamiento del hotel. Mis largas zancadas marchan en dirección a Isa, acortando la distancia entre nosotros mientras ella se dirige sin saberlo en mi dirección creyendo que huye de mí y hacia la seguridad. Pero no había seguridad para Isa.

Ya no.

Metiendo la mano en el bolsillo de mi traje mientras me agacho por el callejón lateral donde todo acabaría, acaricio con un pulgar el rey negro del juego de ajedrez. Lo dejo en medio de la calzada, retrocedo y vuelvo a la calle principal.

Con la Reina en la mano, voy a cazar a la mía.



28

**ISA** 



Las calles de Ibiza nunca estaban vacías. En el tiempo que he pasado acá, lo único que había visto era la frenética energía de la isla. Me apresuro por la acera tan rápido como puedo y tiro de mi maleta detrás de mí en el inquietante silencio de la noche. La intensidad de Rafael cuando me había mirado fijamente en el ascensor me persigue mientras salto ante cualquier sonido.

Un cubo de basura traquetea al doblar la esquina, haciéndome acelerar el paso con un chillido asustado. Mis ojos conectan con la mirada verde de un gato mientras paso a toda prisa. Haciendo una pausa para apoyarme en las rodillas y recuperar el aliento, trato de ahogar la paranoia que me asfixia.

Tener un ataque al corazón antes de llegar al hotel de Chloe no me serviría de mucho. No tengo ni idea de cómo llegar a la embajada ni móvil para buscar direcciones.

Rafael se había enfadado porque lo había dejado. Se había sentido herido, y la mirada que había visto en su rostro tiene que ser una consecuencia de eso. Nada más.

Entonces, ¿por qué no puedo convencerme a mí misma de que no necesito huir?

Vuelvo a agarrar la maleta por el asa, acelerando el paso una vez más mientras me apresuro por el camino. Al doblar la esquina de la calle que creía que debía tomar, me detengo en seco al ver lo que hay en medio de la calle.

Un único peón negro. El mármol brilla en las tenues luces de la calle, prácticamente resplandeciendo contra la piedra clara. Quitando la mano de la maleta y abandonándola a un lado de la carretera, me acerco agachándome para tomarlo con la mano mientras el poco ruido que hay se desvanece. Mi pulgar recorre el mármol mientras me pongo de pie, mirándolo y observando la pequeña fisura de la parte superior.

Igual que el primer peón que Rafe había movido en nuestra partida de ajedrez.

Su primer movimiento.

Lo dejo caer mientras mi corazón se detiene, viéndolo caer a la piedra a mis pies. Mi visión se vuelve oscura mientras giro para mirar a mi alrededor. No había nadie a la vista.

Ni rastro de Rafael, pero abandono mi maleta. Mis pies no pueden moverse lo suficientemente rápido mientras corro por la carretera. Atravieso una intersección sin comprobar si hay tráfico en sentido contrario, sintiendo que todos los ojos me miran. No puedo oír nada más que mi propia respiración de pánico mientras corro.

Me duelen las rodillas cuando pateo algo y luego caigo sobre mis propios pies. Las palmas de mis manos se abren en la piedra áspera mientras me agarro. Al volver la vista atrás para ver con qué había tropezado, mis ojos se posan en el Caballero, que yacía de lado.

Me pongo en pie y abandono el bolso en medio del camino donde había caído, con la garganta cerrada mientras las lágrimas caen por mi rostro a causa del miedo. Doblo otra esquina para llegar al hotel de Hugo. Si pudiera llegar hasta allí. Si pudiera llegar a la seguridad del hotel, todo estaría bien.

Tenía que estarlo.

Solo unas pocas manzanas más me separan de la seguridad cuando encuentro al obispo en la carretera en la que debo haber girado. Me detengo en medio de la calle, con la humedad de mi propia sangre resbalando por mis piernas mientras lo miro. Me alejo de la pieza, girando por la manzana opuesta y esperando que me lleve en la dirección correcta.

No era el camino que creía conocer, pero las fichas de Rafael me esperan en cada esquina cuando sigo el camino principal. Corro, deseando que mis piernas fueran más rápidas mientras mis sandalias resbalan con la sangre de mis rodillas raspadas.

No hay ninguna pieza de mármol en la calle cuando giro la esquina para dar la vuelta. No había ni rastro de Rafe mientras exhalo un suspiro de alivio. Con el hotel casi a la vista, me permito tener esperanza. Por un momento fugaz, me permito creer que lo lograre.

Que volveré a casa, a mi aburrida vida en la que los hombres no me perseguían por las calles de una Ibiza abandonada.

Y entonces llego a la Reina en la carretera, brillando en el centro de las farolas que llevan a la plaza donde está el hotel. Grito mi miedo y frustración en la noche, girando por otra calle lateral con desesperación.

Me lleva a un callejón sin salida mientras freno, el Rey negro me mira como si tuviera ojos propios. Como si pudiera verme y sentir

mi miedo junto a mí. Mi último aliento libre se convierte en un sollozo roto, pero me deshago de mi desolación.

Me giro para correr, pero me detengo en seco cuando el movimiento me pone cara a cara con los fríos ojos de Rafael que me miran fijamente. Está con las manos en los bolsillos y la cabeza sutilmente inclinada hacia un lado. Incluso con la escasa luz, nunca confundiría el bello rostro que me había robado el aliento.

Perdido en la pesadilla que me lo había robado.

Retrocedo un paso, mirando al final del callejón por encima del hombro antes de tragar y volver a dirigirme a él. Mi corazón late sin control mientras mis pulmones luchan por hacer pasar el aire entre mi pánico.

- —Jaque mate, *Princesa* —murmura, acercándose lentamente a mí mientras levanta las manos a la defensiva.
- —Rafael, ¿qué estás haciendo? —pregunto, sollozando mientras una de sus manos se acerca para acariciar mi mejilla con una delicadeza burlona.
- —Es hora de ir a casa —dice, su rostro se tuerce en un instante de arrepentimiento.

Un jadeo sobresaltado se libera de mí cuando algo me pellizca el cuello, mis ojos bajan para ver cómo saca una jeringa de mi piel y la tira a un lado. Me envuelve en sus brazos, sosteniéndome en mis forcejeos mientras golpeo su pecho con manos furiosas y lucho por escapar.

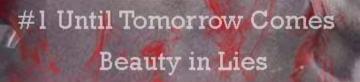
Un motor de coche se pone en marcha al lado del callejón mientras mi visión se vuelve borrosa. Mi cuerpo se debilita en su abrazo mientras él me sostiene la mirada.

- —Shhh —susurra, con su pulgar haciendo pequeños círculos en mi columna vertebral. Todo me parece pesado, pero lucho por mantener los ojos abiertos. Lucho por alejarme—. Duérmete, *Princesa*. Te tengo.
- —¿Por qué? —pregunto, con los ojos apenas abiertos mientras él me mira fijamente. Inclinándose, pasa su nariz por el costado de la mía mientras me toma en brazos y me lleva en dirección al todoterreno negro y borroso que espera en la esquina.
- —No debiste dejarme —dice, mientras el sonido de la puerta de un coche abriéndose llega a mis oídos. Giro la cabeza hacia un lado cuando la puerta del asiento trasero se abre con un chirrido. Rafael sube al coche y me recuesta en el asiento para que mi cabeza descanse sobre su regazo—. No tenía por qué ser así —susurra suavemente. Lo único que puedo distinguir en la oscuridad es la vaga forma de su rostro y dos ojos brillantes que me miran fijamente.

Un fantasma de mi memoria.

Mi cabeza se inclina hacia un lado mientras la oscuridad se adentra en mí.

Luego no había nada.



#### Sobre La Autora

Adelaide vive en su pequeña casa con su marido y sus dos revoltosos hijos. Cuando no los está persiguiendo a los tres y a su perro por toda la casa, dedica todo su tiempo libre a escribir y a aumentar el cúmulo de tramas almacenadas en su estantería y en su disco duro.

Siempre quiso escribir, y lo hizo desde que tenía diez años y escribió su primera novela de fantasía. La temática ha cambiado a lo largo de los años, pero esa pasión por la escritura nunca desapareció.

Tiene formación en Psicología y trabaja con caballos, pero Adelaida comenzó su aventura editorial en febrero de 2020 y nunca miró atrás.